

ÁNGELA

ó

EL RAMILLETE DE JAZMINES,

NOVELA ORIGINAL

DE LA

SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.



TOMO I.

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE R. VICENTE,

calle de Preciados, número 74.

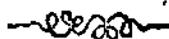
1865.

Esta obra es propiedad de
la autora.

A la Excm. Señora

DOÑA ANGELA PEREZ DE BARRADA,

Duquesa de Medinaceli.



DEDICATORIA.

Hay en Madrid un palacio.
Donde se alojan las musas,
Donde el arte ufano brilla
Porque incienso le tributan.

En él impera una dama
de soberana hermosura
Que reina por sus encantos
Y por las gracias que aduna.

Ella, noble y generosa,
De ingenio y virtudes sumas
Proteger quiere á Talía
Que muere en triste penuria.

Y así la dice entusiasta
Con voz de extrema dulzura,
El tierno pecho elevado
Por una emoción profunda:

«Yo te acojo, musa mia,
 Cuando el mundo te rehusa,
 Y si no tienes un templo
 Haréle yo donde luzcas.

«Mis homenajes mas bellos
 Y mis caricias más puras
 Rendir sabré á tu albedrío
 Con voluntad absoluta.»

Y esto diciendo, presenta
 En sus estancias morunas
 Un templo donde se ensalza
 La patria literatura.

Bien haya el génio divino
 Que así los aplausos busca,
 Convirtiéndose en egida
 De la Diosa moribunda.

Bien haya la que recoge
 Bajo su manto de púrpura
 Los destellos prodigiosos
 Que el entusiasmo fulgura.

¡Loor eterno! Duquesa,
 Hoy te repite mi musa
 Al ofrecerte sentida
 Esta florecilla inculta.

Es un ramo de jazmines
 De bien escasa fortuna
 Que brota al abrigo tierno
 De la hermosa que lo escuda.

Tú le acogiste propicia

Con cariñosa premura;
¡Ojalá que sus esencias
No te parezcan insulsas!

Yo te le doy con el alma
Teniendo á mucha fortuna
El que mi lira te ensalce,
Que con amor te saluda.

CUATRO PALABRAS DE LA AUTORA

Á LOS LECTORES.

¡La gloria! Hé aquí una palabra mágica que enardece todos los espíritus juveniles, que llena todas las almas ardientes, y que se agita en todos los corazones amantes de lo bello y de lo grande.

¿Quién en su juventud no habrá soñado con la gloria, con ese fantasma vaporoso que nos presenta en lontananza un porvenir risueño de goces inefables, de santas delicias, mucho más deseadas por lo difíciles de alcanzar, y porque las vemos bajo un prisma de color de rosa, como una ilusión encantadora, trás la cual corremos sin cesar, gastando en la espinosa senda que atravesamos hasta llegar á la cumbre de ese

monte de ilusiones, todas nuestras fuerzas, todo el rico caudal de esperanzas, de amor y de sublime fé que atesora al salir de la adolescencia el corazon vírgen y tierno de la criatura?

¿Quién no anhela ser aplaudido, celebrado y envidiado de la multitud que absorta mira elevarse al artista, contempla su incesante lucha, su azarosa vida y sus amarguras hasta conquistar esos triunfos efimeros, esos laureles que le cuestan al fin de la jornada la pérdida de las más bellas ilusiones de su alma?

Todos, todos los corazones ardientes, todas las imaginaciones entusiastas buscan la dicha en el aplauso del mundo, se imaginan que la felicidad existe en el goce de esa soñada gloria, y la gloria es humo, es vapor que se desvanece, es un astro de brillantes colores que aparece en el cielo de nuestra vida, ofuscándonos con sus magnéticos reflejos, astro que brilla y muere sin darnos la felicidad que le pedimos; triste quimera de la vida, misteriosa ilusion que se apaga con el desencanto, con el vacío, con el tédio, para revivir en la posteridad

glorificando la memoria del verdadero génio. Mientras vivimos, la gloria es humo, vapor; la verdadera felicidad reside en nosotros mismos, en nuestro propio corazón; pero la desconocemos, la desdeñamos, seducidos por el falso brillo de la gloria, y corremos tras la ilusión, abandonando la realidad que nos brinda una dicha imperecedera.

Los dos protagonistas de mi obra, desconocen la base de la verdadera dicha, el amor, y se lanzan el uno en los mares de la política; la otra en los del teatro, encontrándose cuando cesa el ruido de los aplausos con el corazón vacío y marchitas las ilusiones de su alma.

Hé aquí, lectores míos, reasumido en cuatro palabras el pensamiento de la nueva novela que ofrezco al inapelable fallo del público.

No hay mejor juez que la opinión pública; es el más justo, el más recto, el más exacto; á él, pues, encomiendo mi obra, en su indulgencia confío y en la bondad de mis buenos suscritores, que con su benévola constancia me animan á proseguir en la espinosa carrera de

las letras, sin embargo de que, como me propongo probar en mi obra, tengo la conviccion de que en la vida la gloria es humo; empero yo no escribo por alcanzar laureles, escribo por satisfacer una necesidad imperiosa de mi alma, porque en escribir hallo la paz y el consuelo que apetece mi espíritu; escribo, en fin, porque plúgele á mi destino poner la pluma en mi mano y el entusiasmo en mi corazon, y con el irresistible dominio con que guia nuestros pasos en el mundo, me dijo: «escribe» y escribo.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO PRIMERO.

Estamos en Valencia, lector emigo; en una preciosa alquería de su pintoresco cabañal. ¿Tú has estado alguna vez en esa perla del Mediterráneo? Supongo que sí, porque hoy con las vías férreas ¿quién no ha corrido presuroso á engolfarse en las azuladas ondas del mar? ¿Quién no ha visitado una vez siquiera á esa Sultana esplendorosa recostada en un manto de verdura que baña su espléndida cabellera en las rizadas olas del Mediterráneo?

Muchos, al escuchar estas palabras, recordareis quizás con placer las veces que habeis recorrido aquellos campos magníficos, dotados.

de una vegetacion siempre lozana, siempre espléndida y rica, y no será extraño que vuestra memoria conserve la idea de una preciosa alquería situada no lejos del Cabañal, mas allá del Cabo de Francia, que gallarda, esbelta y blanca como una montaña nevada, se levanta á las orillas del mar. Á esta alquería vamos á trasladarnos: para llegar á ella es preciso atravesar un estenso jardin en cuyo centro se ve un lindo pabellon muy pequeño y primorosamente rodeado su exterior de verde follaje que casi oculta las ventanas. Estas, cerradas herméticamente, demuestran que el pabellon no se habita ni se abre desde hace muchos años. Sin embargo, en la escalinata que conduce á su entrada hay un sitio resguardado del sol por el ramaje de dos magnificas higueras, cuyas pomposas ramas se enlazan en lo alto. Allí, al abrigo de su benéfica sombra, se ven tres personas. Son una anciana, una niña y un anciano paralítico; este, medio acostado en un ancho sillon de roble, contempla con inefable ternura á su mujer y á su nieta, que, ocupadas en una labor

de aguja, apenas levantan la vista para observar las espresivas miradas que en ellas fija el enfermo.

—Abuelita, esta labor va tocando á su fin, y todavía no ha venido mamá, dijo la niña, entregando á la anciana la estrella que acababa de concluir.

La buena señora, ahogando un suspiro que estaba próximo á escaparse de su oprimido pecho, miró á la niña, no sin haber antes enjugado una lágrima que humedecía sus párpados, y la dijo:

—Ermelinda: tú tienes mucha impaciencia por acabar esa colcha, ¿no es verdad?

—Sí, abuelita, mucha: ya están todas las estrellas; solo me falta coserlas y poner el fleco; veremos si mamá llega á tiempo de estrenarla.

—Sí que la estrenará; para ella la haces.

—Y para ella son todas las labores que vengo ejecutando desde que cumplí siete años, y todavía no ha visto ninguna.

—¡Qué quieres, hija mia! no será culpa suya; ella nos quiere mucho, y no nos olvida nunca;

por eso nosotros debemos consagrarle todos nuestros recuerdos y todas nuestras oraciones.

Al decir esto, los ojos de la anciana doña Margarita se encontraron con los de su esposo. La mirada que se cruzó entre ellos revelaba un poema de dolor y de silenciosa y concentrada amargura.

Ni una palabra se dijeron: pero ambos miraron á la niña, indicando la espresion de sus ojos que no debia saber aquella tierna criatura el secreto que guardaban sus corazones. Empero ella, que se hallaba ya en edad de comprender lo que querian ocultarla, no estaba satisfecha con las respuestas evasivas de su abuela, y continuó preguntando:

—Y dígame V., abuelita: ¿por qué hace tanto tiempo que mis papás se hallan ausentes, y ni una vez siquiera han venido á recibir mis caricias?

—Están muy lejos, hija mia, y no es fácil un viaje por el solo placer de abrazarnos.

—Pero en tantos años, ¿no estuvieron una vez en Francia? Desde allí se recibió carta suya, y no vinieron.

La niña movió la cabeza con tristeza. Doña Margarita volvió á enjugar otra lágrima, y contestó, procurando ocultar su conmocion:

—La última vez que escribieron se hallaban en Nueva-York, y anunciaban su salida para Buenos-Aires; desde entonces no hemos tenido carta suya, y hace cerca de dos años.

La fisonomía del paralítico se contrajo con una espresion de profunda pena; alzó los ojos al cielo, y cruzando las manos sobre el pecho pareció como que dirigia al Ser Supremo una ferviente súplica encaminada quizás á pedir por la salvacion de aquella hija querida que los olvidaba tan cruelmente.

Doña Margarita, que vió la espresiva conmocion del anciano, se levantó, alejándose de ellos para evitar así el dolor que pudiera causarles su llanto, que largo tiempo comprimido corria ya en abundancia.

Entró en las habitaciones interiores; Ermelinda quiso seguirles, más el anciano, que comprendió la intencion con que se marchaba, detuvo á su nieta, diciéndola:

—Cógeme flores, hija mia; hazme un primoroso ramillete para perfumar con él la habitación de tu madre.

—Todos los días la adorno con las mas frescas y olorosas, esperando la venida de la que nunca llega.

Quizás sea el último que hagas inútilmente; hazle, hija mia; hazle; tengo presentimiento de que ha de aspirar sus aromas.

—¡Dios lo quiera, murmuró la encantadora niña, recogiendo la labor en un canastillo de mimbres y preparándose para cortar las más bellas y olorosas flores del jardín.

Ermelinda tenía doce años y era un acabado tipo de belleza; sus formas, aunque delicadas y esbeltas, manifestaban un desarrollo creciente. Tenía el cabello negro, la tez, aunque ligeramente morena, tan sonrosada y tan tersa, que parecía de raso. Sus ojos eran negros, grandes, rasgados y espresivos, con una mirada fascinadora por el inocente candor que reflejaba.

Era una de esas criaturas purísimas y angelicales, que habiendo vivido retirada del bulli-

cio del mundo, y crecido en la soledad del campo, sin conocer las contrariedades de la vida, ni las pasiones que agitan y conmueven la sociedad, no pudo falsear su carácter ni sus inclinaciones, siendo ingénua, sencilla y expansiva en el más alto grado.

El anciano se llamaba D. Ángel Salcedo: era un rico propietario de Valencia, que habiendo figurado mucho en sus mejores años y recibido innumerables desengaños con las luchas políticas, se retiró á su alquería cuando tuvo una esposa y una hija que le bastaban para su felicidad, sin acordarse de la posición que pudieran darle sus ideas y su partido.

Más tarde, aquella hija, que habia sido su encanto, á la que cuidó con el mayor esmero de dar una educación esmerada, los abandonó por seguir una carrera artística, casándose á los diez y seis años con un hombre de edad madura, rico, de gran posición, y sin más encantos para cautivar el corazón de la joven artista que su desmedida afición por los cantantes y por los viajes. Esto fué lo bastante para que Ángela, así se llamaba

la hija de Salcedo, le distinguiese, dándole su mano á despecho de los infinitos pretendientes que se la disputaban.

Ángela, sobre ser muy bella, cantaba admirablemente, y en la época de su casamiento manifestaba las más asombrosas disposiciones para el canto, de tal manera, que algunos años después llegó á ser una de las primeras cantantes de Europa.

Empero no anticipemos los sucesos; tiempo tendrán mis amables lectoras de conocer la historia de Ángela; sigamos ahora á su desconsolada y buena madre, que sin cuidarse de enjugar las ardientes lágrimas, porque ya no la veían ni su esposo ni su nieta, subió á una de las habitaciones altas que tenia ventanas al mar, y deteniéndose en una de ellas abarcó con una mirada indefinible la magnífica estension del Mediterráneo que desde allí se descubria.

En aquella mirada, llena de angustia y de dolor, se reflejaba el alma de una madre, de una madre amorosa y tiernísima, que con impaciente anhelo aguarda dia por dia, por espacio de un

año, el momento feliz de abrazar á la hija querida de sus entrañas.

Doña Margarita era una de esas mujeres que siempre son niñas, porque su alma bondadosa y pura no conocia la malicia ni la falsedad del mundo. Se casó enamorada de su esposo, y no conoció mas goces que los del hogar; se concretó á ser feliz con el amor de su esposo, y no aspiró á más: encontrando en su posición tranquila y desahogada la dulce paz por que suspiran con frecuencia las mujeres, que la pierden por lanzarse al bullicio y á la agitación siempre creciente de la sociedad.

Habia tenido ese carácter animado, franco y alegre, que nace de una conciencia pura; jamás corrieron sus lágrimas hasta la separación de su hija de la casa paterna.

Entonces se tornó melancólica y poco expresiva, fué su dolor en aumento á medida que los años corrian, la ausencia se hizo ya demasiado larga, demasiado dolorosa para soportarla con paciencia un alma tan amante como la suya.

Trascurrieron diez años: Ermelinda, á quien Ángela dejó de unos veinte meses, creció bajo la activa vigilancia y asiduos cuidados de su abuela, haciéndose una preciosa niña, inocente y sencilla, en tanto que su madre, arrastrada por una ardiente sed de gloria, recorría en triunfo los teatros de los Estados-Unidos, del Canadá, de las Antillas, y de otros muchos puntos de América, despues de haber cantado con portentoso éxito en Lóndres, en Paris, en Berlin, Bruse-las, Amsterdam, Viena y Hamburgo.

Doña Margarita sabia todos estos triunfos de su hija, por los periódicos que los anuncia-ban, más bien que por ella, cuya familiar cor-respondencia se reducía casi siempre á hablarles de su Ermelinda y de su ardiente anhelo por volver á pisar el suelo pátrio.

Este deseo, repetido en muchas cartas, hizo concebir á doña Margarita la esperanza de verla pronto, y por eso subía frecuentemente á mirar, desde las ventanas que daban al mar, las embar-caciones que entraban en el puerto, figurándose que en alguna de ellas vendría su idolatrada hija.

En vano la esperó un día y otro; empero esta vez no debía salir fallida su esperanza, porque á la vista de un magnífico vapor que se distinguía en lontananza, el corazón de la pobre madre latió con extraordinaria fuerza, de tal manera, que tuvo que poner las manos en el pecho para contener sus violentas palpitaciones.

¡Cuán bello es el sentimiento materno!.... ¡Cómo se identifica con nuestro propio ser apoderándose de nuestro corazón y de nuestros sentidos!

Doña Margarita era una buena madre, en la acepción más lata de la palabra. Todos sus sentidos estaban fijos en una idea, la llegada de su hija. Todos sus afectos se reducían á uno solo, el amor á su Ángela; y á consecuencia de este purísimo afecto la idolatría á Ermelinda, porque era el único vástago de aquella por quien suspiraba hacia diez años.

El vapor se aproximaba al Grao rápidamente, y la noble anciana no separaba la vista de la espesa nube de humo que le circundaba, estendiéndose por el horizonte.

—¡Oh! ¡allí viene!—esclamó trémula de gozo. Y si así no fuese, ¿por qué mi corazón había de sentir esta agitación estraña....? El corazón de una madre no puede nunca engañarse en sus presentimientos, y el mio me está diciendo á gritos que la hija de mi alma está muy cerca de mí.

Doña Margarita lloraba y reía todo á un tiempo, sin atreverse á separar los ojos de la embarcacion, que avanzaba majestuosamente. La voz infantil de Ermelinda vino á sacarla de su enajenamiento.

—¡Abuelita!.... ¡abuelita!—decía la niña subiendo con precipitacion la escalera; baja pronto; mira que el abuelo se ha empeñado en que hoy viene mamá, y yo sola no puedo colocar todos los ramos en su habitacion.

—¡Hija de mi alma! exclamó la anciana, abrazando á su nieta y colmándola de besos y de lágrimas.

—Pero, ¿por qué lloras?—decía la niña.

—Mira, ¿ves aquel vapor?

Ermelinda hizo un movimiento de cabeza.

—Allí viene tu madre; por eso lloro, lloro de alegría.

—¿Y quién te lo ha dicho?....

—Mi corazón, hija mía.....

—Entonces no lo creo.

—¡Un corazón amante nunca se engaña....!

—Bien; pues corramos á esperarla, dijo Ermelinda, tirando á su abuela del brazo para llevársela; pero esta parecía como encadenada á la vista del vapor, y no se movía; por fin, haciendo un esfuerzo, se lanzó fuera de la sala con una ligereza admirable. Era la agilidad de la juventud; para correr en busca de su hija no sentía el peso de los años.

¡Oh felicidad, felicidad! ¡cómo rejuveneces! Si fuera posible ser siempre felices en este mundo, no llegaría nunca la vejez. No hay nada que tanto hermosee á la criatura como la dicha y la esperanza. Y es porque son un rocío celeste que vivifica la existencia; perdidas una y otra se marchita el corazón, y empezamos á languidecer para no florecer jamás.

CAPITULO II.

Dos horas despues, un ligero bote salia del puerto surcando las azuladas aguas, y dirigiéndose á un magnífico vapor que, anclado en alta mar, acababa de llegar de América. En aquel frágil botecillo iban doña Margarita y su nieta, acompañadas del mayordomo y varios dependientes de la casa.

Todos los pasajeros del vapor estaban sobre cubierta; entre ellos habia una hermosísima jóven que podria tener unos veintiocho años. Estaba apoyada en la barandilla, contemplando con avidez las personas que se acercaban en las lanchas, y recreándose en la perspectiva que

desde alta mar formaba la hermosa y pintoresca Valencia.

Esta señora, que vestía elegantemente un caprichoso y riquísimo traje, se hallaba acompañada de un caballero alto, grueso, poco simpático, y de una fisonomía tan inespresiva que no decía nada. Frio, con esa inmovilidad de los hombres que no sienten, su rostro parecía un busto de mármol sin animación, sin vida.

Se llamaba Aquiles Florentini, y era el esposo de Ángela.

Efectivamente eran ellos: allí estaban cerca de su buena madre que los esperaba con tan cruel impaciencia, y que había presentido su llegada con ese instinto de las madres, propio solamente de las almas amantes, impresionables y tiernas.

Ángela se parecía mucho á su hija; tenía como ella los ojos negros, rasgados, muy expresivos y revelando en el fulgor de sus miradas el genio artístico de que se hallaba dominada.

Era admirablemente bella y simpática, tanto como despegado y seco su marido.

Aquiles era de origen italiano, sus padres, á consecuencia de algunas revueltas políticas, huyeron de su patria y vinieron á establecerse en Valencia, creándose, á fuerza de trabajo y economías una posición brillante y una fortuna bastante regular, que á su muerte legaron á su hijo único. Este, que bajo la dirección de su padre, que era un gran músico, había hecho algunos estudios en el divino arte, comprendió cuánto valía Ángela, y se propuso explotar aquel tesoro que inesperadamente se le venía á las manos.

La codicia era el único móvil de aquel hombre prosaico y materialista. El ansia de atesorar le dominaba, siendo para él completamente estériles los demás sentimientos de la vida.

Quería mucho á su Valencia, porque en ella había nacido, se había criado y casado con Ángela, que le hizo feliz, según su modo de serlo, proporcionándole inmensas riquezas, debidas al privilegiado talento de que se hallaba dotada la hermosa niña, y que solo él comprendió, haciéndole brillar según merecía.

Apenas estuvieron á la vista de Valencia, se escapó de su pecho un suspiro de satisfaccion, reflejándose en sus ojos un destello de pura alegría.

Ángela por su parte se estremeció de placer, porque en aquella ciudad que tenían á la vista se encerraban los objetos más queridos de su corazon; sus padres y su hija.

—¡Oh qué sorpresa les voy á dar!.... murmuraba palpitante de emocion.

En tanto la lancha que conducia á doña Margarita se aproximaba; esta señora se distinguia á lo lejos por su traje siempre negro y su cabello blanco.

Ángela fijó la vista en aquella lancha; un movimiento del corazon le anunció la proximidad de su madre; no tardó en reconocerla, y dando un grito agudísimo estuvo á punto de desmayarse.

La emocion la ahogaba.

—¿Qué tienes? la preguntó Aquiles que no se habia fijado en las personas que conducia la lancha.

—¡Mi madre! ¡nuestra hija!.... esclamo Ángela señalando el botecillo que ya se hallaba al pié del vapor.

Tambien doña Margarita reconoció á su hija en aquel grito, y estrechando contra su conmovido seno la cabeza de su nieta, exclamó con balbuciente acento:

—¡No me habia engañado!....

Los gritos de las tres mujeres se confundieron bien pronto. ¡Hija mia!.... ¡Madre del alma! eran las frases que se escapaban de sus labios, sin que pudiesen pronunciar otras palabras.

Instantes despues estaban abrazadas sobre cubierta, conmoviendo á los espectadores con sus vivos trasportes de ternura. ¡Grupo delicioso! Interesantes figuras que no se cansaban de acariciarse y de verter lágrimas de inesperado júbilo.

La espresion de tristeza que ordinariamente abatia la espresiva fisonomía de doña Margarita desapareció como por encanto, dando lugar á un gozo infinito, á un sentimiento dulcísimo y consolador.

En la efusion de su alegría no se cuidaban de la admiracion que habian despertado en los pasajeros, ni veian á nadie sino á ellas mismas.

Ángela contemplaba absorta á su hija; examinaba una por una sus facciones, sin cansarse de besar aquel rostro peregrino.

—¡Oh! ¡diez años!.... murmuraba Ángela. ¡Diez años que no te he visto, hija mía!

—¡Qué largo plazo para un corazon amante!.... exclamó doña Margarita.

—¡Es verdad... madre querida!... ahora comprendo que para Vd. habra sido muy pesado, mucho más que para mí, que he visto trascurrir esos años entre aplausos y laureles.

—Si por fin has conseguido la felicidad, añadió doña Margarita, no importa que nosotras hayamos sufrido; ya estamos aquí para aumentar quilates á tu gloria.

El rostro de Ángela se nubló ligeramente al escuchar las palabras de su madre. Una indefinible sombra de tristeza se reflejó en aquellos ojos magníficos, donde brillaba el génio y el jú-

bilo de que se hallaba poseido en aquel momento su corazon.

Empero fué un rayo fugitivo que en nada pudo empañar el sol de su alegría; pasó desapercibido á los ojos de todos, y continuaron las preguntas, las caricias, y las protestas de tiernísimo afecto de aquella familia venturosa, que al fin se reunia despues de una ausencia tan prolongada.

Aquiles, á fuerza de mucho trabajo, pudo conseguir que Ángela soltase la niña que, sin poderla desprender de sí, habia tenido hasta entonces en sus brazos. La sentó sobre sus rodillas, complaciéndose en escuchar su voz infantil, cuyo argentino eco manifestaba ya felices disposiciones para el canto.

—¡Oh! ella reemplazará á su madre, y no se extinguirá nunca mi tesoro, murmuró para sus adentros Aquiles, mirando ya en su hija un objeto de especulacion más bien que de cariño.

—¿Y qué haces, hija mia? ¿aprendes la música? la preguntó.

—No, papá; nunca quisieron los abuelitos que

aprendiese: dicen que si mamá no la hubiera sabido estaría en casa sin separarse de ellos.

—¡Voto al chápuro! ¡Y es posible que hayan descuidado así tu educación! exclamó Aquiles encolerizado dando una patada en el suelo.

—Sé rezar, y toda clase de labores, dijo la niña medio asustada, pugnando por desprenderse de los brazos de su padre, que á primera vista no le era muy simpático.

—Doña Margarita y Ángela, embebidas en sus recíprocas confianzas, no atendieron á esta escena, que tenía lugar á pocos pasos de allí.

—¿Y tampoco sabes leer ni escribir? siguió preguntando Aquiles.

—Sí, señor, leo y escribo, pero muy mal; no he tenido maestro; solo sé lo que me ha enseñado la abuelita.

—¡Oh! ¡esto es insufrible! murmuró soltando la niña.

Esta, medio temblando, fué á refugiarse en los brazos de su madre.

—Señora, añadió dirigiéndose á doña Marga-

rita, yo no he dejado á Vds. mi hija para que me la entreguen hecha una idiota.

—¿Qué dice Vd., caballero? preguntó doña Margarita asombrada por tan brusca como inoportuna reconvencion.

La buena señora, á pesar de que Aquiles era su yerno, nunca pudo tutearle, porque siempre le miró con la mayor aversion. Este, al principio, se desesperó muchas veces por aquella falta de confianza, á la cual concluyó por acostumbrarse viendo que no tenia otro remedio.

Ángela comprendió al momento la causa que hacia encolerizarse á su marido de aquel modo, y procurando calmarle se interpuso entre ellos, diciendo:

—¡Madre mia, no haga Vd. caso, por Dios, de Aquiles, que tiene un genio fatal! Vea usted, ya ha conseguido asustar á mi pobre hija, que le mira pálida de espanto.

—Ángela, no me hagas desesperar, y comprende, como yo, que es una cosa indigna lo que han hecho con nuestra hija: á los doce años no sabe una palabra de música, ni apenas leer....

¡Esto es horrible! Se ha perdido un tiempo precioso.

—¡En cambio, caballero, he hecho de ella una santa!..... exclamó con dignidad la anciana, dirigiéndole una despreciativa mirada.

—¡Bah!..... ¡Como si la santidad diera dinero..... murmuró Aquiles.

—¡Por piedad, repórtate!..... exclamó Ángela suplicante.

Doña Margarita comprendió la angustia de su hija, y deseando cortar una escena tan desagradable, se puso á disponer el trasbordo de los equipajes, preparándolo todo de tal manera que poco despues se dirigian hácia el Cabañal en una ligera lancha.

El pobre paralítico, que se habia hecho conducir por los criados á una de las ventanas que tenian vistas al mar, los vió acercarse, sintiendo entonces mas que nunca su imposibilidad física que le impedia correr á recibirlos.

Ángela sabia la enfermedad de su padre; pero no habia podido imaginarse que estuviese en tan mal estado, pues, á fin de no disgustarla,

la ocultaron parte de las dolorosas circunstancias de su mal. Esto hizo que sufriese doblemente al verle inmóvil en aquel sillón, pudiendo solo manejar el brazo izquierdo, si bien con mucho trabajo, á causa de la suma debilidad que sentía.

Toda la vigorosa energía de su naturaleza se había reconcentrado en sus ojos y en su rostro, que, expresivos y llenos de inteligencia, manifestaban los sentimientos de que se hallaba poseído.

Bien pronto se vió rodeado de su querida familia, y de aquella hija adorada por quien tanto suspiraron, y la que les costaba innumerables amarguras y no pocas angustias. Ya por fin se dignaba pisar el suelo patrio; ya por fin recordó que tenía un padre próximo á bajar á la tumba, y que la esperaba impaciente por darla el último abrazo, una madre cariñosa y tierna, y una hija idolatrada.

Ni una palabra de reconvención tuvieron los nobles ancianos para la ingrata que, aturdida por los ecos brillantes de su gloria, y embarga-

da por el penetrante aroma de los laureles que sembraron el camino de su carrera artística, los olvidó por espacio de diez años.

En aquel momento solemne todo era alegría, todo efusión y ternura, olvido completo de las penas pasadas para gozar de la dicha presente. Esta idea debió animar sus generosos corazones: por eso callaron, para ser más felices todavía.

Las almas que perdonan y aman, gozan en sus mismos beneficios, aunque los siembren en terreno ingrato, como suelen sembrarse casi siempre.

¡Oh! la ingratitud es una semilla infausta, cáncer de la sociedad que corrompe los corazones, viciando y adulterando los más hermosos sentimientos.

Hay seres que se creen con derecho á que se los proteja, se los atienda, se los quiera, pero su orgullosa naturaleza se rebela ante la idea de tener que agradecer los beneficios que reciben de almas superiores á ellos, razón por la cual les aborrecen devolviéndoles el desden, y

acaso el insulto, á cambio de su abnegacion y sacrificio.

Esto es muy general en el mundo: siembra amor, recogerás espinas: siembra beneficios, recogerás ingratitudes.

Nadie pudo conocer más á fondo tan dolorosa verdad como los padres de Ángela; empero no pensaban ellos entonces sino en abrazarla, en tenerla á su lado, y en preguntarle mil y mil cosas con sus más pequeños detalles, con sus más minuciosos pormenores.

Pasó el día sereno, tranquilo, sin que la más ligera nube empañase el cielo de aquella dicha doméstica.

Aquiles, que en su primer momento de arrebató no pudo contenerse, se reportó despues á la vista de aquel anciano tan grave, tan noble y tan magnánimo: Su aspecto inspiraba respeto á primera vista; cuando se escuchaba su palabra dulce y fácil, se sentia ternura y veneracion.

Ángela fué á ver la habitacion que la tenian preparada: era la que sirvió para su desposorio,

donde pasó los dos primeros años de casada, y donde habia nacido Ermelinda.

Componíase de un hermoso salon con vistas al jardin, en el mismo, y á la parte opuesta habia dos gabinetes con ventanas al mar.

En el de la derecha, tapizado de azul con sillería y cortinajes del mismo color, estaban su piano, sus libros, sus dibujos, sus labores, todos cuantos objetos la sirvieron en su juventud, y que su buena madre conservó con un cuidado esquisito, presentándoselos reunidos diez años despues, cuando menos esperaba encontrarlos.

En el gabinete de la izquierda estaba el lecho nupcial primorosamente adornado como el dia que le ocupó por primera vez. Además de todos los objetos de su uso particular encontró muchas labores que Ermelinda fué reuniendo, conservándolas allí para cuando su madre volviese.

La graciosa niña iba enseñándoselo todo con infantil alegría: mientras que doña Margarita la hacia detenerse en los recuerdos antiguos, ella la obligaba á fijarse en los modernos.

—Mira, mamá, este pájaro le bordé cuando tenía ocho años.

—Es precioso, hija mia, contestó Ángela besándola en la frente.

—Este juego de café, que hace diez años no se mueve de este sitio, es el que te regalé el día de tu santo, el primer año de casada: ¿te acuerdas? la decía doña Margarita.

—Sí, madre mia; siempre tengo presentes los delicados obsequios de Vd., contestaba Ángela conmovida, y sintiendo una estraña emoción á la vista de aquella habitacion, y de todos aquellos objetos que la recordaban los primeros años de su juventud.

Pasaron á la alcoba nupcial.

—Aquí tienes tu cama conforme la dejaste, dijo doña Margarita.

—¿Y está preparada para nosotros?.... preguntó Ángela con cierto disgusto mezclado de temor.

—Sí, hija mia; hace mucho tiempo que Ermelinda y yo cuidamos de tener en orden estas habitaciones. Hoy mismo se han renovado las

flores de los jarrones; ¿ves? por todas partes hay ramilletes frescos: esto es obra de tu hija.

—Ya; ¡cómo me esperaban Vds!.... exclamó Ángela con cariñosa sonrisa.

—Lo mismo que si nos hubieras escrito el día de la llegada, añadió doña Margarita.

—No la hice por tener el placer de sorprenderles, y no lo he conseguido.

—Estos encajes de las almohadas los he hecho yo, mamá, dijo Ermelinda; también he bordado estas banquetas.

—Ya veo que eres una maestra de labores; las tienes primorosas, dijo Ángela. ¿Y en qué más te has ocupado durante mi ausencia?

—En la lectura, la escritura, en el estudio de la gramática, la aritmética, la geografía, la religión, la historia y el francés, que me enseñaba el abuelito cuando estaba mejor: desde que recayó la última vez lo dejamos.

—¿Y qué más has hecho, hija mía?

—Ser muy buena y muy juiciosa: y consolar á los abuelos de la falta de su hija, contestó doña Margarita.

—Tengo un vivo placer, madre mia, en que haya llenado mi puesto, dijo Ángela entrando en la alcoba.

Doña Margarita y la niña la siguieron.

—Y tú, ¿dónde duermes, Ermelinda? preguntó Ángela.

—Muy cerca de aquí, en las habitaciones del otro lado.

—Esto es pequeño para nosotros, mamá, añadió Ángela; necesito para Aquiles otro salon y otros dos gabinetes.

—¿Estais separados? preguntó doña Margarita con estrañeza.

—No, señora; pero siempre tenemos habitaciones independientes.

—¡Qué cosa tan rara! murmuró la anciana.

—Esto es muy frecuente, madre mia, en las personas que, como yo, se dedican á un arte. Tengo mis horas de estudio, intempestivas á veces, mientras él tiene sus negocios, sus visitas, y no queremos incomodarnos el uno al otro.

—Bien, bien; cuando lo haceis, sabreis porqué: no te pido esplicaciones.

—¡Son tan diferentes las costumbres de ustedes á las nuestras!....

—Ya lo veo, dijo doña Margarita, quedándose pensativa.

Ángela se sentía mortificada. La penetrante mirada de la anciana leyó en seguida la confusión en aquel rostro tan alegre antes y tan expresivo: no dijo una palabra; pero no por eso dejó de conocer que su hija no era feliz.

—Si quieres, le dejaremos nuestras habitaciones que están próximas á estas, dijo doña Margarita.

—¡Oh! no; ¿para qué tanta incomodidad? él se quedará aquí, y yo me trasladaré al pabellon del jardín: en él habité desde niña hasta que me casé, y me será grato recordar en él las horas de mi adolescencia allí pasadas.

—¡Se cerró la noche de tu boda, y no se ha vuelto á abrir! exclamó la anciana con cierta solemnidad.

—¡Cuántos recuerdos encierra!.... murmuró Ángela dejando escapar un involuntario suspiro.

Doña Margarita bajó la cabeza.

Las dos estaban tristes: ¡quién sabe si por su mente cruzaría el mismo pensamiento!

—Entonces vamos al pabellon, dijo alegremente Ermelinda; yo nunca he pasado de la primera sala, porque la abuelita decía que tú tenias la llave del gabinete de adentro, y nadie podia entrar hasta que tú abrieses.

—Es verdad, sola yo debo abrir esa habitacion, que es un santuario purificado por los recuerdos que encierra.

Doña Margarita sacó de su bolsillo una llave, y se la dió.

Ángela, tomándola, se dirigió á la puerta. Doña Margarita se sentó en un sofá, atrayendo hácia sí á su nieta.

—¡Qué! ¿no acompañamos á mamá? preguntó la niña.

—Iremos despues, cuando nos llame; ahora vamos á dar la leccion.

Doña Margarita tomó un libro, procurando distraer á la impaciente niña, que ni un momento queria privarse de la compañía y las caricias de su jóven madre.

Ángela volvió desde la puerta á darla un beso; besó tambien en la frente á doña Margarita, y salió.

Instantes despues abria con mano trémula la puerta del pabellon. Empezaba á anochecer, hizo llevar luces, las mandó dejar encendidas en la primera pieza, y se quedó sola.

CAPÍTULO III.

Apenas se alejó el criado, cayó medio desfallecida en un divan. ¡Ay! eran quizá los primeros momentos amargos que experimentaba desde que, seducida por el falso brillo de la gloria, se lanzó al mundo artístico, á ese mundo de incesante lucha, de incesante agitación y de continuos desengaños, á pesar de los muchos triunfos y de los verdes laureles que alfombran el sendero que conduce á la cumbre de la fama al verdadero genio.

Ángela, desde que se hallaba entre su familia, se sentía anonadada; cruzaban por su mente pensamientos que nunca habia tenido, recorda-

ba uno por uno todos sus momentos de felicidad, todos sus ratos de alegría, todo, en fin, cuanto la habia acontecido desde que tuvo uso de razon hasta entonces. Recordó la historia de su vida, y particularmente la historia de sus primeros años, que al penetrar en aquel pabellon se ofreció á su vista con sus más pequeños detalles.

Sufria, y sin embargo hallaba cierto placer en rebuscar en su memoria todos los incidentes de sus pasados dias. Muchas cosas se habian ya borrado de su imaginacion; pero estaban allí; á dos pasos tenia pruebas, cartas, papeles, libros, mil cosas que la hacia volver la vista doce años atrás.

¡Oh! casi tuvo curiosidad en apurar hasta las heces aquella copa, mezcla indefinible de amargura y de recuerdos.

El cielo, que tan sereno estuvo todo el dia, empezó de repente á encapotarse, un fuerte viento hacia oscilar con fuerza los árboles del jardin, y el ruido del mar se sentia cada vez más fuerte. Todo anunciaba una tempestad.

Ángela se levantó, dió orden de que no se la interrumpiese, volvió á entrar en el pabellon, cerró por dentro, y se dirigió con la luz en la mano al gabinete de la derecha.

Introdujo la llave en la cerradura, y abrió.

Se detuvo unos instantes para respirar. Tenia el corazon oprimido y la frente ardorosa.

Despues de unos segundos de vacilacion, entró.

Hacia doce años que no entraba en aquella habitacion, doce años que ella misma la cerró, y ella misma volvía á abrirla.

Todo se encontraba en el mismo estado, solamente con el deterioro consiguiente al trascurso de tantos años.

Era un lindísimo gabinete con ventanas por un lado al jardin, por otro al mar. Los muebles eran de caoba, tenían el sello de la antigüedad; pero sencillos y de buen gusto. Una papelera grande, con muchos secretos, estaba colocada entre las dos ventanas que daban al mar.

Ángela se dirigió á ella, y puso encima la luz.

Tendió la vista en derredor, y halló la cama en la alcoba según la había dejado. El primer piano que la compraron para los estudios, en frente de la alcoba; su mesa de escribir en otro lado, sus dibujos, sus bordados, todos los objetos predilectos de su adolescencia estaban allí reunidos.

Alzó la vista; encima de la papelería había un retrato de un hermoso mancebo.

—¡Primo mio!... exclamó Ángela mirándole con los ojos llenos de lágrimas.

Luego, cruzándose las manos sobre el pecho, queriendo contener las palpitaciones de su corazón, se dejó caer sobre una silla situada en frente del retrato.

Aquella pintura que se destacaba del cuadro representando la imagen bellísima de un joven, debió conmover hondamente á la triste Angelina, porque se marcó el sufrimiento en su rostro, y como si se hubiesen despertado de repente en su pecho todos los recuerdos de una dicha perdida, exclamó con voz ahogada por los sollozos:

—¡Augusto! ¡amor mio!....

Ni una palabra más pronunciaron sus labios. Inmóvil, embebida en una abstracción profunda, permaneció muchas horas sin atreverse á inspeccionar el cajoncito de la papelera que habia debajo del retrato.

Cuando Ángela tenia quince años, Augusto cumplia diez y ocho. Eran primos; huérfano este, y sin más familia que la de Ángela, tuvo por necesidad que pasar entre ellos la mayor parte de su juventud.

Á los doce años se fué á vivir en casa de sus tios en Valencia, porque los aires de Madrid, donde sus padres habian residido siempre, no eran convenientes para su salud.

Á poco de estar en Valencia se quedó huérfano, siendo este un motivo para que le tomasen tanto cariño que no pudieron consentir se separase de ellos. Doña Margarita le queria como á su propio hijo, y D. Ángel le pronosticó desde sus primeros años que seria un gran literato y un distinguido orador. Tan grande era el talento que reveló desde luego.

Mientras que todos en la casa le querian por

su excelente carácter, Ángela le idolatraba. Augusto por su parte adoraba á su prima, y desde muy pequeños no podían separarse; juntos salían á paseo, juntos estudiaban, y era muy frecuente verlos repartiendo limosnas en las cabañas de los pescadores más necesitados.

Fueron creciendo bajo la vigilancia y constante celo de doña Margarita y D. Ángel, que viéndolos tan unidos llegaron á desear un enlace entre ellos.

No habia nada más conveniente, ni hubiera podido encontrarse una pareja más igual.

Augusto estaba dotado de una figura arrogante, con un rostro lleno de espresion y sentimiento, y unos ojos negros rasgados, medio cerrados casi siempre, lo que hacia que el brillo de sus miradas fuese más fulgurante, más sombrío. Era muy blanco, con la cabellera negra, y un color sonrosado fuerte, que denotaba su buena salud, y hacia resaltar más su varonil belleza.

Desde muy niño demostró una afición decidida por las bellas letras, y al propio tiempo que estudiaba leyes escribía obras literarias, consa-

grando al estudio la mayor parte del día y de la noche, siendo tanta su aplicación que desde sus primeros estudios empezó á obtener en todos los cursos y en todas las asignaturas las notas de *sobresaliente*.

Tenia admirados á sus maestros, y orgullosos á sus tíos, que se lisonjaban de hacerle un día el esposo de Ángela.

Esta, entretanto, estimulada por el ejemplo y las lecciones de su primo, se aplicaba también á la música, para lo cual manifestó un talento precoz desde la niñez.

Ambos estudiaban en el piano que estaba en el pabellon, y que Ángela encontró en el mismo sitio á su regreso de América. Allí pasaban muchas horas, ella cantando, él acompañándola, deleitándose en saborear en el silencio de la noche las piezas magistrales de los mejores maestros italianos y alemanes.

Otras veces se levantaban con el alba, y recorrían los jardines cortando flores, haciendo ramilletes y cogiendo mariposas.

Ángela volvía rendida de fatiga, y se senta-

ba en la puerta del pabellon, debajo de las higueras. Augusto, viéndola sofocada, formaba un abanico de hojas de parra y la abanicaba, mientras ella se rendia al sueño fatigada por el largo paseo. Cuando estaba dormida se marchaba Augusto á buscar fresas, que la ofrecia despues con el más tierno cariño.

Así vivieron con la fraternidad de dos hermanos hasta que Ángela cumplió catorce años, y empezó á frecuentar las sociedades, distinguiéndose mucho por su belleza y por su talento. Dotada de un carácter ligero y poco reflexivo, la jóven se acostumbró al trato del gran mundo, donde era muy aplaudida y adulada, cansándose de la soledad de su alquería, que tanto agradaba á su padre y á Augusto, la que deseaban siempre habitar.

Mientras que Ángela con las diversiones se hacia más alegre y más expansiva, Augusto se tornaba melancólico y sombrío. No asistia nunca á las fiestas con el pretesto de que los estudios le absorbian todo el tiempo. Esto lo llevaba Ángela muy á mal, que hubiera querido verle

siempre á su lado como cuando corrian por los jardines cogiendo mariposas.

Empero el tiempo habia cambiado, ella se resentia con su primo porque no la halagaba como los demás jóvenes que la rodeaban, y él se enfadaba con ella porque gustaba más de las fiestas y de los bailes que de su compañía.

Llegó el 2 de agosto, dia en que Ángela cumplia quince años.

Doña Margarita, queriendo solemnizar tan fausto suceso, improvisó una pequeña fiesta en la alquería, á la que concurrieron algunas señoritas amigas de Ángela y varios jóvenes de la primera nobleza de Valencia.

Augusto llevaba tres dias encerrado en su habitacion, solo le veian en la mesa, y estaba pálido, con los ojos hundidos, y casi perdido el hermoso color que sonrosaba ordinariamente sus mejillas.

La víspera del 2 de agosto estuvo escribiendo casi toda la noche, su tia entró á llevarle una taza de leche, y le encontró sobre la mesa en actitud meditabunda y con los ojos encendidos.

—Augusto, hijo mio, ¿qué tienes? hace mucho tiempo que te vemos triste, melancólico, y no sabemos la causa de tu mal.

El joven ocultó el rostro entre las manos, y no contestó.

—¿No merezco tu confianza? ¿acaso no nos quieres ya? ¿Deseas marcharte de nuestro lado? Contéstame. ¡Yo que me habia lisonjeado de verte feliz y siempre á nuestro lado....! ¡Oh! te aseguro que es muy triste hallarte disgustado y taciturno.

—No lo crea Vd., tia mia, es que estoy embebido en mis estudios, quiero trabajar mucho para adquirir gloria, esa gloria que tanto halaga á mi prima, con la que sueña á todas horas.

—Tu prima es una tonta, y se forja ilusiones que tú alimentas, debiendo desvanecerlas.

—Todo lo contrario, procuro alejarla de esa idea; por eso está enfadada conmigo, y no me habla hace tres dias.

—Vamos, entonces ya voy viendo la causa de tu tristeza, es porque habeis reñido, ¿no es verdad?

—Ella no me quiere, me desprecia, dice que siempre seré un hombre oscuro por mi carácter serio y retraído.

—No la hagas caso, y olvidad esas necedades; mañana cumple quince años, y es preciso que todos esteis alegres para celebrar este acontecimiento.

—Haré un esfuerzo por estarlo, se lo prometo á Vd.

—Bien, pues toma esta taza de leche, porque en todo el día no has comido nada, y me da pena ver que tu salud se altera, cuando nunca has estado enfermo. Vamos, dame ese gusto y no seas tenaz.

Doña Margarita le presentaba con instancia la taza de leche, que al fin tomó Augusto, aunque con trabajo.

—Ahora al jardín; déjate de papeles y baja al pabellon; mira, ya está Ángela tocando el piano.

—En seguida iré, déjeme Vd. arreglarme un poco.

—Sí, eso es, vístete con esmero; me parece

muy bien en los muchachos ese deseo, porque es prueba de que quieren agradar.

Doña Margarita salió, y Augusto, colocándose delante del espejo, se puso otra levita y una corbata muy bonita, después de haberse lavado y arreglado el cabello con la coquetería de una niña recién salida del colegio.

Recogió los papeles que estaban esparcidos sobre la mesa, entre ellos había versos, algunos concluidos ya, porque estaban copiados en limpio, y los guardó en el cajón de su mesa, cerrando la llave y guardándosela como si fuera un tesoro que deseara conservar.

Luego bajó al jardín, y sin atreverse á entrar en el pabellón se fué á colocar cerca de una ventana, desde donde veía á su prima sin que ella le pudiese ver.

La tristeza de sus miradas denotaban que el fraternal cariño de la infancia se había trocado en un amor violento; amaba á su prima sin comprender la extensión de aquella pasión tan grande y tan pura.

Ángela, sencillamente vestida con un traje

blanco, estaba encantadora, tenía el cabello recogido en trenzas y bucles á lo largo de las mejillas. En su simpático y bello rostro, de ordinario tan alegre y tan espresivo, se notaban las huellas de una contrariedad manifiesta.

Muchas veces se habian unido sus cejas desde que estaba tocando el piano; el fruncimiento de su frente anunciaba un mal humor próximo á estallar.

De repente, sin concluir la pieza que estaba tocando, dió un fuerte golpe en el teclado y se levantó con visibles señales de un humor insupportable.

—¡Oh! me consume el tédio....! murmuró sentándose cerca del velador y tomando un libro, que arrojó pocos segundos despues para tomar otro que tuvo la misma suerte.

Su primo la observaba.

De repente salió del pabellon y entró en el jardin. Fué tãn rápido este movimiento, que Augusto no pudo ocultarse, y aunque se deslizó á lo largo de una calle de rosales, Ángela le vió y corrió hácia él, entrando por otro lado, de

manera que cuando huía se la encontró en frente.

—¿Por qué te escondes? le dijo con acento de mal humor. Luego, retirándose, exclamó:

—¡Ay! se me olvidaba que estoy enfadada contigo, y no te quiero hablar.

—¡No te vayas....! dijo Augusto, deteniéndola por el vestido. ¿Quieres que estemos enfadados siempre?

—Sí, pues como es una cosa tan divertida, no hay duda que me gustará prolongarla toda la vida; repuso Ángela tomando familiarmente el brazo de su primo, y dirigiéndose ambos á un banco de césped donde se sentaron.

—¿Tienes mal humor? la preguntó Augusto.

—Mucho; un tédio que me abruma, ¿y tú?

—Yo no tengo mal humor, lo que tengo es tristeza, hay en mi corazon una pena tan honda que no puedo soportarla, y sufro mucho, prima mia.

—¿Será que estés enfermo? ¡Pobre Augusto! ¡y yo tan desconsiderada que te atormento y te enfado....!

—¡Ángela! exclamó el jóven mirándola con ternura, y apoderándose de una de sus manos.

—¡Si vieras cuánto lo siento!.... Pero no volverá á suceder; ya no nos enfadaremos más. Vamos á querernos como dos hermanos, y á no reñir nunca; ¿te place?

—¡Lo que tú quieras!.... exclamó Augusto con un acento tan dolorido que lastimó á su prima.

Esta exclamó:

—¡Verdaderamente que estás triste; el eco de tu voz es tan melancólico, que hace daño!

La luna, que habia permanecido oculta entre una nubecilla, se presentó de repente iluminando por completo el rostro de los dos jóvenes.

—Y estás muy pálido, dijo Ángela mirándole con tierno cariño. Cuéntame; ¿qué tienes?

—No hablemos de mí: esto pasará; cuéntame tú lo que has hecho ayer en Valencia.

—Estuve de campo con las hijas de la marquesa, luego hubo baile y concierto, cantó un artista del Teatro Real de Madrid, y le aplaudieron mucho, estaba admirable; ¡si vieras qué

hermoso! ¡Ah! su voz encantaba, y era tal la melodía de su garganta que me impresionó vivamente: aun me parece estarle escuchando.

Ángela se cruzó las manos sobre el pecho, y cerró los ojos, como si con los ojos del alma estuviera escuchando todavía los dulcísimos acentos del admirable tenor.

—¡Tú sueñas con la música!....

—¡Y con la gloria, primo mio!

¡Qué feliz es ese hombre cuyo nombre resuena en todo el mundo! Por donde quiera que va, recoge aplausos, laureles; allí donde se dirige, le ha precedido el eco de la fama, y le ha hecho conocer y admirar de todos, antes de verle.

¡Cuán hermoso debe ser el verse admirado, querido de la multitud, y elevado á una altura inmensa, separado por el génio y por el talento de ese vulgo necio que solo sabe criticar, que nada siente, sino la envidia y el ódio al que más sobresale.

La exaltacion de Ángela crecía.

Augusto la escuchaba con pena, aquel entusiasmo por los artistas le hacia decir:

—¡Oh! nunca podrá amarme; ¡yo soy un hombre oscuro, y ella ama la gloria!.... ¡Cállemos!.... Calla, corazón, calla, y esconde tu amor; escóndele, que nunca lo sepa.

Augusto sintió un vivo dolor al hacerse estas reflexiones, y por evitar que su prima conociese la emoción que le embargaba, se levantó para marcharse.

—¿Te vas? le dijo ella.

—Adios, hasta mañana, contestó con voz entrecortada, alejándose con precipitación.

—¡Decididamente está loco!.... murmuró Angela encogiéndose de hombros.

La luna volvió á encapotarse de nuevo para no iluminar en toda la noche con sus pálidos rayos los árboles del jardín.

CAPÍTULO IV.

¡Qué horrible noche para el triste Augusto! Se encerró en su cuarto, dolorido, angustiado, y presa de una fiebre fatal.

Pasaron muchas horas en un estado insoponible: tenía celos de aquel afortunado cantante, á quien elogiaba su prima.

¡Oh! los celos en el pecho de una persona que ama de veras, son una carcoma que roe el corazón, que la precipita en el abismo de la desesperación, empujándola sin cesar á toda serie de males y de inauditas desgracias.

Augusto adoraba á su prima, y tenia celos desde que la jóven abandonó la pacífica quietud de la alquería por lanzarse á la sociedad, recibiendo con placer los homenajes que la tributaban infinidad de galantes mancebos admiradores de su belleza.

El amor que le inspiraba habia estado dormido en su pecho, oculto más bien por el fraternal cariño que se profesaron desde la niñez, sin que hasta aquellos momentos conociese toda su violencia, toda la fuerza poderosa, infinita, con que dominaba su corazon.

Febril, nervioso, agitado, recorría á grandes pasos la habitacion, dando una y otra vuelta, hasta que, por fin, rendido, fué á sentarse delante de la mesa donde apoyó los codos, teniendo la cara entre las manos.

—¡Oh! ella no me ama, se decia á sí mismo. Si me amase, veria mi sufrimiento, veria mi dolor, y tendria lástima.

Esta misma noche me ha dicho: «Nos amaremos siempre como hermanos.» ¡Ay! ¡Como

hermanos! No hay en su pecho otra afección más dulce, más íntima que esa obligada fraternidad.....

¡Triste de mí!.... Pero, ¿por qué me quejo? No tengo derecho para ello; si no sabe mi amor, ¿cómo ha de guardarme fidelidad?

Esta idea que asaltó repentinamente al joven, le hizo quedarse pensativo; luego volvió á esclamar con alegría:

—¡Oh! sí: es verdad..... ¡qué necio soy! quiero que adivine mi sentimiento, y eso no es posible.

¡Es tan egoísta el amor!

Tenia razón Augusto: no hay una afección más ardiente, más inmensa, más íntima que el amor; pero tampoco hay ninguna tan egoísta, tan despótica.

Amor, para ser verdadero, exige el sacrificio de todos los sentimientos, reina solo, exclusivo, no admite término medio, y á veces hasta la amistad le estorba, porque un íntimo amigo puede convertirse en amante.

El amor es la abnegacion, es el imperio del corazon, el dominio de la voluntad.

Instantes despues de haber sentido nuestro enamorado aquella idea punzadora, se apoderó con ánsia de una pluma, tomó papel, y emborronó con afan una y otra carta, que rasgaba despues, sin estar satisfecho de ninguna.

—¡Pues es necesario que yo la escriba!.... decia empezando una nueva que tendria la misma suerte que las demás.

Me conozco muy bien, y sé que no tendré ánimo para declararla verbalmente mi amor. Este carácter tan tímido me mata, lo veo, y no lo puedo remediar.

Siempre de la audacia se dice: «¡Ese es un hombre de génio! ¡Qué chispa tiene!.... ¡Qué despejado es!.... Mientras que de la timidez suele decirse: ¡Jesús! ¡qué hombre tan soso!.... ¡Y tan encogido! ¡debe ser tonto sin duda!....»

Esta es la verdad; á mi prima se lo he oido cien veces, y sin embargo, yo no puedo dominar mi carácter.....

Decididamente la escribo; esta carta no la rompo, salga como quiera; ella será la introducida; ella me dará las llaves del corazón de mi prima.

La pluma corria con velocidad sobre el papel, no volvió á pronunciar palabra; pero su fisonomía se animaba, y sus magníficos ojos negros chispearon con una espresion radiante, á medida que vertia en aquella carta todo el fuego de su alma juvenil y entusiasta.

Cuando estuvo concluida, la leyó dos ó tres veces, y debió quedar satisfecho, porque, plégandola cuidadosamente, la puso en un sobre, y la cerró.

Entonces se levantó, fué á la ventana, y la abrió. Era de dia.

Habia pasado una noche de insomnio y de agitacion; pero se sentia tranquilo: habia descargado su pecho de un peso enorme, y dentro de breves horas iba á tener la certidumbre de su felicidad ó de su desgracia.

Apagó la lámpara que aun ardia sobre su

mesa, y guardando la carta en uno de los bolsillos de su levita, salió al jardín.

Era, como ya hemos dicho en otro lugar, el 2 de Agosto. La mañana estaba hermosa, esplendente.

La suave brisa del mar refrescó la calenturienta frente de Augusto, y se sintió mejor. Una esperanza dulcísima se había introducido en su corazón como un bálsamo benéfico.

Casi seguro del triunfo se dedicó á formar un ramillete de jazmines, recogiendo los más frescos y olorosos del jardín. Después se acercó al pabellon donde Ángela dormía.

Estaba cerrado; aun no se había levantado la jóven.

Augusto se paseó largo rato hasta que vió entreabrirse una de las celosías. Era la que comunicaba con su dormitorio; corrió allá, y separando un poco las persianas dejó caer dentro la carta y el ramillete, echando luego á correr asustado de su acción, como si hubiera cometido una grave falta.

Angela, por su parte, cuando se separó por la noche de su primo, volvió á su mal humor, y se encerró en su cuarto.

Á su vez ella tambien sentia un malestar indefinible, ese *no sé qué* de vago y misterioso, que precede al amor, que le anuncia, y que toma forma palpable cuando algun acontecimiento le revela.

Empero no sabia esplicárselo, ó, por mejor decir, no sabia cómo llenar el vacío enorme de su alma.

Creíase muy feliz cuando la rodeaban jóvenes sensibles y entusiastas que la galanteaban y la decian amores; pero era una felicidad pasajera: á poco los encontraba frívolos, insustanciales, y cuando dejaba de escucharlos, volvía á su mal humor, á su tedio, á su ardiente afán de conseguir una quimera que no alcanzaba nunca, y con la cual siempre soñaba.

¿Y cuál era esta quimera? Ni ella misma nos lo hubiera sabido explicar.

El alma de Ángela, expansiva, entusiasta y

generosa se elevaba por cima de la humanidad; la prosa del mundo, el materialismo de la vida no era su centro, por eso buscaba nuevo ambiente, nueva esfera, sin que pudiese jamás llegar al logro de su deseo.

La mañana del 2 de Agosto se levantó temprano, como siempre. Una de las maravillas que más la gustaba contemplar era la salida del sol en el inmenso azul del Mediterráneo.

Apenas sintió el armonioso concierto de los pájaros en los árboles del jardín, se arrojó del lecho, abrió una ventana para dar luz á la habitación, y respirar el ambiente de la mañana, poniéndose despues un precioso peinador de batista guarnecido de encajes.

Cuando la ventana estuvo abierta sintió moverse las persianas, cayendo luego dentro del gabinete una carta y un perfumado ramo de jazmines.

—¡Oh qué feliz sorpresa!.... exclamó con alegría cogiendo las flores y besándolas suavemente. Esto es muy poético, muy bello, ¿quién

habrá tenido tan donosa ocurrencia? De seguro que no ha sido mi primo: ¡es tan frío, tan prosáico...! ¡y en verdad que es una lástima, porque es tan guapo! Á veces se me figura que le quiero más que como á primo, y es porque tiene momentos muy agradables; pero son pocos; en seguida se torna taciturno, uraño..... Si fuera viejo, tendria mal genio.

¡Oh! ¡qué tonta soy! aquí estará la clave del enigma. Si han echado una carta con el ramillete, será felicitándome los días; veamos.

Ángela tomó la carta, que aunque estaba cerrada no tenia nada escrito en el sobre. Se colocó el ramillete en el pecho para aspirar más de cerca su fragancia, y fué á sentarse en un divan.

—La carta tambien está muy perfumada, dijo abriéndola: ¿quién será este romántico galan? ya me va interesando, veamos la firma. ¡Oh! ¡mi primo....! ¡qué sorpresa?

Los hermosos ojos de Ángela chispearon con un fulgor sombrío; el carmin de la felicidad co-

loró un momento sus mejillas, y su pecho se levantó agitado por las desusadas palpitations de aquel corazon juvenil que empezaba á sentir lo que significaban los jazmines, la primera emocion de amor.

Por eso su primo los habia elegido, por declararle su amor de dos maneras; con el lenguaje simbólico de las flores y con el lenguaje del alma, que, formulado en pensamientos, deposita en el papel una mano febril agitada por la incertidumbre y la emocion.

Ángela devoró el contenido de la carta, la volvió á leer, repitió la lectura diez ó doce veces, infiltrándose en sus sentidos, en todo su sér, la mágia de aquellos conceptos sublimes, la expresion de aquel amor ideal vertido con el entusiasmo de un alma de fuego, de un corazon anhelante, henchido de embriagadora pasion.

Hé aquí el contenido de la amorosa misiva, que habia costado al pobre Augusto una noche de insomnio y de dolorosa angustia.

«Adorada prima mia: en este dia solemne,

en que todo debe ser júbilo y alegría en esta casa, en que tú misma debes ser indulgente y generosa, voy á depositar en tu corazon un secreto que hace tiempo está devorando mi existencia y haciéndome el más infeliz de los hombres.

»Perdóname si te causo disgusto; ¡quién sabe si te será odiosa la atrevida declaracion de este pobre sér tímido y encogido á quien tú llamas *prosáico* y *taciturno*....! ¡Tú, tan amante de la gloria y del brillo del talento....! ¡Tú, prima mia, tan hermosa como angelical! ¿Me rechazarás cuando hayas escuchado mis palabras....? ¿Me juzgarás indigno de tu....? palabra fatal que abrasa mis lábios como si fuera de fuego; pero es preciso decirlo, ¿me juzgarás indigno de tu amor....? Porque yo te amo, Ángela mia; este era mi secreto, te amo con un delirio infinito, con una idolatría sin límites. Te amo y tengo celos de cuantos hombres te rodean, por eso estoy taciturno, por eso estoy siempre triste y retraido. ¡Ah! dime que me

amas, dime que serás mi esposa, y entonces me verás trasformado. Tú, ¿quieres gloria? Pues bien, yo por tu amor escalaré el templo de la Fama; me siento grande, fuerte, capaz de acometer las más arriesgadas empresas, si una sonrisa tuya, si una palabra de amor han de ser mi recompensa.

»Empero si por el contrario no me amas, hoy mismo saldré para América en ese vapor que contemplo desde mi ventana, y no nos veremos más: nuestra despedida será eterna.

»Decide, pues, de mi suerte; y decide pronto, prima mia, hoy mismo, te lo suplico. Quiero ahorrarte el rubor de una confesion. Si me amas, si estás dispuesta á premiar mi amor con tu mano, lleva durante el desayuno ese ramillete en tu pecho; él, que significa la primera emociion de amor, que sea la aurora de nuestra felicidad, el lazo simpático que una nuestras almas con la fruicion misteriosa y santa de un afecto purísimo que labre nuestra felicidad en la tierra.

»Si entras en el comedor sin llevar el ramillete en tu pecho, será la orden de mi destierro, y partiré, prima mia, partiré, no lo dudes; mas donde quiera que el destino me arroje, y en cualquiera situacion de la vida, será siempre tu recuerdo la estrella luminosa que alumbre mi camino, el faro que me guie en los revueltos mares de la existencia humana.

»En este último caso, te ruego me devuelvas ese ramillete, porque debe marchitarse y extinguirse sobre el corazon de tu amante primo,

AUGUSTO.»

El primer movimiento de Ángela fué mirarse al pecho; instintivamente habia colocado en él su ramillete, apenas cayó desde la ventana.

Luego se quedó profundamente pensativa, volvió á leer la carta una vez más, volvieron á encenderse sus mejillas, y volvió á latir su corazon con una fuerza desconocida.

—¡Oh! sí le amo....! murmuró; este vacío que yo sentía en mi alma era que le faltaba su amor: el velo se ha descorrido, ¡oh felicidad....! ¡felicidad! ¡cuán bella eres....!

Ahora comprendo la taciturnidad de mi primo; me juzgaba insensible, imaginaba que yo correspondía á los galanteos de los muchos jóvenes que me rodean, y tenía celos. ¡Infeliz! ¿Por qué no ha despertado antes mi corazón? ¿Por qué no nos hemos comprendido?

Empero ha llegado á tiempo el remedio, conozco que le amo, que su vida es mi vida; su alegría la luz de mis ojos.

Desde que está triste muero de tedio, sin haberme figurado que la causa de mi mal humor era su retraimiento, como asimismo la indiferencia que le he manifestado ocasionaba su muerte.

Ya todo se acabó; lleno el vacío del alma, la felicidad, y la gloria serán el iris de luz que alumbra nuestra vida.

CAPÍTULO V.

Angela se sentia satisfecha y feliz con el amor de su primo; aquel afecto purísimo, largo tiempo contenido, y que al fin se desbordaba como un raudal magnífico del alma generosa y elevada del jóven, halagaba su vanidad de mujer, y satisfacía su capricho de niña.

Nunca como aquella mañana puso más cuidado en arreglarse, engalanándose de la manera más bella que pudo soñar su poética imaginacion.

Ligera y satisfecha como quien ha creído entrar en el completo goce de su dicha, se dirigió al comedor, pensando con delicia en la cara

que pondría Augusto cuando la viese entrar con el ramillete en el pecho.

El jóven, entre tanto, como quien espera la sentencia de su vida ó de su muerte, aguardaba pálido y trémulo de impaciencia. Apoyado en el marco de una ventana, dirigia de vez en cuando á la puerta de entrada una mirada sombría y recelosa.

Todos estaban en la mesa. Únicamente Ángela faltaba: de repente el semblante de Augusto se animó como por encanto, perdió la expresión de su habitual abatimiento, fulgurando sus magníficos ojos con el fuego de la felicidad y de la vida. Era que su mirada se habia encontrado con otra mirada poderosa, magnética, con la mirada de los grandes ojos de Ángela, que apareció en el comedor radiante, hermosísima, y primorosamente vestida.

Llevaba una bata blanca flotante y vaporosa, ceñida á la cintura con un largo y grueso cordon de seda azul. Sus negros y abundantes cabellos estaban entrelazados con jazmines, que armonizaban con el ramillete, símbolo de su

amor que, púdico y lozano, se ostentaba en su alto y palpitante seno como un emblema de su fé, como una promesa de eterno cariño.

La mirada que cruzaron ambos jóvenes al encontrarse era una elocuente protesta de su amor, era la mística union de sus almas, que se enlazaban fundiéndose la una en la otra.

Ni una palabra se hablaron; en aquella mirada se lo dijeron todo; se juraron amor eterno, leyendo ambos en el fondo de sus corazones.

Gozosos y felices fueron á ocupar cada uno el sitio que les correspondia en la mesa. Nadie se apercibió de su mútua inteligencia: únicamente doña Margarita, con esa penetracion de una madre que adivina los sentimientos en el semblante de sus hijos, vió en el rostro de los jóvenes una animacion estraña.

—¡Hola! ¿Pasó ya el enfado? murmuró al oído de Augusto que estaba sentado á su derecha.

Este no contestó: se contentó con sonreir; pero sonrisa que era una declaracion tácita del estado de su corazon, sonrisa que podia traducirse por estas ó parecidas palabras:

—¡Cuán feliz soy!

Concluido el almuerzo, todos se levantaron. Doña Margarita dijo en voz baja á su sobrino:

—Te aguardo luego en mi cuarto.

Se inclinó para besar en la frente á su hija, y la dijo lo mismo.

Los dos movieron la cabeza en señal de que acataban su orden, y salieron por distinta puerta, aunque guiados por el propio deseo; pues sin haberse dado cita, se dirigieron al jardín, y sin pensarlo fueron á encontrarse á la sombra de un precioso cenador cubierto de jazmines.

El jazmin era la flor predilecta de Ángela, su esencia favorita; por eso Augusto se las ofrecía, y cuidaba las plantas con especial esmero.

—¡Ángela mia!....

—¡Mi Augusto!....

Estas fueron las exclamaciones que se escaparon de sus labios al encontrarse: sus corazones se agitaron á impulso de idéntico sentimiento, enlazándose sus manos por un movimiento natural y espontáneo.

—¡Ah! ¡tú me amabas!.... exclamó Ángela sobreponiéndose á su emoci6n.

—¡Sí, ángel mio!.... yo te amo con todo el fuego de un alma que siente por primera vez ese afecto dulcísimo, ese deleite divino que, apoderándose del corazon, le fecundiza, le da nueva vida, sembrando en él un gérmen misterioso y fructificante de donde nace la felicidad, el júbilo, el entusiasmo y la sed de gloria que convierte á los hombres en héroes, y á las mujeres en ángeles.

—¡Oh! ¡qué felicidad es ser amada de esa manera!.... exclamó Ángela.

—Pero tú tambien me amas, ¿no es verdad? preguntó con ansiedad Augusto, inundando á la jóven con una mirada ardiente, fascinadora.

—Con todo mi corazon, del mismo modo que tú á mí: hace mucho tiempo que nos amamos, y no lo hemos conocido hasta hoy.

—Mi amor brotó en la niñez, se fortaleció en la juventud, fué mi ilusion de niño, mi encanto de hombre; identificado con mi propio ser, es ya un gigante que me domina, que me avasalla por

entero á tu voluntad. Empero, en medio de todo, yo veo en ti no sé qué sentimientos encontrados: ¡esplicame!....

—Escucha, dijo Ángela interrumpiéndole, yo te amo; pero creo que te amaria de otra manera si fueses uno de esos grandes genios que nos deslumbran. Á mí me acontece una cosa muy estraña. Voy al teatro: se representa un drama magnífico, sentimental, una de esas bellísimas creaciones que solo puede producir un genio de primer orden. Tiene escenas terribles por lo patéticas, situaciones de un efecto sorprendente que arrebatan al espectador, que le conmueven poderosamente arrancando de sus labios gritos de entusiasmo, y de sus ojos raudales de llanto, que manifiestan lo inmenso de la emoción que ha producido en su alma la obra. Y, sin embargo, aunque veo á todos dominados por aquel destello de un genio candente, mi corazón permanece quieto, tranquilo, sin conmoverse, y mis labios esclaman con la fría calma de la razón calculadora. «¡El arte; hé ahí el arte en todo su esplendor!»

Terminada la obra, la impresion que ha producido queda viva, palpitante, bullente, por decirlo así, en millares de cabezas. El entusiasmo del público se desborda en frenéticos *bravos*, y el autor, pálido y trémulo, sale á recibir el premio de su afan y de su talento. Entonces, cuando yo veo aquel torrente de aplausos, cuando veo inundarse la escena de palmas, de flores, de coronas y versos, cuando veo allí al poeta desfallecer de gozo, es cuando mi corazon, como si antes hubiera estado dormido, se despierta con júbilo, late apresurado, conmovido, y corre de mis ojos un llanto benéfico que me embriaga, que me enloquece. Entonces me parece que siento impulsos de hacer una obra tan grande como aquella, me parece que hay dentro de mí mágicas arpas que prorumpen en magníficas melodías, tengo fantásticos delirios, sueños fascinadores, imaginándome que tambien en mi corazon se esconden resortes sorprendentes que pueden adquirir el poder de arrebatarse á un público, de arrancarle lágrimas, riquísimo triunfo del artista, el más grande, el más su-

blime, el que más envanece: «de arrancarle *bravos* y palmadas.»

¡Oh! yo no te podré explicar lo que por mí pasa en semejantes momentos; otro que no fueras tú, se reiría; pero no puedo menos de confesar lo que siento para que tú lo analices y esclarezcas mis ideas. En adelante tú serás mi único amigo, mi confidente, mi esposo, ¿no es verdad?

—¡Vida mia!.... exclamó Augusto besando con respetuosa ternura la mano que Ángela había dejado entre las suyas.

—Bien, pues; explícame por qué mi corazón no se conmueve al escuchar la obra maestra del arte, y se agita estremecido con el magnífico triunfo del artista, del asombroso genio que sabe dominar al público, impresionándole profundamente y arrancándole gritos espontáneos de poderoso júbilo, de pasmoso delirio.

¿No te parece, mi querido Augusto, una cosa muy rara?

—Es que tú eres artista de corazón y sientes el arte en ti misma; por eso no te conmueve:

porque tú le dominas; pero yo te suplico, alma mia, que ahogues en tu corazón esos delirios funestos que pudieran un día hacerte desgraciada. Tú no debes brillar por tu propia claridad, sino por los reflejos de un sol que, iluminándote, te envuelva con sus rayos.

—¿Y quién será ese sol?....

—Yo lo seré; lo siento aquí en mi corazón, en mi cabeza; conozco que con tu amor haré milagros, tu entusiasmo me contagia, y necesito levantarme de la esfera común para que tú me ames, porque tú no me amas del mismo modo que yo á ti. Tú eres para mi alma una necesidad imperiosa; sin tu amor, nunca sería nada; con él seré lo que tú quieras que sea.

Márcame el camino que debo recorrer; la senda que me trace tu mano estará para mí cubierta de flores, porque sus escollos, sus dificultades, las traspasaré sonriendo, y siempre con la esperanza de tu amor, que será el premio de mis sacrificios y de la incesante lucha que sostendré con la adversidad y con el mundo, hasta llegar al término de mi carrera.

—Yo siempre te amaré, aunque no consigas ser una celebridad; créeme, Augusto mio, el afecto que me inspiras es profundo y sincero; creo que siempre, y aun á través de las graves borrascas de la vida, permanecerá en mi pecho inalterable y puro.

—¡Ay! ¡ojalá que así sea! exclamó el jóven, yo seré muy feliz si consigo fijar en tu pecho la pasión que has inspirado en el mio. Empero ¡alma mia! tenemos que purificar nuestro cariño en el crisol de la adversidad, en el de la ausencia, que son los elementos destructores del amor.

—¿Qué dices? ¡la ausencia!....

—Es preciso; tú tienes el alma llena de una ardiente, de una inestinguible sed de gloria, y yo necesito satisfacer tu pasión, apagar tu sed, para que me ames, para que ames en mí el genio que te hace delirar, con el que sueñas.

—¿Y cuál es tu pensamiento?

—Estudiar; la carrera de las letras me ofrece un ancho campo donde ensayar mis fuerzas. Ignoro lo que valgo, no sé ni aun de lo que seré

capaz, pero tengo fe en el alma, entusiasmo y amor en el corazon, elementos poderosos que me harán dueño del porvenir.

—¿Serás literato?....

—Hoy hago versos, tengo muchos escritos y no los enseño á nadie, porque no me satisfacen; me parecen malos. ¡Desconfio tanto de todo lo que hago!.... Y luego, aun no estoy decidido, no sé cuál será mi carrera.

Dicen que el poeta nace y el orador se hace; pues bien, yo seré lo uno ó lo otro, y lo seré por la fuerza de mi voluntad; por el inquebrantable deseo de mi alma. Querer es poder, si se quiere con fé y se une al deseo la firmeza y la constancia; por eso yo me propongo ser orador ó poeta, y lo seré; mi corazon me lo asegura.

—¿Tanta fé tienes?....

—Tengo la fé de mi conciencia.

—Y para seguir esos sueños de gloria, ¿tenemos que separarnos?

—Es preciso, Ángela mia; yo no seré tu esposo mientras no pueda ofrecer á tus piés los

primeros laureles de mis triunfos en el teatro ó en el foro.

—¿Y abandonarás tus estudios!

—Nunca; seguiré mi carrera hasta el fin, hasta doctorarme en leyes; estudiaré al propio tiempo el teatro y la literatura, probaré en todos los géneros, y si comprendo que no he nacido poeta, me lanzaré á la política, y á fuerza de aplicación y constancia conseguiré uno de los primeros puestos, que vendré inmediatamente á ofrecer á tus piés.

Ángela se habia quedado pensativa; le parecían quiméricos los proyectos de su primo; sin embargo, ella tambien sentia una cosa parecida, se juzgaba capaz de hacer algo que la diese reputacion y fama.

—Tú, ¿qué piensas? ¿acaso te disgustan mis proyectos? exclamó Augusto.

—No, al contrario, me parecen muy buenos si se realizan; solo me desazona una cosa, la ausencia.

—Yo tambien lo siento; mas, como mi amor es inalterable, creo que ha de purificarse más y

más, en igual de amenguar con la separacion. En Valencia no haria nunca nada, necesito ir á Madrid; allí está el centro de todo, la esfera comun, es, por decirlo así, el sol de donde parten todos los rayos.

—Y tambien podríamos irnos nosotros á Madrid; se lo rogaremos á papá, y quizás consienta. Precisamente mi sueño dorado es Madrid; allí puedo perfeccionarme en la música y en el canto, familiarizándome con ese arte divino que tanto dice á mis sentidos y á mi corazon.

—Eso no, Ángela; yo no quiero que tú seas artista.

—¿Y por qué no?.... ¿te disgustaria verme cubierta de palmas y laureles, llena de gloria y con un nombre ilustre que resonase en todos los ámbitos del mundo?....

—Me lastiman tus ideas, querida mia; ¡por piedad no pienses así! no estudies nada, no aprendas nada mas que lo que sabes. Las mujeres deben concretarse únicamente al cuidado de su casa, al amor de su esposo y de sus hijos.

Ángela se sentía contrariada; pero la dominaba el amor de Augusto, y no replicó.

El joven comprendía toda la fuerza con que obraba en el alma de su prima aquella ardiente sed de gloria, y se propuso combatirla con el tiempo á fuerza de dulzura y de amor. Entonces no creyó oportuno insistir más, y varió la conversacion.

Salieron al jardín, donde poco despues fueron llegando muchas de las personas que estaban convidadas á la fiesta en celebridad de los dias de Ángela.

Doña Margarita no estaba entre ellas: hacia D. Ángel los honores de la casa, lo cual recordó á los jóvenes la intimacion que habian recibido en el comedor.

Su madre los esperaba. Con una mirada de inteligencia se advirtieron mutuamente este olvido, y corrieron al cuarto de doña Margarita, que estaba situado en la primera galería del piso bajo.

En efecto: la buena señora los esperaba, y los recibió con alegría.

La habitacion de doña Margarita era una sala cuadrada con dos ventanas al mar. Á la derecha tenia un pequeño gabinete que la piadosa señora habia convertido en oratorio, colocando en él un altar con una preciosa imágen que representaba la Vírgen de los Dolores.

Varios cuadros religiosos adornaban las paredes del oratorio, y multitud de objetos sagrados, significando la sincera fé cristiana y la ardiente piedad de doña Margarita.

Á derecha é izquierda del altar habia dos reclinatorios de caoba con el asiento y el antepecho primorosamente bordados por Ángela.

La sabanilla del altar estaba bordada á realce, obra tambien de Ángela, como asimismo las ropas que vestia la Vírgen, las cortinas de las ventanas y las demás prendas que constituian las ropas del oratorio.

En esta pieza aguardaba doña Margarita á sus hijos: así se complacia en llamar á Augusto.

Cuando entraron, estaba arrodillada en un reclinatorio, y debia orar en un éxtasis demasia-

do profundo, porque no los sintió. Tampoco ellos quisieron interrumpirla, y se arrodillaron detrás sin hacer el menor ruido.

Doña Margarita terminó sus oraciones, y al levantarse se encontró frente á frente con ellos, que la sonreían con la más dulce ternura.

CAPITULO VI.

—Hijos míos, exclamó doña Margarita saliendo al salón y haciendo sentar á los jóvenes junto á sí; os he llamado porque esta mañana he visto en vosotros cierta expresión benévola de confianza, de cariño, de intimidad, pareciéndome que al fin vuestras almas se han entendido, y que ya no reñís ni os enfadáis; ¿es verdad?

La noble señora miraba sonriendo á uno y á otro; ellos bajaron los ojos con alguna confusión, y se callaron. Doña Margarita continuó:

—¿Calláis?... El silencio es prueba de asentimiento: luego no me engañé.

—¡Madre mía! murmuró la joven poniéndose encendida como la grana.

—No me digas nada, continuó doña Margarita; quiero ahorrarte el rubor de una confesion: sé que Augusto te ama hace tiempo; ignoraba si tú le correspondias; hoy me he convencido de vuestra mutua correspondencia, y me felicito, hijos míos, por este acontecimiento que ha de terminar en un enlace que colme nuestros deseos, de tu padre y míos, y nos haga sumamente felices.

—¡Tia querida! exclamó Augusto con efusion; solo faltaba para nuestra dicha el beneplácito de ustedes: ya le tenemos. ¡Oh! gracias; sus palabras hacen mucho bien á nuestro corazon, porque vemos sonreirnos una dicha sin término, una felicidad inalterable y pura.

—No hay nada completo en este mundo, y vuestra dicha no está completa, hijos míos, antes bien para merecerla debeis empezar por sufrir; es preciso atravesar muchos senderos espinosos antes de llegar á la cumbre de la felicidad.

—¿Qué quiere V. ¡decirnos?... exclamó Augusto asustado.

—Que se hace precisa una separacion hoy

mas que nunca, porque vuestros corazones han llegado á entenderse.

—¡Separarnos! ¡Qué dolorosa idea! murmuró Angela.

—Un mes escaso te queda de permanencia entre nosotros, Augusto, dijo doña Margarita sin hacer caso de la exclamacion de su hija.

—Ya lo sé; lo he pensado así, y no hace mucho se lo manifesté á mi prima.

—Tu deber es estudiar, concluir tu carrera, y cuando tengas una posicion decente que ofrecer á tu prima, vienes, y yo te la entregaré gustosísima; entonces sereis esposos, y empezará para vosotros la felicidad. Ahora debes prepararte para marchar á Madrid: allí está tu destino, y allí debes ir.

Doña Margarita interrogaba con su mirada franca y escrutadora la fisonomía de ambos; los vió tristes, abatidos, y exclamó de nuevo:

—¡Ea! ¡valor! ¿Qué os aterra? ¿No es vuestro amor bastante grande para que lejos de amenguar crezca en la ausencia? El verdadero amor se temple y se purifica con la separacion

y la adversidad; preparaos, pues, á luchar, y vuestro gozo será inmenso el día que os arrojeis el uno en brazos del otro, esposos ya y satisfechos porque vuestro amor ha resistido todas las pruebas saliendo triunfante de la lucha.

—Es verdad, querida tia; yo así pienso: tengo fe en el porvenir y confianza en mi corazón; pero Angela no debe sentir lo propio. ¡Ah! ¡No ve V. cómo llora!...

Efectivamente; Angela había inclinado la cabeza sobre el pecho, y lloraba.

—¡Hija mia!... ¿á qué ese llanto? Yo te creía mas fuerte; te confieso que juzgué haber adivinado en ti un espíritu superior, y me equivoco: no es tu alma tan grande como yo pensaba.

Angela, herida en su amor propio, levantó la cabeza con orgullo, y, enjugándose las lágrimas, exclamó:

—Tengo valor para sufrirlo todo; pero me aterra esa ausencia, me aterra la inmensa distancia que ha de separarnos, y, sobre todo, tiemblo, porque Madrid es un lugar de seducción y de atractivos irresistibles donde se necesita mu-

cha virtud y un alma muy excepcional para que se conserve inmaculada y pura la santa afección de la familia y del amor.

—En cuanto á eso, no temas; yo te respondo, yo te juro, aquí, en presencia de nuestra madre, que mi cariño no te faltará, que tu imagen, grabada en mi pecho, no se borrará para que en él refleje la de otra mujer. Tú serás mi único amor, mi único pensamiento.

La exaltación de Augusto al decir esto era inmensa; sus ojos brillaban con un fulgor sombrío, encendiéndose mas y mas el sonrosado color que de ordinario animaba sus mejillas.

Angela le miraba con pasión, y comprendiendo que se había ofendido se apresuró á replicar:

—No es de ti de quien temo; es de la sociedad que, como un río caudaloso, todo lo arrastra en su corriente.

—Mi corazón, fortificado con tu cariño, es bastante fuerte para oponer un dique á su poder.

—¡Dios lo quiera! Pero, madre mía, ¿no sería mejor que también nosotros nos trasladáse-

mos á la corte? Si papá vive de sus rentas, ¿qué le importa habitar acá ó allá?

—Tú sabes que es muy afecto al pais donde ha nacido: tambien lo soy yo, y por nada del mundo abandonaremos nuestra casa y nuestras haciendas, mucho menos por acceder á un capricho que no es nada honroso para ti, pues la mujer nunca debe seguir á su amante, sino esperarle en su casa confiada y tranquila. Si el amante es noble y caballero, volverá á cumplir la palabra empeñada; y si se olvida de sus juramentos, en ese caso no es digno de la constancia de una mujer virtuosa, y solo merecerá el desprecio.

—Volveré, volveré; yo lo juro, exclamó con impetuosidad el jóven.

Angela, visiblemente contrariada, no contestó.

Doña Margarita leía en el fondo de su alma con la penetracion de una madre que teme por la futura dicha de la hija de sus entrañas.

En el rostro de la jóven se veían impresas muy claramente la vacilacion, la duda, la des-

confianza de sí misma, y una ansiedad manifiesta, una vaga espresion de deseo mal comprimido, de aspiraciones ardientes no satisfechas. En una palabra, Angela luchaba con el amor de su primo y el amor á la gloria, que, pujante y vigoroso, se alzaba en su pecho cada vez con más imperio.

—Tú sufres, hija mía, y yo no creo que el temor de una ausencia cause en ti tanta sensación.

—Y ¡qué otra cosa podría ser!... exclamó la jóven con ímpetu; temo, y no sé lo que temo; siento, y no sé lo que siento: esta es la verdad, madre mia. El verdadero estado de mi corazón ni yo misma le comprendo.

Angela tenia razon: no sabía darse cuenta de sus sensaciones.

—Pero ¿tú amas á tu primo? preguntó doña Margarita, pretendiendo apurar todo lo posible.

Augusto miraba á su amada con dolorosa tristeza; esta contestó á la pregunta de su madre, diciendo con entusiasmo:

—¿Que si le amo? con todo mi corazón: él ha

despertado en mi pecho una fibra que dormía, y conozco que á nadie amaré sino á él.

—¿Y no tendrás inconveniente ninguno en ser su esposa?

—Ninguno; lo seré gustosísima el día que adquiera la posición que ambiciona, y me haya probado que su amor no puede desvanecerse.

—Corriente: en este caso prometo apoyar vuestra resolución, y ser vuestra protectora hasta el día, muy feliz para mí, en que pueda uniros en santo lazo, como ahora uno vuestras manos en señal de eterna fidelidad.

Doña Margarita, conmovida y derramando lágrimas, unió entre las suyas las manos de ambos jóvenes, las oprimió significativamente, y luego, atrayendo sus cabezas hácia sí; las estrechó en su pecho, y los besó en la frente.

Las lágrimas de los tres se confundieron; Augusto entre sollozos exclamaba:

—¿Me amarás siempre, no es verdad, Angelita mia?

—¡Oh! sí; sí: mi corazón siempre será tuyo: mi alma entera te pertenecerá toda la vida.

—¿Y serás mi esposa?

—Lo seré, te lo prometo; exclamó la jóven, que, dominada por la situación, no era dueña de sí misma.

Los estraños deseos que hervian en su cerebro se adormecieron, para dar lugar al amor puro, casto, tranquilo, exento de conmociones fuertes, y asegurado por la sancion materna, que en sí lleva desde luego la bendicion de Dios.

Los diversos sentimientos que Angela experimentó en el resto del dia, acabaron de trasformarla por completo.

Las diferentes personas que acudieron á felicitarla por sus dias, supieron el proyectado enlace con su primo, dándola el parabien con doble motivo.

Augusto se escedió á sí mismo: era feliz, y como la felicidad embellece tanto, estuvo admirable; su figura, arrogante y esbelta, aunque no muy elevada, crecia en medio de tanto galanteador como otros dias le dieran celos festejando á su bella prima.

Entre ellos habia uno que sintió este aconte-

cimiento infinitamente más que los otros, si bien era el que menos deferencias recibiera de Angela.

Se llamaba Aquiles, era de origen italiano, y tenía una figura muy poco agradable. En su rostro ancho, mofletudo, no aparecían jamás las impresiones de su alma; tenía su fisonomía la inmovilidad de un busto de mármol.

No se le conocía ningún vicio, observaba una conducta irrepreensible, y era uno de los hombres más ricos de Valencia. Las muchachas le creían un buen partido, y á pesar de las pocas simpatías que inspiraba, muchas le hubieran tomado gustosas por marido.

Empero él hacía mucho tiempo que tenía la vista fija en Angela. Seguía-la á todas partes, siempre colmándola de atenciones; pero sin decirle jamás una sola palabra de amor.

El día á que nos referimos debió sufrir una impresión demasiado fuerte, porque su rostro, impasible de ordinario, se alteró ligeramente, si bien se repuso en el instante, y contestó con estóica frialdad á los padres de Angela, que, juzgándole un verdadero amigo, le confiaban el

proyecto de unir en matrimonio á los dos primos tan luego como Augusto terminase su carrera de abogado.

Llegó la noche: á la fiesta del día sucedió un agradable baile en las habitaciones del jardín, que terminó á las doce, hora en que se retiraron los convidados, quedando sola la venturosa familia, que se prometía una felicidad interminable con la realizacion de tan halagüenos proyectos.

Aquiles se marchó de los últimos; estuvo quizás mas expresivo que ninguno, siendo el que más habia sentido aquella impensada noticia.

Deseó á los amantes todo género de dichas, felicitó á los padres, y se ofreció, como uno de los amigos más íntimos de la casa, á coadyuvar con todas sus fuerzas á la realizacion de un enlace que así colmaba los deseos de todos.

Tanto hizo, y de tal manera se expresó, que Augusto estrechó su mano con efusion, agradeciendo infinito aquellas muestras de amistad, siendo así que siempre le habia mirado con la más estraña prevencion.

Angela por su parte tambien estuvo muy afectuosa, y doña Margarita y D. Angel le prodigaron mil atenciones, y le rogaron repetidas veces que los acompañase con frecuencia, porque tenian un vivo interés en cultivar su amistad.

Se despidió ofreciendo visitarlos á menudo, sobre todo durante el poco tiempo que Augusto debia permanecer en Valencia.

Así lo hizo en efecto: desde entonces no tuvo un amigo mas solícito, mas sincero, ni que mas interés se tomase por sus asuntos. Cuando llegó el dia de la marcha, le dió cartas de recomendacion para personajes muy importantes de Madrid que le ayudarian á elevarse en aquella densa atmósfera, donde solo se medra merced á la intriga y la audacia.

Empero no adelantemos los sucesos: aun quedaba un mes á los jóvenes amantes; pequeño plazo para la felicidad, pero muy grande para ellos, que no debian experimentar otro semejante.

CAPÍTULO VII.

¡Treinta días! ¡Oh! Treinta días son un sueño para quien ama, para quien siente la dicha de ver junto á sí enamorado, respetuoso y tierno al objeto de su amor.

Angela, embriagada completamente aquellos días, fascinada por el ardiente cariño de su primo y dominada por el carácter firme aunque benévolo de este, se olvidó casi por completo de sus sueños de ambición, de sus extraños delirios por la gloria y por la fama.

Augusto por su parte, seguro del amor de su prima, se dedicó por completo á desarraigar de su alma aquella funesta manía, si bien con

mucha discrecion y de una manera indirecta, presentándole ejemplos de lo funesto que suele ser entregarse las mujeres á las artes y las ciencias, cuando todos sus sentidos y potencias deben estar circunscritos al hogar doméstico y á labrar la dicha de su esposo y de sus hijos.

Estas eran las ideas del jóven: sin embargo que era muy instruido y tenia muchísimo talento, participaba de las rancias preocupaciones de muchos seres ignorantes que prefieren ver á la mujer reducida á la nulidad y á la inercia que verla elevarse por medio de la inteligencia en el terreno de la publicidad y de la gloria.

Cuando descubrió en su amada tan estrañas ideas tembló por ella, porque no contaba con poderla dominar; ignoraba que le amase: cuando lo supo y su matrimonio estuvo concertado, tuvo confianza en desvanecer sus delirios domiándola por el amor, único sentimiento que puede dominar y esclavizar, por decirlo así, á la mujer de corazon elevado y de alma generosa y entusiasta.

En los treinta dias de permanencia en el Ca-

bañal procuró enloquecerla, embriagarla, y lo consiguió: ella estaba sedienta de amor, y bebiendo en aquel hermoso raudal no se acordó de nada.

Un día, ya muy próxima la marcha de Augusto, le dijo este, conduciéndola á un banco de césped situado debajo de un jazminero:

—Estos jazmines, amada mia, me recuerdan mi ramo:

Angela sonrió complacida, y miró á su primo.

Este continuó:

—¿Le conservas? ¿Qué has hecho de él?

—¿Quieres verle?

Angela se levantó.

—Lo deseo, contestó Augusto.

—Pues sígueme.

Se dirigieron al pabellon.

En el precioso gabinetito donde pálida y profundamente abstraída hemos dejado á la jóven en el capítulo III, fué dónde los amantes entraron.

Angela abrió un cajoncito de un *secreter*: en el fondo, y colocado en un precioso estuche, estaba el ramillete.

Augusto le abarcó con ansiosa mirada.

—¿Y ese papel que hay en el fondo? dijo.

—Es tu carta, tu primera carta de amor, contestó su prima.

Luego sacó del mismo secreter un estuchito, y, presentándole á su primo, exclamó:

—Hé aquí, primo mio; el anillo nupcial de mi madre: esta me le ha entregado con objeto de que le conserves en prenda de mi fe.

—Espera; pronto vuelvo, dijo el jóven, asaltado de una idea repentina y desapareciendo como por encanto entre los árboles del jardín.

Angela se quedó pensativa; pero no tardó en volver de su confusion cuando vió que Augusto volvía con otro estuche en la mano.

—¿Qué significa esto? le dijo.

El jóven abrió la caja, y sacando de ella un magnífico anillo de brillantes, exclamó:

—Tú me das el anillo nupcial de tu madre; yo te doy el de la mia, un cambio, mas bien un desposorio de conciencia. ¿Le aceptas?

—Con el alma.

Augusto colocó el anillo en el dedo de la jó-

CAPITULO IX.

El coliseo de la plazuela de Oriente estaba lleno de un público escogido y numeroso. Á primera vista deslumbraba contemplar tanta luz, tantos perfumes, tantos brillantes y tantas hermosuras.

Todos los palcos estaban llenos, todas las localidades ocupadas, ni un asiento se veía vacío entre aquella multitud bullente y ansiosa, que, impaciente, ya por admirar á la gran artista, pedía con insistencia su aparición en el palco escénico.

Allí se reunían las más renombradas bellezas de la corte, la aristocracia de la sangre, la del dinero, la del talento y la de la hermosura,

no menos importante que las otras; pugnaban por lucir sus encantos y sus riquezas, haciendo gala las unas de un lujo maravilloso, y las otras de una coquetería sin ejemplo.

En uno de los palcos de platea estaba Emericiana con su esposo y con varios amigos que habían entrado á saludarla. Entreteníase con los gemelos en pasar revista á todos los palcos; de pronto, palideciendo ligeramente, fijó más y más su atención en uno que estaba frente al suyo, donde acababa de presentarse un caballero alto, de agradable figura, de marcial continente y rostro varonil.

Aquel hombre alzaba la cabeza con una magestad y una altivez dignas de un rey; miró en torno suyo con indiferencia, sin fijarse en la hermosura de las infinitas mujeres que tenía en torno suyo y que le contemplaban con admiración, prendadas de su gallarda postura y de la elegancia de su traje.

Iba vestido de negro, pero lucía en el chaleco una botonadura de tanta riqueza que deslumbraba. Además, en su mano izquierda os-

tentaba un brillante de asombrosa magnitud, cuyo valor por sí solo hubiera podido hacer la fortuna de una familia dilatada.

Emerenciana se estremeció al verle; jamás hombre alguno había producido en su alma una sensación semejante; sin embargo, la expresión que animaba el semblante, y los ojos de aquel altivo caballero era fría, impasible, parecía imposible que en aquel rostro de hielo y en aquella mirada glacial, pudiese reflejar jamás una ráfaga de entusiasmo. Muchas de las damas exclamaron al contemplarle:

—Es buen mozo y guapo; pero debe estar helada su naturaleza; ese hombre es estúpido, ó tiene seco el corazón.

Este era el modo general de calificarle.

Emerenciana, sin apartar la vista de aquel palco, dijo á su esposo:

—¿Conoces á ese caballero?

—¿Cuál?

—Aquel que acaba de entrar en esa platea, vestido de negro.

—Creo que sí; su fisonomía no me es desco-

nocida; pero no puedo recordar su nombre. ¿Vds. le conocen, señores? dijo, volviéndose á los amigos que les acompañaban.

—Es la primera vez que le vemos, contestaron.

—Debe ser extranjero; parece inglés, añadió uno de ellos.

—¡Ah! ya caigo, exclamó Augusto; es efectivamente inglés, hicimos juntos una travesía desde Marsella á Valencia, y por cierto que naufragamos; el vapor se estrelló contra las rocas, y los dos con mi criado nos salvamos por casualidad en una lancha, cuya lancha perdimos tambien, y nos costó no poco trabajo salvarle, porque no sabia nadar y el mar estaba furioso.

—¿Y no sabes su nombre? preguntó Emericiana.

—No; durante la travesía apenas hablamos; debe ser uno de esos misántropos ingleses que se aburren á todas horas; pero calla, mira hácia aquí, sin duda me ha conocido, ahora toma los gemelos y nos examina con atencion.

En efecto, Jorge Willans, pues él era, apenas reconoció en Augusto á su salvador, tomó el sombrero y se dirigió á su palco.

—Aquí le tenemos, exclamó Augusto viéndole salir.

Emerenciana sintió un impulso de alegría, y clavó los ojos en la puerta del palco. A poco se presentó en ella el inglés, despues de haber pedido permiso para entrar.

Augusto, adivinando que era él, le recibió con los brazos abiertos, exclamando con alegre tono:

—¡Ah! mi buen compañero de peligros, ¿usted por aquí?

—¡Mi querido salvador!.... dijo el inglés con su reposado acento, héme aquí dispuesto á pagar con mi vida, si preciso fuese, una deuda de gratitud.

—¡Oh! no pensemos en eso; ambos nos auxiliamos mutuamente, dijo Augusto; pero tenga V. la bondad de pasar, quiero presentarle á mi esposa y á estos amigos.

Durante el breve espacio que tardaron en

dirigirse estas palabras, habian estado en el antepalco; á la invitacion de Augusto, Jorge pasó, y haciendo un profundo saludo dijo á Emerenciana:

—Señora, tengo un placer vivísimo en ofrecer á la esposa de mi querido salvador, la franca y respetuosa espresion de mis respetos.

—Mil gracias, caballero; yo tambien soy feliz en poder estrechar su mano, contándole desde hoy en el número de mis amigos, contestó Emerenciana dándole la mano y haciéndole una galante invitacion para que se sentase á su lado.

—Me permitiré tan solo un breve instante, porque la ópera va á empezar, y es muy digna de escucharse á esa inimitable artista, para que yo pretenda robar su atencion ni un solo momento, dijo Jorge, sentándose á la izquierda de Emerenciana.

Los caballeros que allí estaban se despidieron, quedando solos con el inglés los dos esposos.

Augusto fué á colocarse enfrente de él.

El contraste que formaban ambos era nota-

ble; sin duda los comparaba Emerenciana porque permaneció algunos minutos silenciosa observándolos y escuchando los interesantes detalles de su naufragio.

Jorge Willans era un verdadero tipo inglés, blanco, rubio, con ojos de un azul límpido y claro, arrogante estatura y lleno de cara, siendo un poco grueso, lo que le daba un aire de magestad, que unido á su grave aspecto le hacia imponente.

Por el contrario, la estatura de Augusto no era elevada, aunque sí esbelta; su figura agradable y simpática era delicada; no podía tener la robustez ni la marcialidad del inglés. En cambio su tez era muy blanca, muy sonrosada, y tenía la cabellera negra como el ala del cuervo. Sus magníficos ojos negros rasgados y grandes, despedían, cuando el entusiasmo le inflamaba, miradas fulgurantes, arrebatadoras, llenas de espresion y de melancolía. En sus ojos y en su espresivo semblante aparecía su alma toda entera, reflejando todos sus sentimientos y sus emociones. El rostro del inglés era una

máscara; jamás reveleba sus pensamientos ni sus sensaciones.

Sin embargo, Emerenciana encontró en él un buen mozo, un hombre muy diferente á los demás hombres, y por lo mismo que era frio, hubiera ella querido encender con sus encantos aquella naturaleza de hielo.

—¿Y qué le parece á V. nuestra España? le preguntó Augusto.

—¡Magnífica! contestó el inglés; este suelo y este cielo roban el alma.

—Y las españolas, ¿cómo las encuentra usted? añadió Emerenciana.

—Preciosas.

—Esta noche tiene V. reunidas en el teatro las mujeres más bellas de Madrid; se le ofrece muy buena ocasión de conocerlas, dijo la jóven.

—Es verdad; ya he visto muchas, pero ninguna tan bella como V.; contestó galantemente.

—¡Muchas gracias!.... dijo Emerenciana sonriendo con mucha coquetería.

Augusto se sonrió.

—He dicho lo que siento, dijo el inglés; per-

done Vd., amigo mio, esta galantería que ha sido la franca espresion de mi pensamiento, no vaya Vd. á tener celos.

—¡Qué disparate!.. contestó Augusto riendo.

—No es celoso, en verdad, mi marido, añadió Emerenciana; pero dejando á un lado la galantería, dígame V. qué mujeres le gustan más de las que tenemos inmediatas. Estas de mi derecha son las hijas del marqués B..., tipos árabes, morenas, con ojos de terciopelo y negra cabellera. Las de mi izquierda, semejantes á las hijas de la nebulosa Inglaterra, son rubias, de ojos azules; á estas dará V. la preferencia, ¿no es cierto?

—No señora; no me gustan las rubias; quizá consista en que es el color de las inglesas, mis compatriotas, dijo Willans, mirando á las morenas.

—Muchas gracias, por la parte que me toca, dijo picada Emerenciana; esta vez no peca V. de galante.

Recordarán nuestros lectores que Emerenciana era rubia.

Jorge la miró, y advirtiendo su imprudencia, exclamó:

—Perdone V., no habia reparado en el color de sus cabellos; pero no me retracto: mi lema es la franqueza, y siempre digo lo que siento.

Entonces ha mentido V. antes al dirigirme una galantería.

—No señora; porque nada tiene que ver el que yo prefiera á las morenas para encontrar á V. sumamente bella y simpática.

Emerenciana se mordió los labios con ira. Era el primer hombre que se atrevia á usar con ella un lenguaje semejante, tan lleno de ruda sinceridad.

La conversacion fué interrumpida por levantarse el telon: Jorge se despidió hasta despues, inclinándose profundamente ante la jóven, que pugnaba por detenerle, y estrechando con suma cordialidad la mano de Augusto.

El público, que ya estaba impaciente por escuchar á la célebre prima-donna, no hizo caso de las primeras piezas de música, ni se fijó en el bellissimo *spartito* hasta que Angelina apa-

reció en la escena: su gallarda presencia, su juventud y su hermosura la granjearon desde luego todas las simpatías, siendo saludada con una espontánea y nutrida salva de aplausos, antes de que hubiese dejado escuchar el argentino timbre de su voz.

Cuando empezó á cantar, aquella bullente y atronadora multitud se quedó embargada, absorta, guardando todos un profundo silencio, como si pendiese de su lábio. Su voz era una melodía, un prodigio, no parecía exhalada de una garganta humana, sino de un sér celestial; tenia mucho de divino, y era tan dulce, tan sonora, que arrebatava, conmovia el ánimo del espectador, haciéndole experimentar una sensación desconocida, una delicia inefable y misteriosa. Jamás criatura humana habia cantado de aquella manera; jamás ecos de tal sentimiento, de tan portentosa ternura se habian dejado sentir bajo las suntuosas bóvedas del Régio coliseo.

Augusto sentia una emocion desconocida; todos sus sentidos estaban empapados en aque-

llos mágicos acentos; su alma entera tomaba parte en el éxtasis delicioso que producía aquella célica melodía.

Si su corazón no hubiera sido todo entero de Angela, desde su niñez, al escucharla cantar, al contemplarla tan grande, tan sublime, avasallando los corazones con el timbre dulcísimo de su voz, dominando la multitud con el poder de su génio y apareciendo en un pedestal de gloria como un ángel, como una musa ideal, se hubiera enamorado de ella, pero de una manera frenética, delirante.

—¡Oh! ¡quién había de adivinar en tí tanta grandeza!.... exclamaba en su interior el pobre Augusto, completamente dominado por aquella poderosa influencia, sin poder apartar sus ojos de Angela, que se había apoderado de todo su sér.

Emerenciana contempló absorta á su marido; le maravillaba tan profunda abstracción, y mucho más al ver que le habló dos ó tres veces sin conseguir que la oyese; tan profundo era el sentimiento que le abstraía.

El inglés también, desde que entró en su palco, no había separado los ojos de Angela, mientras estuvo en escena: completamente arrobado, en nada pensó si no en ella; á nadie miró, ni le ocurrió volver los ojos al palco de Augusto, donde Emerenciana, trémula de ira, se agitaba impaciente en su silla, como si hubiera sentido la picadura de alguna víbora.

La caída del telón deshizo el encanto que fascinaba al público; salieron de su arrobamiento y empezaron los bravos; los aplausos frenéticos y los gritos de entusiasmo, haciendo salir diez ó doce veces á la hermosa prima-donna que en tan alto grado poseía el don de arrebatarse las almas.

En medio de aquella multitud delirante que aplaudía, solo dos hombres se callaron; únicamente sus manos permanecieron inmóviles sin tributar al *ángel de la armonía* su homenaje de palmadas. Empero aquellos dos hombres, sentían más que todos juntos; sus corazones estaban más llenos de entusiasmo y más exaltadas sus cabezas.

Eran Jorge Willans y Augusto Salcedo. Ambos amaban á Angelina, y ambos sentían los crueles efectos de un amor contrariado y largo tiempo comprimido.

No dejó Emerenciana de observar esta circunstancia.

—¡Oh! ¡el que siente calla!... murmuró para sus adentros la orgullosa jóven, y es muy significativo el silencio que los dos han guardado en medio del entusiasmo general.

Cuando todo aquel ruido se desvaneció salió el inglés de su palco, dió á su criado una órden en inglés y se dirigió al palco del ministro.

Al sentirle, Emerenciana volvió vivamente la cabeza, le dirigió una mirada penetrante como queriendo leer en su fisonomía los sentimientos que agitaban á aquel corazón escéptico. Empresa inútil, nadie era capaz de adivinar tras la máscara de su rostro ni una sola de sus ideas.

—¿Y qué tal la Florentini, le ha gustado á V.? se apresuró á preguntarle la jóven.

—¡Oh! á mí siempre me gusta; esa mujer es una maga.

—¿Luego ya la habia V. oido cantar?

—Sí, señora; en los Estados-Unidos, en Londres, en las Antillas, en las Américas del Sur, y por último aquí.

—¿De manera que ha seguido V. su misma ruta?

—Sí, señora; la fatalidad me arrojó en su camino.

—Quizá esté V. enamorado de ella; es una mujer muy hermosa, dijo Emerenciana con calor.

—¡Enamorado!.... no por cierto; la aborrezco; más bien la profeso odio que amor.

—Eso es extraño; acaba V. de calificarla de maga.

—Como artista la admiro: no hay en el mundo quien la iguale.

—¿Qué dices á esto, Augusto? ¡te has quedado tan pensativo!... le dijo su esposa.

—No lo creas, contestó maquinalmente Salcedo.

—Ha sido una fortuna para mí el que me contestes ahora; antes te he hablado tres veces sin merecer tu atención.

—Estaria distraído.

—Ya lo creo; demasiado.

—¿Sí, eh? exclamó el inglés.

—Sin duda esa sirena ha tenido el poder de fascinar á mi marido, dijo Emerenciana, examinándole con atención profunda.

Augusto que no tenía tanto dominio sobre sí mismo como el inglés, sintió un frío estremecimiento y se puso pálido. Conociendo que su turbación le había vendido, y con objeto de disipar sospechas exclamó:

—No estrañen Vds. mi emoción al escuchar por primera vez á Angelina: hace trece años que no la veía, es de mi familia, sus padres fueron mis padres adoptivos, me crié á su lado, y aunque por ciertas desavenencias ocurridas en mi juventud no los trato, no por eso puedo dejar de conmoverme al escuchar, al contemplar tan grande y tan elevada á la que dejé siendo una niña caprichosa y tiranuela hasta el pun-

nian los dos ancianos referente á cosas de actualidad.

Aquiles la dirigia de vez en cuando la palabra, pero ella contestaba por monosílabos, y en un tono que demostraba su fastidio y su deseo de que la dejase en paz.

El orgulloso italiano estaba irritado.

De repente sacó una carta del bolsillo, y dijo, encarándose con la jóven:

—Augusto me ha escrito.

Á estas palabras toda la fria impassibilidad de Ángela se desvaneció como por encanto, y trasformándose, por decirlo así, en un sér que recibe una fuerte impresion, se animaron sus mejillas, brillaron sus ojos, y volviéndose hácia Aquiles, exclamó con una espresiva sonrisa:

—¿Y qué dice mi primo? ¿Está bueno?

—Gracias á Dios que encontré un resorte para que me atienda y me hable, murmuró Aquiles para sus adentros, desdoblado con mucha calma la carta.

—Vamos: ¿no me contesta Vd.? volvió á esclamar Ángela, viendo que no decia una palabra.

—¡Oh! los enamorados, hija mía, son ustedes muy impacientes; contestó Aquiles mirándola con desden, y sin contestar todavía á su pregunta.

Las mejillas de la jóven se coloraron ligeramente, y su hermoso seno, cubierto por una ligera tela de muselina, se agitó con un movimiento de impaciencia.

—¡Qué hombre más fastidioso! murmuró con un graciosísimo gesto.

Bajó la cabeza, y siguió bordando.

Aquiles comprendió que perdía terreno, y se apresuró á esclamar:

—Augusto me manifiesta su satisfaccion al encontrarse en Madrid; dice que está contento, que es muy feliz, y me encarga manifieste á ustedes sus afectos, sin embargo de que ya lo ha hecho separadamente.

—¡Es verdad! escribió ayer, dijo doña Margarita.

Ángela se calló: estaba arrepentida de haber descubierto el fondo de su alma á un hombre tan impertinente como Aquiles.

Este, aunque habia sentido la herida, no se desconcertó, y siguió amenizando la conversacion con incidentés notables, que tenian su origen en la crónica de la capital.

—¿Y qué tal los teatros? preguntó doña Margarita.

—¡Ah, señora! tenemos un prodigio, un génio divino, una mujer que nos encanta, que nos arrebatata, que nos vuelve locos con la mágia de su privilegiada garganta, de su portentosa voz.

—¿Alguna cantante distinguida? preguntó Ángela con anhelo, saliendo de su abstraccion.

—Sí, señora; una artista de primer órden; todas las noches se cubre el escenario de flores, de coronas y de versos. El público entusiasmado no se cansa de aplaudirla y de tributarla sus más ardientes homenages.

—¡Oh qué felicidad! exclamó Ángela.

Y la fisonomía de la jóven se trasformó animada por una ráfaga de entusiasmo; sus ojos brillaron con el fuego de una inspiracion que dormia oculta en su alma, escapándose de su pecho un suspiro ahogado.

Todo esto fué como un relámpago fugitivo. Instantáneamente se apagó la espresion de su rostro, y se quedó pensativa.

Á la penetrante mirada de Aquiles no se escapó aquella emoción, como tampoco se habia escapado la que antes produjera en ella el nombre de su primo. Aunque volvió en seguida á su indiferentismo, Aquiles murmuró para sus adentros:

—En ese corazon hay dos pasiones que se agitan; el amor y la gloria: hasta hoy triunfa el amor, porque domina; trabajemos para que mañana salga triunfante la gloria.

Aquiles adivinó en Angela un génio de primer órden: comprendió que habia nacido para el arte, y se propuso hacérselo conocer, si es que ella no lo sabia.

—¿Tanto vale esa mujer, que así arrebatata á los valencianos? preguntó doña Margarita.

—Mucho, señora: es un portento; tiene una garganta privilegiada, y es una mujer hermosísima, muy hermosa; pero no tanto como Ángela.

Aquiles murmuró estas últimas palabras con

un tono muy dulce, y dirigiendo á la jóven una espresiva mirada, que la hizo sonrojar bajando los ojos, satisfecha no obstante por el cumplido del italiano.

El corazon humano es en sí mismo vanidoso; aunque esté lleno con el amor de un hombre, siempre le halagan las lisonjas de otro, y las escucha con placer, lo cual quiere decir que el coquetismo existe más bien en el corazon; pero la razon calculadora y fria sabe dominar á este niño ciego y voluntarioso, imponiéndole leyes que no puede menos de acatar sumiso, si no se rebela contra la fuerza tiránica que le oprime, porque á veces es más fuerte que la voluntad y que la razon: sus impresiones le engrandecen, y en vez de recibir leyes, las impone.

¡Desgraciada de la mujer que no tenga suficiente fuerza para dominar su corazon!

Ángela sonrió ante la galantería de Aquiles, devolviéndole su cumplido con una mirada, que queria decir: *mil gracias*.

Luego continuó haciendo labor. Aquiles no era hombre que se desconcertaba, y no abando-

naba la batería sin abrir grande brecha en las filas enemigas.

Por fortuna suya habia conocido el flaco de la jóven, y se propuso atacar de frente.

—Anoche, dijo Aquiles, estuvimos una porcion de jóvenes hablando de esta señorita con Marieta.

—¿Se llama así esa gran cantante? preguntó Ángela sin levantar los ojos de la labor.

—Sí, señora, contestó.

—¿Y por qué hablaron Vds. de mí?

—Preguntó si habia en Valencia muchas señoritas aficionadas á la música, y le citamos á usted como la primera notabilidad que tenemos en el canto.

—Vd. me hizo mucho favor, amigo mio, exclamó Ángela mirando al italiano con menos aversion.

—Justicia nada más, señorita; además, en honor de la verdad, debo decir que no fuí yo el primero que habló; en aquel momento no me acordaba del nombre de Vd. siquiera.

Aquiles dijo estas palabras con un acento

ligeramente desdeñoso: era una nueva saeta dirigida al amor propio de Ángela, saeta que la hirió en lo más vivo, porque contestó con glacial sonrisa:

—Y si Vd. no se acordaba de mí, ¿quién me nombró?

—Todos los jóvenes que allí estaban, para quien es Vd. sumamente simpática, que de tal manera la elogiaron, y tanto dijeron de su mérito en el canto, que Marieta manifestó vivos deseos de oirla y de conocerla; rogó á todos que la presentasen; pero ninguno tenía la suficiente confianza, y me hablaron á mí: entonces ofrecí ver á Vds. y pedirles su permiso para que Marieta tenga el placer de escuchar á esta señorita.

—¡Oh! esa señora nos favorece demasiado; y desde luego puede venir á su casa cuando guste; viene á honrarnos, y tendremos en ello un gran placer; dijo D. Ángel, muy satisfecho por el honor que hacían á su hija.

Doña Margarita se sintió contrariada; pero no se atrevió á oponerse resueltamente á la decisión de su marido; sin embargo replicó:

—Yo tambien tendré mucho gusto en que esa señora nos favorezca; pero tal vez Ángela no esté en disposicion de cantar delante de una notabilidad de primer órden; hace mucho tiempo que no estudia, y ahora no tiene maestro, se marchó el suyo á Madrid, y desde esta partida se ha descuidado mucho.

—Es verdad; pero repasaré, exclamó Ángela con viveza, sintiendo que alguna nueva objeccion impidiese la ida de Marieta, á quien ya deseaba conocer con ánsia.

—Necesitas maestro, hija mia, y en Valencia no hay ninguno que valga tanto como el tuyo.

—Yo lo seré, dijo Aquiles; me ofrezco á dar leccion á esta señorita, si es que me conceptúa útil para ello, y no les soy enojoso.

—Al contrario, amigo mio: Vd. es el primer músico de Europa, dijo D. Ángel, y celebro muchísimo su ofrecimiento, que acepto gustoso porque ha de redundar en beneficio de Ángela.

D. Ángel estaba entusiasmado con su hija, y le halagaba mucho oirla cantar, y que la

aplaudiesen. Cuando se marchó el maestro, tuvo un sentimiento, porque no habia en Valencia quien le reemplazase; por eso se alegró tanto de la proposicion de Aquiles.

Doña Margarita exclamó con impaciencia:

—Pero hombre, por Dios; este caballero por su posicion y por sus ocupaciones tal vez no pueda ocuparse de eso, y es un abuso admitir un ofrecimiento dictado quizás por la galantería.

—Señora, Vd. me ofende con su repulsa y sus objeciones; yo creo que les tengo dadas suficientes pruebas de amistad para que crean mi oferta sincera, y para que comprendan cuánto placer tendré en completar la educacion artística de esta señorita, que por su disposicion y por su mérito será con poco trabajo una notabilidad de primer orden.

—Mi hija no necesita más de lo que sabe, no ha de ser artista, ni ella lo pensará, ni yo se lo consentiria nunca; por consecuencia, para brillar en cualquier sociedad tiene aprendido lo necesario.

Doña Margarita dijo estas palabras dictadas por el despecho y sin poderse contener.

Ángela vió en ellas una oposicion manifiesta y sistemática, rebelándose su alma altiva y generosa ante la despótica prohibicion de su madre.

No hay mejor cosa que contrariar las inclinaciones de una criatura, para que estas crezcan y se desborden sin freno ni medida ; y mucho más tratándose de una persona como Ángela, dotada de un génio artístico privilegiado, de un carácter independiente, de un alma muy expansiva, muy generosa, y de un corazon altivo, entusiasta por lo bello y por lo grande, y lleno de una entereza muy poco comun en la mujer.

Habria mirado con frialdad, casi con aversion á Aquiles, y bastóla ver la oposicion de su madre para que ardiese en deseos de tenerle por maestro; hubiera mirado á Marieta con indiferencia y quizás no se hubieran despertado en ella sus ilusiones de gloria, sin la fuerte oposicion de su madre: su alma estaba adormecida con el amor de su primo, y sin tan imprudente

contrariedad no hubiera sentido un deseo ardiente, irresistible, de conocer á Marieta, de sobrepujarla en mérito, de anonadarla con la superioridad de su talento.

Esta idea la dominó, la ofuscó por completo; ya no fué dueña de sí misma, y no pudo menos de esclamar:

—Mi querida madre, no puedo menos de extrañar la oposicion de Vd. al perfeccionamiento de mi educacion artística, cuando toda buena madre debe anhelar el bien de sus hijos, y no solamente anhelarle, sino procurársele; debe cuidar, siempre que la sea posible, de que tengan una carrera, una profesion con que hacer frente á las vicisitudes de la vida, la fortuna humana es muy veleidosa, y si una vez su inconstante rueda nos eleva, otra puede sumergirnos en el abismo de la miseria, y para estos casos debemos tener armas para rechazarla, para luchar con los reveses de la vida.

—Paréceme que quieres enseñarme los deberes de madre, y no sabes cumplir los de hija, que son el respeto y la sumision, dijo doña Margari-

ta con alguna acritud, soltando la labor y levantándose sumamente contrariada.

—¡Ah! no querrá Dios que yo falte jamás al respeto que debo á mi buena madre; en cuanto á la sumision, creo que no debo someterme á caprichos, á preocupaciones más bien, muy impropias de una persona tan ilustrada como usted, y si no, que lo diga papá; todos debemos respetar su fallo, y yo la primera le acataré sin objeciones.

Sin embargo de que la ira ardia en el alma de la jóven, tuvo una tiernísima mirada y una sonrisa enloquecedora para su buen padre, que, siempre indulgente y benévolo con ella, la atrajo hácia sí, la besó en la frente, y exclamó, sin mirar el adusto ceño de doña Margarita:

—Tienes razon, hija mia; cuando tanto hemos gastado por que aprendas la música y el canto, no es justo dejarte así; un esfuerzo más, y concluirás una carrera que te será útil si un dia lo necesitas; no creo yo que sin hacerte falta echés mano del arte, eso no; á nadie le

gusta trabajar, y mucho menos cuando se disfruta una posición independiente.

El bueno de D. Ángel no podía comprender que á veces el entusiasmo y el amor á la gloria arrastran á las criaturas, y mucho más á las que sienten el arte en sí mismas.

Doña Margarita hizo un gesto de impaciencia; quiso hablar; pero Ángela se adelantó diciendo:

—¿Es decir, que puedo contar con su permiso para que este caballero, que tan galantemente se ha ofrecido, me dé algunas lecciones?

—Sí, hija mia; desde luego.

—¡Imposible! exclamó doña Margarita.

—Tiene mi permiso, dijo con cierta severidad D. Ángel, dirigiendo á su mujer una mirada que la hizo bajar la cabeza, abandonando despechada la habitación.

—¡Oh! ¡yo siento mucho que doña Margarita se disguste!.... murmuró Aquiles afectando un profundo disgusto, pero saboreando interiormente su triunfo.

Ángela, cuyo carácter se había exaltado con

la anterior escena, manifestó al italiano la mayor complacencia, y convinieron en dar principio á sus tareas desde el siguiente día, significando Aquiles su deseo de que Marieta no la oyese cantar hasta que hubiese recibido unas cuantas lecciones de su nuevo maestro.

Convenido esto, se despidió, quedando solos el padre y la hija.

CAPÍTULO IX.

No se descuidó Aquiles en hacer uso del permiso que tan benévolamente le fué concedido por D. Ángel, empezando á desempeñar su misión de maestro con el celo de una persona vivamente interesada en los adelantos de la discípula.

Ángela tenía una inteligencia superior, era un génio de primer orden: así lo comprendió inmediatamente Aquiles, conociendo al propio tiempo que, á pesar de todo, estaba muy empeñada en el amor de su primo, y que le seria difícil llevar adelante su plan, costándole mucho trabajo, mucha astucia y no poco esfuerzo el conseguir, si á conseguirlo llegaba, que aban-

donase sus amores, dedicándose por completo á la carrera lírica.

Ángela, sin embargo de las constantes exhortaciones de Aquiles, se negó á frecuentar las sociedades, no quiso salir de su alquería, dedicándose por completo á la música y á los estudios.

Pasaba los días en el jardín, ó en la silenciosa quietud de su lindo pabellon; ni recibia ni queria hacer visitas; apenas salia de casa, y si alguna vez lo efectuaba, era de noche, dirigiéndose á las orillas del mar por los sitios que habia frecuentado con Augusto.

Aquiles iba todas las tardes, y como era un maestro demasiado interesado, pasaba tres ó cuatro horas en la leccion, dirigiendo apenas á su discípula algunas benévolas frases, jamás una galantería, ni una palabra de amor, que manifestase sus intenciones. Al contrario, hablaba muy mal de los hombres que se enamoraban, se fingia invulnerable, diciendo que no encontraba mujer bastante bella ni con suficientes encantos para hacerle caer en las redes del dios Cupido.

Esto lo decia con mucha astucia y en determinados momentos, con objeto de herir el amor propio de Ángela, empañándola á una lucha con él; porque las mujeres gustan mucho de rendir las fortalezas mejor aseguradas, y que se juzgan inconquistables.

La jóven al principio le creia un tonto, y no le hacia caso. «¡Bah! si yo quisiera, pronto le haria rendirse á mi amor,» se habia dicho más de dos veces á sí misma, y le dejaba decir sin tomar parte en la lid á que deseaba conducirla.

Tambien la preocupaban mucho sus amores con Augusto; el sentimiento que su primo la inspiraba se habia exaltado con la ausencia de tal manera, que á todas horas pensaba en él, su imágen la llevaba siempre grabada en el alma.

Su más asídúo cuidado era por las mañanas salir á la puerta de la alquería á buscar al cartero, que diariamente la llevaba una finísima y amorosa carta de su amado.

No estaba tranquila ni podia hacer nada con concierto hasta devorar su contenido dos ó tres veces; despues ya se entregaba con calma á sus

ocupaciones, á sus estudios; por la tarde á su leccion, y por la noche se dedicaba á contestar la carta recibida por la mañana.

Esta era, por lo general, su vida; doña Margarita, que la observaba continuamente, llegó á figurarse que la música la tomaba por distraccion, y que no llegaria á dominarla de tal manera que olvidase sus compromisos y la palabra que tenia empeñada con Augusto.

En este estado las cosas, trascurria el tiempo con demasiada rapidez. Marieta seguia haciendo prodigios en Valencia y recibiendo entusiasmadas ovaciones. Ángela sabia sus triunfos por los periódicos, que leia con un ánsia devoradora, envidiando la dicha de aquella mujer que así sabia hacerse dueña de las simpatías de todos, teniendo él poder de arrebatarse al público, de enloquecerle, haciéndose reina de la escena, donde imperaba como soberana por la irresistible fuerza de su talento.

Aquiles llegaba cada dia loco de entusiasmo, refiriendo un nuevo triunfo de Marieta, logrando escitar de tal manera la curiosidad, que al fin

resolvieron los señores de Salcedo ir á verla una noche.

Ángela se alegró muchísimo de esta resolución; mucho más cuanto que, aunque lo deseaba ardientemente, no había querido significar su deseo por no salir de la línea de aislamiento y soledad que se había trazado desde la partida de Augusto.

Resolvieron ir al siguiente día, en que Marieta cantaba una de las mejores óperas de su repertorio. Aquiles se encargó de proporcionar palco, porque las entradas, según decía, estaban *por las nubes*.

Por la mañana, Ángela, sumamente entusiasmada, preparó uno de sus mejores trajes, cuidando de su atavío con el más esquisito esmero, como si hubiera querido eclipsar con su hermosura y su elegancia á una mujer tan celebrada, á la cual, sin saber por qué, consideraba ya como su rival.

En esta ocupación entretenida llegó el cartero, y la dió la indispensable carta de Augusto. Por un momento lo olvidó todo la jóven, en-

trando de lleno en el dominio de su amor. Abrió la carta, y despues de haberla leído se puso pálida, y se quedó profundamente pensativa.

—Esto ha sido un convenio con mi madre, no me queda duda; murmuró sin salir de su completa abstraccion.

La carta, que le cayó de las manos y fué al suelo rodando, estaba concebida en estos términos:

«Vida mia: estoy muy satisfecho de tu amor y de tu constancia; la felicidad nos sonríe, y creo que alcanzaremos la dicha que nos hemos prometido. Ni un solo día me han faltado tus cartas desde que me vine; esto me prueba que te ocupas constantemente de mí, y te lo agradezco doblemente, cuanto que me consta lo ocupada que estás en perfeccionar tu educacion artistica.

»Y por cierto, querida mia, que no sé á qué cansarte en estudios que te han de ser inútiles por completo siendo mi esposa; porque yo nunca, te lo juro por mi honor, nunca consentiria,

aunque la fortuna nos fuese muy contraria, en que tú hicieras uso de tu talento y de las excelentes dotes, de que quizás para desgracia mia te ha dotado el cielo.

»Mi esposa nunca será una mujer célebre; porque quiero que la madre de mis hijos sea un ángel en su casa, viviendo solo para su familia y para el hogar doméstico. No me gustan para esposas las mujeres que se envanecen con los aplausos de la sociedad. Pláceme ver en mi esposa á la modesta violeta que esconde en su retiro la fragancia y el mérito de que la dotó naturaleza; será una preocupacion, lo confieso; pero la rosa que hace gala de sus encantos y ostenta sus gracias á los ojos de todos, no pudo jamás obtener mis simpatías.

»Esto ya lo sabes, amor mio, y no sé por qué amándome tanto has emprendido en grande escala unos estudios que han de disgustarme y que para nada te servirán. Quizás comprendiendo mis ideas no has querido decírmelo, y siento doblemente esta reserva, que te hace aparecer á mis ojos culpable de rebeldía. Empero yo te absuel-

vo; el amor es muy indulgente, y yo te amo demasiado para no perdonarte; mas prométeme olvidar por completo esas ilusiones, dejar los estudios, ocupándote, en lugar de la música y el canto, en labores propias de tu sexo, con lo cual aparecerás á mis ojos mucho más interesante.

»Adios, ángel mio, piensa siempre en mí, que te adoro con el alma; tu recuerdo me acompaña á todas partes, y no es posible que te olvide ni un solo momento, porque eres la luz de mis ojos y el encanto del corazón de tu amado

AUGUSTO.»

Esta carta impresionó vivamente á la jóven, la leyó varias veces, luego la guardó, y continuó preparando su traje, permaneciendo, sin embargo, muy pensativa hasta por la tarde, que, según costumbre, llegó Aquiles.

Iba el riquísimo italiano muy elegante; cada dia lucia un nuevo traje y ostentaba nuevas y costosísimas alhajas. Saludó, y, como siempre, empezó á hablar de Marieta; dijo que estaba invitada para asistir á un concierto que daban los

condes de P..., con el único objeto de que luciesen su hermosura y su talento las bellas valencianas, eclipsando en parte á Marieta, que se habia propuesto anonadarlas con la superioridad de su talento.

—Á nosotros tambien nos ha invitado, dijo doña Margarita, y por mi parte no quisiera ir.

—Pues yo me alegraria mucho asistir, exclamó Ángela con viveza.

—Iremos; yo te acompañaré, hija mia, si tu madre no quiere ir, dijo D. Ángel; debo muchas atenciones á los condes, y no quiero que imaginen un desaire en nuestra falta de asistencia, mucho más cuanto que Ángela tiene así una ocasion de lucir su talento y los progresos que ha hecho en el mes que lleva de lecciones con el Sr. Aquiles.

—Hé ahí una de las cosas que más me contrarían, dijo doña Margarita.

—¿Y por qué? Tienes empeño decidido en que tu hija no cante en ninguna parte; entonces ¿por qué se la enseña? ¿Porque la oigan las palomas y los pájaros del Cabañal?

—Si es tu gusto y el de ella, corriente; no tengo nada que decir, murmuró disgustada doña Margarita.

—Yo tendré en ello un placer, dijo Ángela.

—Y yo también, contestó su padre.

—Y es muy conveniente, añadió Aquiles; el estímulo y los aplausos son á veces necesarios para los adelantos, y yo tengo una verdadera confianza en que Ángela ha de brillar en esa reunion como soberana, eclipsando á la misma Marieta que tanto orgullo tiene.

—¡Oh, no diga Vd. eso! exclamó Ángela trémula por la emocion que le produjo aquel vaticinio.

—Lo aseguro por mi fé de caballero, y lo prometo por mi conciencia de maestro, y si no, ya lo veremos. Vamos ahora á estudiar las piezas que debe Vd. cantar, y que yo mismo señalaré para que hagan contraste con las que cante Marieta. El concierto es mañana por la noche; vendré por mañana y tarde para repasar convenientemente.

—No hay necesidad de que Vd. se moleste,

dijo D. Ángel; puesto que esta noche vamos á Valencia para asistir á la ópera, no vendremos ya, nos quedaremos allí mañana.

—Sea enhorabuena; yo, por mi parte, no me muevo de la alquería, dijo despechada doña Margarita, á quien desagradó notablemente aquel plan.

Ángela se mordió los lábios de impaciencia; la sostenida contrariedad de su madre la irritaba, y sentia impulsos irresistibles de hacer aquello mismo que se la prohibia con tan tenaz empeño. Sin embargo, se dominó, no dijo una palabra, y para cortar toda discusion que pudiera desvanecer su proyecto, se levantó y fué á ponerse delante del piano, diciendo á su maestro:

—Cuando Vd. guste, Sr. Aquiles; luego, dirigiéndose á su padre: papá, le dijo, venga usted aquí y me oirá esta ária de la *Traviata* que tanto le gusta.

Doña Margarita, que se sentia dominada por la increíble firmeza de su hija, abandonó despechada el salon.

CAPÍTULO X.

Angela se habia dedicado á hacer un estudio sério de la música y del canto bajo la direccion de Aquiles, y como este por su posicion y por el empeño que ya tenia en ello, contaba con mucho tiempo libre, pudo, aprovechando las felices disposiciones de la jóven, conseguir en un mes mas que otros hubieran conseguido en un año.

Los adelantos fueron rápidos, unidos á sus anteriores estudios de muchos años, pues desde muy niña habia empezado á aprender la música, y á su natural talento estuvo en disposicion de presentarse en el concierto donde debia cantar Marieta.

Aquella misma tarde marcharon á Valencia: doña Margarita, fiel á su propósito, se quedó sola, no quiso presenciar los triunfos que Aquiles pronosticaba á su hija.

Ángela, antes de partir, dejó contestada la carta de Augusto. En ella le manifestaba entre otras cosas los siguientes sentimientos que extractamos para la mejor inteligencia.

«Yo te amo, Augusto mio, con toda mi alma; creo que el dia en que sea tu esposa tendré suficiente valor para amoldarme á tu gusto y á tus ideas; pero hoy, perdóname, no puedo obederte; al entregarme al canto y á la música cedo á una fascinacion estraña, á una voluntad más fuerte que la mia; no soy dueña de contenerme en esa pendiente resbaladiza que no sé si me conduce al infierno ó al paraiso; será la voz de mi destino que me impele, será la fatalidad, será quizás un empeño hijo de mi carácter; todo pudiera ser, porque yo no comprendo la mano que me empuja en esa vía, solo siento sus efectos, que son poderosos, enérgicos, y te lo confieso con terror, creo que han conseguido neutralizar

el dominio que tu amor ejercia en mi alma. ¡Oh! ¡si estuvieras aquí! tu presencia, tu mirada y tu amor bastarian á calmar esta sed ardiente, inestinguible, que me devora y que me abrasa.»

Escrita esta carta, Ángela quedó más tranquila, habia cumplido con un deber de conciencia manifestando sus sentimientos con la más franca lealtad.

Luego, sin olvidarse de que era mujer, cuidó de sus trajes con el más minucioso esmero. Tambien hay arte en el vestir, y la que es artista de corazon no descuida nunca su atavío, que contribuye á realzar su talento y sus bellezas.

Al presentarse Ángela aquella noche en el teatro acompañada de su padre, llamó la atencion general, primero por la elegancia de su traje, luego por su juventud y su belleza; más tarde debia llamarla por su talento.

Llevaba un vestido de glasé, color lila claro, con adornos de blonda. El escote bastante bajo, permitia admirar sus redondos hombros y su magnífico cuello largo y erguido, que soste-

nia una cabeza cubierta de negros rizos entrelazados con jazmines, y llena de majestad y de altivez.

En los desnudos brazos ostentaba preciosos brazaletes de oro y piedras, regalo en otro tiempo de su querida madre.

La presencia de Ángela era muy á propósito para despertar las simpatías, si bien á primera vista se la llegaba á conceptuar orgullosa, á causa de su carácter sério y reflexivo.

Cuando entró en el palco, todas las miradas se fijaron en ella y en Aquiles, que la acompañaba, y que ocuparon la delantera del palco.

D. Ángel se quedó á la espalda de la jóven.

Esta tenia viva impaciencia por conocer á Marieta, y por oirla, su alma estaba ya demasiado impresionada con las alabanzas que oyera de esta cantante, y por los elogios que continuamente hacia Aquiles de ella, mostrándose uno de sus mayores apasionados.

La representacion empezó por fin; se cantaba la *Traviata*.

Marieta apareció recibiendo á su salida una

nutridísima y espontánea salva de aplausos.

Era una mujer alta, bella, con esa belleza de formas que admiramos en las esculturas de los buenos maestros; pero de facciones duras, de carácter altivo y seco, de corazón gastado.

Empezó á cantar: era un portento, su magnífica voz, su gran escuela, su perfecta vocalización, y su extraordinaria maestría, la hacían una artista sin rival. Arrebataba, entusiasmaba al público; pero no acertaba á conmover las almas delicadas, porque carecía de sentimiento, porque en ella había más estudio que corazón, más arte que entusiasmo.

Esto lo conoció Ángela á primera vista, y se lo manifestó al italiano diciendo:

—Esa mujer, que podrá valer mucho para otras óperas, no es á propósito para la *Traviata*, y recibirá esta noche un desengaño del público valenciano.

—¿Por qué, señorita? ¿qué razón tiene Vd. para juzgar así? preguntó Aquiles.

—Porque para cantar la *Traviata* se necesita una sensibilidad muy esquisita: ese tipo bellísi-

mo, que es todo poesía, todo sentimiento, todo ternura, no puede tener buen intérprete en una mujer como esa de corazón duro y alma gastada.

—Muy pronto la califica Vd., dijo Aquiles.

—¿Y no es acertada la calificación?

—¡Oh! muy exacta; eso me prueba la inteligencia de Vd.; pero en cuanto á que el público la reciba mal, no comprendo.

—Muy claro, dijo Ángela; yo no afirmaré que el público la reciba mal, eso no; porque á una artista tan aplaudida y tan querida no es posible hacerla un desaire; pero que no la hará una ovación, eso desde luego lo aseguro. El público pensará lo mismo que yo; y si bien los valencianos son muy fáciles de entusiasmarse con un artista notable, no pueden menos de mostrar su frialdad cuando este decae, por mas que tenga muchos títulos á su consideración y á su aprecio.

Efectivamente, lo que Ángela dijo salió al pié de la letra; Marieta no gustó en la *Traviata* apesar de su extraordinaria maestría, y de que

cantó toda la ópera de una manera magistral.

En el primer entreacto, Aquiles bajó á saludar á Marieta, y la dijo, palabra por palabra, cuanto Ángela habia manifestado con respecto á ella.

Esto picó el amor propio de la célebre cantante, que no pudo menos de exclamar:

—¡Oh! veremos, veremos al final de la obra si sale cierto su vaticinio.

Estas palabras habian ya empeñado entre ambas una rivalidad, y este era el objeto que se proponia Aquiles, empeñarlas en una lucha, para que el alma de Ángela se exaltase, y no pudiera menos de estallar.

Además, otra circunstancia debia tambien hacerlas enemigas. Marieta amaba al italiano, ó más bien, codiciando sus riquezas, deseó atarle á su carro de triunfo; él lo comprendió, y aunque no estaba dispuesto á dejarse sujetar, quiso hacer de la artista un instrumento para ganarse el corazón de Ángela, que, á pesar de todo, estaba muy empeñada en los amores de su primo.

Aquiles, á despecho de Marieta, volvió al

palco de su discípula, á quien encontró muy entretenida con varios jóvenes que habian subido á saludarla.

Todos anhelaban que llegase el siguiente día para oirla cantar en el concierto que daban los Condes de P...., celebrando con extraordinario júbilo la feliz casualidad que les proporcionaba una dicha tan grande.

Angela tenia muchos amigos y muchas simpatías en Valencia, habian llegado á creerla completamente retirada de la sociedad, por cuya razon al reaparecer de nuevo fué recibida con general aplauso.

Como si su belleza y su mérito hubiera eclipsado el de Marieta, esta no volvió á ser en toda la noche tan aplaudida como antes, por más esfuerzos que hizo desplegando toda la riqueza de sus facultades artísticas.

Todas las miradas estaban fijas en el palco de Ángela: los saludos y las atenciones de todos eran para ella. Por otra parte, desde que Aquiles la vió tan obsequiada, no se apartó de su lado.

Marieta llegó á sentir celos. La ópera terminó, y el pronóstico de la jóven se habia cumplido. El público estuvo muy frio, quizá injusto, con la pobre Marieta, que se retiró despechada á su cuarto.

Ella ordinariamente tan obsequiada por la juventud valenciana, se encontró sola; el nuevo astro hacia palidecer al antiguo, robándole hasta sus amigos, sus habituales acompañantes de todas las noches.

La célebre prima donna devoró sus horribles celos y se marchó á su casa.

Vivia en la calle de las Barcas. Por casualidad frente á sus balcones se hospedaban Ángela y su padre, y aun tuvo el disgusto de escucharla cantar. Hasta las tres de la mañana estuvo en el balcon escuchando el ruido y los frenéticos aplausos de las infinitas familias que la habian acompañado á la salida del teatro, y la rogaron que cantase alguna cosa. Ángela lo hizo gustosísima, mucho más cuando tenia allí á su maestro que la animaba continuamente.

Satisfechos se retiraron todos sus amigos,

pronosticándola para la siguiente noche un triunfo completo.

Marieta habia temblado al escuchar aquella voz dulcísima y angelical, comprendiendo á pesar de sus celos y envidia que la jóven tenia un mérito extraordinario, y que en el concierto del Conde tendria que luchar con una artista completa.

Cuando se disperso la reunion, Ángela y Aquiles salieron al balcon. La noche está serena, alumbrada por una magnífica luna que permitió á Marieta reconocerlos.

Se ocultó entre la cortina del balcon: la importaba mucho escuchar lo que hablaban, y no la era difícil conseguirlo; pues, aunque la calle de las Barcas es bastante ancha, el silencio de la noche llevaría hasta su oído el eco de la voz de ambos jóvenes.

—¿Ha quedado Vd. satisfecho de mí, señor maestro? preguntaba Ángela al italiano.

—¡Oh! mucho, muchísimo: pero permítame Vd. la diga, que en esa aria que Vd. ha cantado está mucho mejor Marieta. Vd. consigue escitar

mi admiracion; pero ella me arrebató, me fascina; su voz tiene un encanto tan sublime, hay tal magia en su acento, que logra apoderarse del corazon, conmoviéndole poderosamente hasta en sus fibras más ocultas.

Ángela al oír en boca de Aquiles este elogio, bajó la cabeza con mal humor; Marieta se irguió con orgullo, sacó la cabeza por entre la cortina para mirar al italiano, y empezó á reconciliarse con él. Ya no sintió tanto el abandono en que aquella noche la habia dejado.

Ya hemos dicho que Marieta le amaba, ó más bien tenia empeño en conseguir sus amores; porque era un hombre muy rico y muy inteligente en la música.

—¿Quiere Vd. retirarse á descansar? me marcharé, dijo Aquiles: parece que se ha quedado Vd. muy pensativa.

—¡Oh! ¡no señor! pensaba en las últimas palabras de Vd., dijo Ángela.

—¿Sobre Marieta?

—Justamente: me parece que es Vd. muy apasionada de ella.

—No lo niego, hija mia, dijo Aquiles tratando á la jóven como si fuera una niña.

—Es tan hermosa, que nada tiene de particular se haya Vd. enamorado de ella.

—Hasta ese punto no: porque todavía no he hallado una mujer capaz de hacerse dueña de mi corazon; pero sí confieso á Vd. que si alguna lograra rendirme, seria ella, porque reúne las cualidades que yo exigiria en mi esposa.

—Y ¿cuáles son; se pueden saber? dijo Ángela con cierta curiosidad.

Su amor propio estaba herido; esto no se le ocultó á Aquiles, que con toda idea habia conducido la conversacion por aquel terreno.

—No tengo inconveniente en decírselo á Vd., yo desearia en la que fuese mi mujer un genio de artista; quisiera que fuese una celebridad en el canto, porque para mí la mayor gloria sería verla cubrirse de laureles, verla recorrer en triunfo uno y otro teatro, y yo á su lado, siendo su maestro, su compañero, su amigo, compartiria su gloria, y la llevaria orgulloso del uno al otro confin del universo, para que todos la aplau-

diesen, la admirasen, envidiándome la inapreciable dicha de ser su esposo, disfrutada por mí con éxtasis, con alegría.

Un mundo de ideas cruzó por la mente de Ángela; comparó los sentimientos que su primo la manifestaba en su carta de aquella mañana con los del italiano; levantó la cabeza para mirar á este, y le encontró menos feo que otras veces.

Se sentia mal.

Son las tres y media, murmuró entrándose en la sala, y mi papá se ha dormido en una butaca. Hasta mañana, Aquiles.

—Adios, señorita, dijo este retirándose; deseo que descanse Vd. perfectamente.

Este deseo no fué cumplido; porque Ángela no durmió en toda la noche; recordaba los sentimientos de su primo y los del italiano; comparaba á los dos, y la comparacion la quitaba el sueño.

CAPÍTULO XI.

Amaneció el siguiente día espléndido y hermoso. El cielo de Valencia, siempre bello, se mostraba más radioso que nunca; era más limpio que otras veces el hermoso azul que tan diáfano le hace; ni una nubecilla empañaba su brillo.

Una suave y ligera brisa del mar refrescaba la atmósfera, permitiendo que las bellísimas valencianas luciesen sus encantos en el paseo de la Alameda; ó más bien, luciesen solamente sus lindos rostros asomados á las ventanillas de los carruajes; porque en Valencia tienen las señoras la mala costumbre de no apearse jamás en el

paseo. Esto no deja de ser una preocupacion muy ridícula en una poblacion tan ilustrada como Valencia.

Los carruajes daban vueltas al uno y otro lado de la Alameda. En uno de los más elegantes iba Ángela con las hijas del conde de P.; en otro iba Marieta.

La orgullosa cantante buscaba con ansiedad á una persona que no acababa de llegar. Estaba inquieta; Aquiles no habia parecido por su casa en todo el dia; lo cual la estrañaba sobremanera despues de lo que habia escuchado la noche anterior.

En parte aquella conversacion disipó los celos que tenia de Ángela; creyó comprender que no la amaba, la trataba como á una niña; luego ella tenia amores en Madrid, segun habia entendido, y eran relaciones sérias, muy difíciles de romper.

Ya empezaba á desesperarse, cuando de repente dió un ligero grito. Era de alegría: el carruaje acababa de pararse; Aquiles está en la portezuela.

—¡Oh! suba Vd., suba Vd., mi buen amigo; le aguardaba con impaciencia, dijo Marieta con encantadora coquetería, alargándole una mano que él estrechó con efusion, y aun hizo ademán de llevar á sus lábios.

El carruaje en que iba Angela pasó inmediatamente en aquel momento: la jóven vió tan espresiva muestra de galantería y se puso pálida.

La risa se apagó en sus lábios, apoderándose de ella un mal humor insoportable, que fué creciendo á medida que la tarde avanzaba, porque Aquiles no se separó de Marieta, pasando todo el tiempo que duró el paseo en una conversacion muy animada, muy interesante sin duda; porque tan distraidos iban que no veian á nadie; Aquiles ni aun se acordaba de saludar á su discípula. Cuando esta cruzaba devorándolos con los ojos, se volvía á mirar de una manera espresiva á Marieta.

Angela sentia una desazon indefinible: indudablemente aquel hombre, al parecer antipático y nada guapo, la arrastraba de una manera peligrosa.

Tenia celos de Marieta, y no acertaba á esplicarse la causa que se los producía.

La calculada indiferencia que la demostraba el italiano, conseguía exaltar su amor propio hasta lo infinito.

Al irse aproximando la noche, los carruajes empezaron á desfilár. Ángela marchó con sentimiento, porque Aquiles ni aun se había dignado saludarla.

Las hijas del conde la dejaron en su casa, recomendándola que fuese temprano, para que empezase el concierto cuanto antes.

Triste y abatida fué la pobre jóven á sentarse en un divan, en tanto que una doncella la preparaba el traje que debía llevar por la noche.

Por la mañana había recibido una carta de Augusto, concebida en los mismos términos, poco más ó menos que la del día anterior. Empero esta vez se quedó sin contestacion: era el primer día que Ángela dejaba de escribir á su primo.

Sabido es que una oposicion sostenida y sis-

temática produce el efecto contrario del que se desea, y el alma de Ángela era muy á propósito para rebelarse contra todo yugo tiránico á que se la quisiera someter.

Luego estaba entregada á una lucha demasiado viva, que embargaba todos sus sentidos, robando por completo su atencion, sin dejarla lugar para pensar en sus amores.

Por mucho que una mujer ame, cuando se entrega con toda su alma á otras emociones, fuertes tambien y poderosas por su naturaleza, estas no pueden menos de neutralizar la influencia del amor mucho más si los amantes están ausentes; porque en este caso la ausencia es un auxiliar eficacísimo para el desvanecimiento de ese afecto purísimo que tiene su raíz en el alma, que lo produce una mútua y ardiente simpatía, y que del mismo modo puede desvanecerse por el desacuerdo en las ideas.

—Señorita, cuando Vd. quiera vestirse, ya está todo preparado, dijo una doncella.

—Sí, al momento, exclamó Ángela saliendo de su abstraccion para pasar á su gabinete.

Despues, mientras la doncella la desnudaba, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

Estaba encendida; tenia fiebre.

—¡Ah! yo me siento abrasada por una sed inestinguible, decia en su interior. Hay en mi alma un deseo infinito, vago, misterioso; parece como si hubiera tenido un sueño profético, y solo esperase su realizacion para entregarme de lleno al éxtasis dulcísimo de una dicha inmensa, de esas que forman época en la vida, y llenan el corazon y los sentidos de inefables deleites.

El traje que la doncella desplegabá ante los ojos de la jóven era hechicero. Blanco, diáfano, vaporoso, compuesto de sedas, encajes y olas de tul entrelazadas con jazmines, dispuestos con tal arte y maestría, que producian un efecto maravilloso.

La cabellera de la jóven, dispuesta en caprichosos rizos, aumentaba la gracia y el encanto de aquella cabeza juvenil, pero tan altiva ya, tan majestuosa, á pesar de sus pocos años.

D. Angel entró cuando acababa de dar la última mano á su tocado.

—¿Estás ya? hija mia. Aquiles nos espera.

—¡Aquiles! exclamó la jóven sintiendo que su corazon se precipitaba.

—En el salon está; acaba de llegar á bus-carnos.

—¡Oh! que pase aquí, padre mio, dijo Ángela conteniendo apenas su visible turbacion.

Luego se miró al espejo, arregló con estrema coquetería sus cabellos; á todo trance queria parecer bella, más bella que Marieta, la orgullosa prima-donna, que así sabia conquistar corazones como el de Aquiles, tan entusiastas por el canto y por la música.

La conducta de Augusto tenia mucho de egoista. Esta reflexion se la hizo Ángela aquella misma tarde, y fué lo que la movió á no escribirle.

Ella se decia:

—El hombre que solo desea brillar por sí, que trabaja incesantemente por adquirir gloria y renombre; condenando á su mujer á la oscuridad y al aislamiento es muy poco generoso, y el que solo desea tener en su mujer un agente

útil, un servidor de más alta categoría que los demás, pero servidor al fin, porque se ocupa del servicio de su señor, ese es un egoísta, ese no merece ni amor, ni consideración; porque dice á su esposa: «tú vales mucho; tú tienes un gran talento, y puedes dar á tu patria gloria y honor á tu familia; pero á mí no me conviene que te eleves más que yo, no quiero que me eclipses con tu brillo, porque mi mujer ha de ser esclava; quiero que ocupe en mi casa el lugar de una ama de gobierno, dedicada solamente á cuidar mis hijos, á limpiarme la ropa, á coserme los calcetines.» Estas, estas son las ideas de Augusto, ¡oh! pues por más que lo sienta, y por más que le ame, no puedo menos de confesar que Augusto es un egoísta. ¡Qué horror! nunca he podido ver á los hombres que tienen un corazón tan estéril, tan menguado; que solo desean el bien para sí mismos.

Angela, al hacerse estas reflexiones, recordaba las palabras del italiano, su modo de pensar, sus riquezas, su entusiasmo por las artes y por los viajes.

Indudablemente la influencia de Aquiles crecía á medida que menguaba la de Augusto.

Cuando el italiano entró en el tocador, encontró en las facciones de la jóven un cambio completo; estaba hermosísima con la fiebre de la ansiedad y del entusiasmo.

La mirada de sus hermosos ojos negros, brillante, ansiosa, fascinadora, se fijó en los ojos de Aquiles; buscaba en ellos la atracción, el fluido magnético que debía unir sus almas; empero la mirada del italiano, indiferente y glacial, huyendo la de Ángela, se fijó en su tocado, en su traje, y exclamó con viva impaciencia, sin demostrar la admiración que le causó la hermosura y la elegancia de la jóven:

—¡Por Dios, Ángela! que nos esperan; ¡ya debíamos estar allí!....

—¡No me ama! murmuró Ángela palideciendo; pero sin desconcertarse por la estudiada frialdad de Aquiles; luego, colocando el abrigo sobre sus desnudos hombros, murmuró:

—Vamos, cuando Vd. guste: hace un rato que estoy vestida, y en este caso la tardanza

será por Vd., que no ha venido antes á buscarnos.

—Tiene Vd. razon, hija mia; Marieta me ha entretenido, me ha hecho comer con ella, y despues acompañarla en casa del conde; es mucha mujer esa....., le arrastra á uno por la pendiente más resbaladiza, sin que le den siquiera impulsos de detenerse.

Ángela se mordió los lábios.

—Al fin se casará Vd. con ella; ¿no es verdad? dijo D. Ángel.

—¡Quién sabe! quizás sea muy probable: por de pronto me parece que me marchó con ella á Italia. ¡Oh! tengo vivos deseos de visitar el suelo donde nació mi padre.

—Vamos, vamos, que es tarde, exclamó Ángela con impaciencia, sintiendo que un dolor agudo la prensaba el corazon.

Las palabras de Aquiles la irritaban; en su interior decia:

—¡Oh! ¿con que esa mujer cuya juventud ha pasado, cuyas gracias están marchitas por el hielo de los cuarenta años, que carece de en-

cantos y de poesía, que no tiene corazón ni sensibilidad, es sin embargo bastante astuta para conquistar á un hombre que no se ha dejado jamás aprisionar por las redes de ninguna mujer?.... ¡Y podrá más que yo, y se casará con ella, se marchará á recorrer el mundo entero, la presentará en los mejores teatros de Europa, la cubrirá de gloria y de laureles, adorando después su genio como si fuera una divinidad! ¡Qué sueño tan bello! ¡lo que verá realizado esa mujer es lo que yo he soñado, son los delirios de mi niñez, las ilusiones de mi vida!....

¡Y en tanto, yo aquí me quedaré sola en ese horrible Cabañal, olvidada de todo el mundo, sin que nadie fije en mí su atención, pasando mi solitaria existencia desapercibida á los ojos de todos, como pasan las de la generalidad de las mujeres que, dotadas de un alma vulgar, no saben sentir ni tienen corazón para amar lo grande y lo bello!

Ángela iba silenciosa, sombría, embebida en sus reflexiones, sin escuchar la conversación de Aquiles y de su padre.

Llegaron á casa del conde.

Los elegantes y floridos salones estaban invadidos por una juventud entusiasta; las más hermosas jóvenes de Valencia lucían allí sus encantos; los caballeros más notables por su riqueza, por su gallardía y por su talento, ostentaban en aquel recinto encantador su finura y su galantería.

Los dueños de la casa y sus lindas hijas habían recibido á Marieta con mucha amabilidad, y recibieron á Ángela con el más tierno cariño.

Cuando esta llegó, ya estaba en el piano Marieta, que, cediendo á las instancias de sus apasionados, consintió en cantar una cavatina, en la cual había sido siempre muy aplaudida.

La célebre prima-donna tenía cerca de cuarenta años, aunque representaba diez menos, gracias á los recursos del tocador, que empleados con la habilidad y la fortuna que solo poseen ciertas mujeres, rejuvenecen, consiguiendo por algun tiempo alejar las arrugas del rostro y las canas de los cabellos.

Marieta en su juventud debió haber sido

muy bella; pero estaba declinando, mientras que Ángela empezaba á florecer en el vergel de la juventud y de la hermosura.

Esto lo comprendió la sociedad allí reunida; porque al verla aparecer apoyada en el brazo de su padre, radiante de belleza, y mucho más encantadora por la espresion de candorosa modestia que aparecia en su rostro, la saludó con vivas muestras de la más pura efusion.

La jóven fué á sentarse al lado del piano, despues de corresponder á los saludos de sus infinitos amigos.

Á su rostro no aparecieron las señales de la lucha sorda y horrible en que se agitaba su alma; solamente Aquiles leia en ella como en un libro abierto, por eso sabia dirigir con tanta certeza las agudas flechas que, hiriéndola cruelmente, despertaban en su pecho de una manera poderosa sus adormecidos instintos.

Marieta se apercibió de que estaba allí y de que era acogida con amistoso afecto; pero siguió cantando con una valentía, con un aplomo dignos de elogio. Unánimes aplausos se le tribu-

taron, siendo ensalzada con vivo entusiasmo por la escogida sociedad que llenaba los salones.

No fué el último Aquiles en felicitarla por este pequeño triunfo, asegurándole otros mucho mayores en el trascurso de la noche.

—Solo dos piezas cantaré; así está en el programa de esta notable y escogida fiesta, dijo Marieta; ya he cantado una, por consecuencia un solo triunfo me resta que conseguir, calificándolo de la manera que Vd. lo hace, mi buen amigo; pero presénteme Vd. á su discípula, deseo con ánsia conocerla.

—Al momento; tengo en ello un placer.

Aquiles presentó el brazo, y apoyándose en él Marieta con un abandono lleno de graciosa coquetería, se dirigieron al sitio en que estaba Ángela; esta, aunque se hizo la distraída, no habia perdido de vista los movimientos de Aquiles, y los vió llegar.

A su aproximacion se levantó como movida por un resorte, aparentando en su rostro, en sus ademanes y en su lenguaje la más esquisita finura.

No estuvo menos obsequiosa ni menos atenta Marieta. Aquellas dos mujeres, que se odiaban en el fondo de su corazón, tenían el suficiente talento para demostrarse afecto, aplaudiéndose simultáneamente su mérito, apareciendo muy amigas á los ojos de la sociedad, que solo juzga por las apariencias.

¡Siempre la engañosa máscara tiene que cubrir el rostro de la mujer!.... ¡Infeliz de la que no sepa encubrir sus defectos! sería arrojada con sarcasmo de la sociedad y mirada como una persona sin educación y sin delicadeza.

¡La hipocresía! es necesario ser hipócritas por fuerza, es necesario á veces en el mundo besar la mano que nos hiere, fingir amor á quien solo profesamos ódio, y tener consideracion y respeto á personas que solo nos merecen el más profundo desprecio. Y no hay otro remedio; esa es la ley de la sociedad; el que no quiera aceptarla, el que no sepa fingir una sonrisa cuando la indignacion hierva en su pecho, que se retire del mundo, que se vaya á vivir á un desierto,

donde no tendrá que cuidarse en disfrazar sus sentimientos.

Si Ángela se hubiera dejado llevar de los impulsos de su corazón, en vez de acoger á Marieta con la galantería de una tierna amiga, de una admiradora apasionada, la hubiera dicho: «Señora, yo no puedo conceder á Vd. mi amistad, porque no me inspira ni confianza ni cariño como amiga, ni admiración ni entusiasmo como cantante; porque hace tiempo que viene Vd. declinando en su carrera, y debe ya retirarse del campo de la gloria, donde ha recogido bastantes laureles, que es lo único que yo la envidio.» Esto sentía Ángela; pero, en igual de decirlo, exclamó con tono de sinceridad:

—¡Oh señora! Es Vd. admirable; es Vd. una gran artista, y se halla en toda la fuerza de su juventud, con toda la vigorosa energía de su alma puramente de artista.

Yo aprecio á Vd. mucho; soy entusiasta por el arte, y puede creer que me complaceré si puedo contarla en el número de mis más tiernas amigas.

No podía mentirse con más descaro, y, sin embargo, si otra cosa dijera, ¡qué papel tan ridículo no hubiera hecho en la sociedad! Cuando todos aplaudían á Marieta, ¿cómo demostrar ella con ruda franqueza lo que sentía?

Hé aquí por qué la palabra *sinceridad* va perdiendo su significado; ya no puede una mujer ser franca, tiene que ser hipócrita; porque apenas sale de la infancia, la presentan la careta del disimulo, y la enseñan á disfrazar sus afectos, plegándose á las exigencias de una sociedad que, juzgando por las apariencias, solo examina la superficie de las cosas, no penetrando jamás en su tenebroso fondo.

Después de haber cambiado entre sí Ángela y Marieta muchas sonrisas, muchas palabras falsas y muchos besos más traidores que el de Judas, se separaron.

Aquiles, génio del mal, que sembraba entre ellas la zizaña y el ódio, acompañó á Marieta, volviendo en seguida á ofrecer el brazo á su jóven discípula para conducirla al piano.

Él debía acompañarla; el teclado se estreme-

ció bajo sus ágiles y diestros dedos, resonando en el salon los primeros preludios de una música embelesadora.

Ángela debía cantar dos piezas, ambas de la *Lucía*; empezó por la cavatina del primer acto.

La jóven estaba deslumbradora de belleza y de majestad; la espresion de su rostro y el brillo de sus grandes ojos, llenos de inteligencia y de fuego, anunciaban al génio, á la musa del arte que se lanza estremecida de placer á recoger los primeros laureles que debian inaugurar su carrera artística.

Apenas las primeras notas salieron de la privilegiada garganta de Ángela, cuando el escogido auditorio se quedó sobrecogido de pasmo, de admiracion. La escuchaban con éxtasis, con el más religioso silencio.

Su voz no era una voz humana; era la voz de un serafin; su canto era un gorgceo melodioso que arrebatava deliciosamente, que producía el asombro, el vértigo, el delirio.

Era un sonido de vibraciones desconocidas, nuevas, encantadoras, que se apoderaba del

alma, arrobándola por completo, encantándola de tal manera que se creía trasportada á las regiones de lo ideal, de lo sublime.

Algunos segundos despues que concluyó de cantar, aun la escuchaban; aun la más poderosa admiracion embargaba los ánimos, reinando en el salon un silencio profundo, una quietud extraña, producida por el asombro, y que se rompió mágicamente por un aplauso unánime, general, espontáneo.

Un ¡*bravo!* salió de todas las bocas; estrepitosas palmadas de todas las manos. La misma Marieta, impulsada por un arranque de entusiasmo, se levantó, corrió hácia la encantadora jóven, y estrechando afectuosamente su mano, la dijo:

—¡Vd., señorita, es una gran artista. Vd. ha nacido para el arte; y yo la pronostico, sin temor de equivocarme, que el nombre de Vd. ha de resonar por todo el mundo si permite que su asombroso génio despliegue sus gigantescas alas en el mundo del arte. Vd. es un talento musical de primer órden, una maravilla, una musa!!...

Marieta al decir esto no mentia; era una con-

fesion espontánea, arrancada á su corazón de artista.

Ángela estaba abrumada bajo el peso de tantas felicitaciones, de tantos aplausos; se sentía feliz hasta el delirio en aquellos momentos deliciosos en que su alma, por decirlo así, reinaba en su esfera; se encontraba de lleno disfrutando las sublimes delicias que la forjara su espíritu.

Aquiles compartía su gloria, recibiendo también innumerables plácemes, y los más cordiales abrazos de D. Ángel, que, loco de alegría por el triunfo de su hija querida, no sabía cómo expresar su contento sino abrazando al italiano con la más cariñosa ternura.

El concierto continuó, cantando varias señoritas y caballeros hasta terminar su primera parte, pasando después todos los concurrentes á los jardines y á un salón inmediato, donde se sirvió un espléndido refresco: no decimos *buffet*, porque siendo tan rico nuestro idioma, ¿á qué usar los términos franceses que hace tiempo vienen tomando carta de naturaleza en nuestra hermosa lengua castellana?

CAPÍTULO XII.

Ángela con aquel primer triunfo habia llegado á concebir alguna esperanza de conquistar el amor de Aquiles, porque ya sin rebozo alguno leia en su corazon, y comprendió que no podría nunca ser feliz con su primo.

Para ella la gloria y el arte eran la vida, eran la felicidad, el encanto de su existencia, la realizacion de sus sueños de niña, de sus delirios de mujer.

Para bajar á los jardines, varios jóvenes se disputaban el honor de ofrecerla el brazo; entre ellos, Aquiles se adelantó; pero la jóven, rechazándole suavemente, le dijo en voz baja:

—Espera á Vd. Marieta.

Y tomó el de un jóven rubio, muy simpático y muy buen mozo, que estaba más inmediato.

Esta vez le tocó al italiano recibir el dardo; pero le recibió con gusto, porque comprendió que Ángela estaba celosa, irritada, y no podía demostrarlo de otra manera que desairándole la primera vez que quiso ser con ella un poco galante.

Se inclinó acatando su voluntad, y sin decir una palabra se fué á buscar á la prima donna, que ya impaciente le aguardaba en uno de los extremos del salon.

—Quisiera retirarme, le dijo apenas estuvo al alcance de su voz.

—¿Y por qué, Marieta? ¿Se siente Vd. mal?

—Estoy desazonada, y preveo que voy á sufrir mucho esta noche; una derrota, y no quisiera esponerme.

—¿Qué disparate!.... ¡Cualquiera diria que tiene Vd. celos!

—Y dirian la verdad, Aquiles; tengo celos de esa niña, adivino en ella un génio de primer órden; comprendo cuánto vale, porque esta no-

che, al oír su voz de serafín, he sentido vibrar todas las fibras de mi alma.

—¿Y renuncia Vd. á luchar con ella?

—Renuncio; la dejo el campo por suyo, y me retiro á mi casa.

—¡Imposible! Me daría Vd. un grave disgusto; Ángela es la niña que empieza su carrera: la aplauden y la admiran, porque nunca la han oído. Vd. es la célebre prima donna, la cantante sin rival que viene recorriendo la Europa sobre una alfombra de laureles, y es hasta vergonzoso para su gran nombre manifestar tan pueril temor: sabe Vd. que me desagrada la cobardía.

—¡Oh! me quedaré si Vd. lo desea, me quedaré, exclamó Marieta mordiendo con impotente rabia su pañuelo de finísima batista.

—Así me gustan las mujeres; gran corazón, y siempre resueltas á todo, dijo Aquiles ofreciéndola el brazo para seguir á la alegre y animada concurrencia que cual bandadas de palomas se dirigian á los jardines.

—¿Y qué cantaré? dijo Marieta. ¿Querrá usted acompañarme?

—Con mucho gusto; yo creo que puede usted cantar el ária de la *Traviatta*, en que tantos aplausos recibe siempre.

—No me gusta mucho, dijo ella moviendo la cabeza de cierta manera que indicaba su descontento.

—Es donde la encuentro á Vd. mejor, donde más luce sus admirables facultades.

—Corriente: esta noche estoy completamente á sus órdenes.

—¿Y mañana no? dijo el italiano.

—Siempre, contestó Marieta con una afectuosa sonrisa; pero, ¿me acompañará Vd. á Italia?

—Veremos.

El *veremos* de Aquiles podia muy bien ser una esperanza, podia tambien ser una evasiva; de cualquier manera que Marieta la comprendiese, no tuvo nada que replicar, ó no quiso hacerlo.

Media hora despues empezaba la segunda parte del concierto; cuando Marieta se acercó al piano, sentia escalofrios: era la primera vez de su vida que tenia miedo.

Á pesar de todo, cantó de una manera admirable, se escedió á sí misma; el amor propio la daba fuerzas para elevarse todo lo posible en el terreno del arte, y su deseo de conquistar por completo el corazón de Aquiles, la impulsaban á sostener una lucha, en la que no podía menos de salir vencida, porque Ángela estaba dotada más espléndidamente por la naturaleza, y su sola presencia, su atractivo, su juventud y su irresistible encanto, eran suficientes para captarse la general simpatía.

Por eso la galante sociedad que se reunía en casa del conde, sintió admiración y entusiasmo por Marieta; vértigo, locura, delirio por Ángela.

Cuando la célebre prima donna concluyó de cantar, fué saludada con una espontánea salva de aplausos, y con muchos delicados plácemes; al dirigirse Ángela al piano, un murmullo de aprobación se dejó sentir en toda la sala. Empezaron las primeras notas, y todo el mundo se calló; no se oía ni el más levísimo ruido, á pesar de agruparse tantas almas en aquel encantado recinto.

Ángela era una de las más bellas encarnaciones del génio musical; de su garganta brotaban sonidos angélicos, arrebatadores, divinos; cantaba con tal pasión, con tan blando sentimiento, con tan dulcísima melodía que arrancaba gritos de entusiasmo al corazón henchido de placer; producía el éxtasis más ideal, mas sublime.

Cantaba el ária de la *locura* en el acto tercero de *Lucía*, espresando sus enérgicos acentos todos los sentimientos de que se hallaba dominada, parecía una musa, una hada que lanza con infinita dulzura gemidos de arrebatadora pasión, ó desesperados acentos de cruel demencia.

Al terminar, el entusiasmo de sus admiradores, era indescriptible; su mismo maestro estaba encantado, orgulloso con su discípula que le honraba de una manera tan sorprendente.

Un frenético delirio se apoderó de todos, que no sabían cómo manifestar á la bellísima cantora lo que sus almas sentían, de la manera cómo su divino canto les arrebatara, trasportán-

dolos como por encanto á las regiones ideales de la fantasía.

Ángela creía soñar un triunfo tan espontáneo, tan magnífico, tan entusiasta; acabó por desvanecer en su pecho los últimos escrúpulos que la quedaban, comprendió decididamente que había nacido para el arte; y desde entonces se abrazó á él con toda la energía de su alma vigorosa y resuelta.

—¡Mi mundo es el teatro; allí está mi destino!

En el fondo de su corazón, decía: ¡Oh cuán hermoso es poseer el don de avasallar las almas, de enloquecerlas, de rendir trémulo de gozo á un público entero, á un público inteligente, ilustrado, que del mismo modo se alza rugiente y amenazador cuando no saben conquistarle, como se humilla fascinado y enloquecido por el brillo de un génio que le deslumbra con los fulgores de su inmortal fuego!

En honor de la verdad, debemos consignar aquí que Ángela no pensó en toda la noche en su querido primo. Aturdida, embriagada por los aplausos, por los plácemes de todos, ni aun

pensó en aquel obstáculo que se oponía á la determinacion que interiormente acababa de tomar; la de dedicarse al teatro.

Como es de suponer, el concierto quedó terminado; nadie quiso cantar despues de Ángela, y todos á porfía la hicieron que cantase varias piezas que Aquiles fué designando, siendo en ellas acogida de la misma manera frenética y delirante.

Concluido el canto se bailó hasta las cuatro de la mañana.

Marieta, mústia y abatida, se habia quedado como clavada en su asiento. Estaba inmóvil, dirigiendo á uno y otro lado miradas sombrías, que demostraban el estado de su corazon, la horrible tortura de su espíritu.

El brillo soberbio de aquel nuevo astro habia eclipsado el suyo; apenas se la dirigian algunas palabras de galantería, la atencion general estaba en Ángela; para ella eran todos los obsequios, todas las manifestaciones de aprecio y de simpatías.

Aquiles tampoco se apartaba de la jóven:

por una parte gustábale compartir su triunfo, por otra no quería dejarla sola; la veía rodeada por la más brillante juventud de Valencia, y tenía miedo no conquistase alguno su corazón, haciendo fracasar su plan y sus proyectos.

Ángela debió comprender la solicitud de Aquiles, porque le dijo á media voz:

—Pero, mi querido maestro, ¿no tiene usted compasión de la pobre Marieta, que está en un extremo de la sala, tan triste y abatida? Vaya usted y acompáñela, que yo me quedo con estos amigos.

—¿Qué me importa? respondió con mal humor Aquiles.

—¿Cómo! pues no piensa Vd. hacerla su esposa, y acompañarla á Italia?

—¿Quién ha dicho eso?

—Vd. mismo.

—Sería una broma.

—Con mucha formalidad me lo ha dicho usted á mí más de dos veces, dijo Ángela con alguna gravedad.

—Bien; pues ahora me place estar aquí; con-

testó Aquiles, dejando el piano donde estaba apoyado, y sentándose cerca de la jóven.

—Pues yo no lo consentiré; porque no quiero crearme enemigas, ni que tengan celos de mí; por consecuencia me marchó al jardín con el señor de Mendoza, y prohibo á Vd. que me siga.

Mendoza era el jóven rubio y buen mozo á cuyo brazo se habia cogido Ángela poco antes.

Esta vez el italiano, tan impasible y frio de ordinario, debió sufrir un rudo choque, pues se levantó irritado viendo que Ángela hizo lo que habia dicho, marchándose con Mendoza sumamente satisfecha, sin volver siquiera la cabeza.

La estrategia de Aquiles habia surtido un efecto espantoso. Ángela estaba ofendida en su amor propio; su orgullo se habia sublevado ante la idea de que otra mujer merecia el amor del único hombre que á ella la convenia para desarrollar sus planes de ambicion y de gloria.

La actitud que tomó alarmó verdaderamente

á Aquiles, á quien no gustaba la intimidad de la jóven con Mendoza, porque este era un hombre de gran posicion y relevantes prendas; sin embargo, no pudo evitarlo; se mordió despedido los lábios y fué á buscar á Marieta, encontrándola ya del brazo con otro caballero, y marchando en direccion á la puerta.

—¿Se marcha Vd.? exclamó Aquiles.

—Sí, señor; me hallo un poco indispuesta, contestó con alguna frialdad.

Llegaron á la escalera.

Aquiles la seguía.

No se incomode Vd. en bajar, dijo ella volviéndose á mirarle con la ira pintada en el semblante.

—Tengo en ello un placer; contestó maquinalmente Aquiles, pensando en Ángela, que se quedaba sola con Mendoza.

—Si no hay necesidad de que Vd. venga; este caballero me acompaña, y además tengo el coche á la puerta.

—Consiento, señora, obedeceré; dijo Aquiles, alegrándose de aquella determinacion to-

mada por el despecho que le permitia no abandonar tan pronto los salones.

—Adios, caballero; exclamó furiosa al ver la impasibilidad con que Aquiles acataba unas órdenes que ella no hubiera querido ver obedecidas.

—A los piés de Vd.; dijo Aquiles saludándola y dirigiéndose precipitadamente al jardin.

Ángela y Mendoza estaban sentados en un banco, cerca de una fuente, cuyo blando murmullo se escuchaba con delicioso estásis.

Su conversacion era animada, casi familiar; Aquiles se acercó vivamente á ellos, y callaron.

—Señorita, dijo, perdóneme Vd. que venga á interrumpir su grata conversacion con el señor de Mendoza; pero la he visto á Vd. cerca de esta fuente, y como la humedad es tan mala, y mucho más cuando acaba de cantar, se lo prevengo para que se retire á otro sitio que no sea tan nocivo para su salud y para su voz, que hoy más que nunca estoy interesado en conservar.

—Muchas gracias por la observacion, mi que-

rido maestro, dijo la jóven con un acento perfectamente tranquilo.

Luego, levantándose, tomó de nuevo el brazo que Mendoza la ofrecia, y sin hacer caso de Aquiles se internó con él por una calle de rosales.

El italiano se sentó en el mismo banco que ellos ocupaban.

Su fisonomía estaba impasible; pero un ligero temblor de su mano indicaba que sentia una inquietud cruel.

—¡Oh necio de mí! exclamaba golpeándose la frente con la mano; he ido más lejos de lo que debia, y mis desdenes la han herido tan profundamente que ya no volveré á conquistarme su aprecio.

Poco despues la bulliciosa reunion se dispersaba, los espléndidos salones, poco antes tan animados y tan brillantes, se vieron desiertos, desapareciendo como bandadas de mariposas las encantadoras niñas que habian lucido sus galas y sus encantos en aquella reunion de la elegancia y del buen tono.

Ángela salió con Mendoza y con su padre;

Aquiles los seguía meditabundo, su distracción le impidió ver que se dirigían al coche de Mendoza.

—¡Si está aquí mi carruaje esperando á ustedes! exclamó con ansiedad reconociendo tarde ya la inoportuna distracción.

—El mio está más cerca, Sr. de Florentini, contestó Mendoza, dando la mano á la jóven para subir al coche.

Ángela no dijo una palabra. Este golpe acabó de anonadar al italiano.

Mendoza subió despues de D. Ángel, cerróse la portezuela, le saludaron ceremoniosamente, y partieron con rapidez.

CAPÍTULO XIII.

Aquiles se puso tan pensativo que no advirtió que se iba quedando solo en medio de la calle. Todos los carruajes y la multitud de personas que salían de casa del conde, fueron desapareciendo.

De repente, un golpecito que le dieron en el hombro le sacó de su enajenación.

Volvió la cabeza, y encontró á su lado un jovencito que le alargaba un papel.

—¿Qué es esto? preguntó tomándole.

—Una carta para Vd., dijo el jóven.

—¿De quién?

—Puede Vd. abrirla, y lo verá.

Aquiles, acercándose á los faroles del coche, leyó lo siguiente:

«Caballero: si quiere Vd. verme, puede venir á mi casa en el momento de recibir esta carta. Son las cuatro de la mañana, y me marchó á las seis en un vapor que saldrá á esa hora para Marsella.

»Su afectísima amiga

»MARIETA.»

Aquiles se quedó estupefacto; aquella brusca determinacion de la célebre prima donna acabó de anonadarle.

—Vamos, pues, murmuró subiendo al coche, y dando órden para que le llevasen á la calle de las Barcas.

Cuando llegó, encontró toda la casa en movimiento, como dsiponiendo precipitadamente un viaje.

Ya hemos dicho que la casa en que se hospedaba Ángela estaba en frente de la de Marieta.

Cuando Aquiles bajó del carruaje, miró á

los balcones, y vió una forma blanca y esbelta que se ocultaba entre la cortina.

Era Ángela que observaba llena de angustia los preparativos de marcha que tenían lugar en casa de Marieta.

Aquiles subió despues de haber vuelto tres ó cuatro veces la cabeza para cerciorarse si en efecto era Ángela la que estaba en el balcon, lo que no pudo averiguar por que la blanca forma se escondia entre los pliegues de la cortina.

Cuando entró en el gabinete de Marieta, halló á esta pálida, desencajada, casi moribunda, y agitado su rostro por la espresion de mil encontrados sentimientos.

— ¡Es Vd. un infame! ¡un mal caballero! exclamó rugiente de ira apenas vió á Florentini.

— ¡Señora!.... exclamó este con un terrible acento de amenaza.

Luego, comprimiendo su cólera, próxima á estallar, dió dos pasos hácia la puerta con ánimo de marcharse sin mirar siquiera á la que así le insultaba.

Empéro Marieta se arrojó hácia él, y transformándose instantáneamente de leona en humilde cordera, exclamó con acento de indefinible angustia:

—¡Por piedad, Aquiles, por piedad, perdóname!.... ¡Sufro tanto!....

Aquellas palabras fueron arrancadas del fondo del alma; Marieta lloraba, y el italiano tuvo lástima.

La condujo con dulzura á un sofá, y se sentó á su lado.

—¿Pero qué es esto? ¡Qué precipitacion! ¡qué viaje tan inesperado!.... Vamos, Marieta, estas son locuras.

—No, Aquiles: no son locuras; yo no debo permanecer aquí más tiempo despues de la derrota que he sufrido. Esta noche me he convencido de que no me amabas; de que amas á esa mujer que vale mas que yo. Tú has preparado el concierto y las piezas que debíamos cantar con una perversidad horrible, dándome á mí las que podian hacer mayor contraste con las tuyas. ¡Ah! por eso ha triunfado, consiguiendo

brillar sola, y oscureciéndome á mí de tal manera que nadie me miraba.

—¡Estás ciega por los celos, y no sabes lo que te dices! exclamó Aquiles.

—Confiesa que tengo razon. Tú no me amas; me has engañado indignamente, haciéndome sentir un amor que hará la desgracia de mi vida para no corresponder á mi cariño.

—¡Qué tontería! ¿Y quién te ha dicho que yo no te amo?

—Tú lo manifestabas en todas tus acciones.

—¿Por qué te he dejado venir sola con aquel caballero? Me despedistes con una frialdad que me resintió.

—Por eso, y porque te he visto toda la noche devorando con los ojos á esa cantora improvisada.

—¡Cuidado con ofenderla!.....

—¿La defiendes? ¡ch! ¿Tanto te interesa? murmuró con rabia Marieta.

Aquiles, con visibles muestras de mal humor, se levantó, y fué hácia el balcon.

La blanca figura continuaba inmóvil: ya no dudó el italiano de que era Ángela.

—¡Si tendrá inquietud por mí! murmuró; ¿creerá que me marchó con Marieta? ¡Oh! daría cualquier cosa por penetrar en el fondo de su pensamiento.

—En fin, dijo Marieta levantándose con resolución; es necesario que concluyamos de una vez; quiero apurar esta copa de amargura, ó adquirir la certidumbre de un amor que hará mi felicidad.

Aquiles se apartó del balcon por evitar que Marieta viese la esbelta y vaporosa figura de Ángela, que, alumbrada por la luna, se destacaba en el fondo del balcon como una aparicion celeste.

—Los celos hacen siempre enloquecer á las mujeres, y mucho más á las que tienen alma de artista y corazon de fuego, dijo Aquiles contemplando el desencajado y pálido rostro de la prima donna.

—Y bien, estoy loca de amor; pero esto debe envanecerte, porque yo nunca he amado ¡de

semejante manera; mi corazón estaba tranquilo y tú has venido á introducir en él la confusión y la muerte.

—¡Oh! Dios me libre de haber sido el autor de una desgracia tan horrenda, murmuró Aquiles sonriendo y con una sangre fría espantosa.

—Si á la crueldad añades la burla, veo que vas á desempeñar tu papel de falso amante á las mil maravillas, exclamó Marieta, sintiendo que la cólera que fermentaba en su pecho empezaba á enrojecer su rostro.

—Señora, creo que este viaje no llegará á realizarse; por lo tanto me marcho, y volveré cuando la serenidad haya cedido el puesto á la borrasca.

—Aquiles, no nos volveremos á ver; este viaje es ciertísimo, yo no retrocedo jamás cuando he tomado una resolución; y en prueba de ello, aquí están los mozos por el equipaje; una hora escasa me queda de permanencia en esta ciudad; si de veras me amas, aun tienes tiempo de probármelo.

—¿De qué modo? preguntó Aquiles.

—Partiendo conmigo.

—¡Imposible!

—¿Quién te lo impide?

—Yo no puedo abandonar mi casa y mis negocios repentinamente.

—¿Pero me amas? exclamó con angustia Marieta.

—Lo mismo que siempre; solo que tus arrebatos me contrarían, violentas mi carácter y concluyes por pensar que no te quiero.

—En ese caso, si me amas tú me buscarás, ¿no es verdad? Irás á reunirme conmigo en París, dijo con suplicante acento Marieta, comprendiendo que no podia sacarse partido de Aquiles haciéndole la contra, porque su carácter independiente y firme no se doblegaba á los caprichos de nadie.

—Sí yo comprendo que puedo hacer tu felicidad, iré, te lo prometo; ahora déjame ir á casa, y antes de quince minutos estaré en el muelle á despedirte, ya que tu determinacion es irrevocable.

—¡Ay! Dios quiera que tu promesa no sea

una nueva tortura para mi alma; en fin, ella introduce en mi corazón una esperanza consoladora cuando ya empezaba á desfallecer; bendita sea: siempre te bendeciré, como lo hago en este momento, si me cumples tu palabra.

—Te la cumpliré, ya te lo he dicho; si me conceptúo capaz de hacerte feliz iré á buscarte donde quiera que te halles. Hasta un instante, adios.

Aquiles salió simultáneamente; Marieta le miró marchar con una dolorosa espresion de tristeza, y salió al balcon para verle subir en el carruaje.

—Que no tardes, Aquiles, le dijo en alta voz.

—Antes de quince minutos estoy en el muelle; que vayan llevando los equipajes, contestó el italiano cerrando la portezuela del carruaje, que se puso en marcha inmediatamente.

La celeridad con que Marieta se entró dentro á concluir de prepararse la impidió escuchar un ligero grito que resonó en la casa de enfrente.

Angela se apoyaba trémula y medio desfallecida de angustioso dolor en la barandilla del balcon. Medio oculta entre la cortina nadie sino Aquiles hubiera podido observar que estaba allí impaciente y anhelosa desde que salieron del concierto.

La interesaba demasiado la partida de la célebre prima donna para que no prestase toda su atencion á un acontecimiento que debia influir en su destino de una manera prodigiosa.

Si Aquiles marchaba con ella, adios sus ilusiones de artista, las perdia por completo; ella sola nada podia hacer; sin el auxilio del italiano serian vanos cuantos esfuerzos hiciera para lanzarse al teatro, porque siempre hallaria la inquebrantable firmeza de sus padres, que se opondrian tenazmente á una resolucion que debia labrar su dicha futura.

En pocas horas habia crecido en ella el amor á la gloria de una manera prodigiosa; ya no comprendia la vida sin ser artista; vivir para el arte era la felicidad, la bienandanza.

Ella comprendia que casada con Aquiles su

carrera seria una série no interrumpida de triunfos, caminando siempre sobre una alfombra de mágicos laureles, que él mismo sabría prepararla por entusiasmo y por amor.

Llegó á fijarse en esta idea, y su cabeza era un volcan; se abrasaba, sentia fiebre y estaba trémula, desesperada, sin saber qué partido tomar.

De pié, pálida, anhelante, miraba con creciente terror los preparativos de marcha en las habitaciones de Marieta; vió entrar á Aquiles á una hora tan desusada de la mañana, cuando le creia descansando; le vió salir, y escuchó llena de espanto las terribles palabras que pronunciaron él abajo y ella desde el balcon: **QUE NO TARDES; ANTES DE QUINCE MINUTOS ESTOY EN EL MUELLE, QUE VAYAN LLEVANDO LOS EQUIPAJES.**

Esto parecia ser un convenio tácito, estaban dispuestos para marcharse juntos, sus palabras lo demostraban así, por lo menos de tal manera lo comprendió Angela.

La agitacion la ahogaba, sufría horrorosamente.

De repente concibió un pensamiento; se quitó del balcon, animada por una resolucion repentina, y entró en su tocador, donde medio dormida la esperaba su doncella para desnudarla; y cambió de traje en brevísimos instantes, se cubrió la cabeza con un espeso velo y se dispuso á salir.

—Sígueme, dijo á la muchacha, que contemplaba atónita la celeridad con que la jóven se vestia.

—¿Va V. á salir tan temprano? dijo la doncella.

—Sí, vamos á misa, son ya las cinco y no tengo ganas de acostarme, porque la mañana está deliciosa y prefiero disfrutar su apacible ambiente.

Desde que Angela tomó esta resolucion se encontraba un poco mas tranquila.

La muchacha, sin decir una palabra, se arregló un poco, y las dos salieron instantes despues.

D. Angel dormia muy tranquilo.

CAPITULO XIV.

Cuando una idea, sea la que quiera su tendencia, llega á dominar por completo el espíritu y el corazón de una mujer, es imposible sujetarla, no hay fuerzas humanas que logren extinguirla ni abatir su vigor, que cobra nuevas fuerzas con las contrariedades y los obstáculos.

Así había sucedido con Angela; su pasión por el arte, por la gloria, se desarrolló de una manera prodigiosa por la constante y sostenida contrariedad de su madre y de su primo, creció con los obstáculos y se desbordó completa-

mente ante la inminente catástrofe que preveía, la marcha de Aquiles.

Esto la anonadaba, dejándola reducida á la nulidad, á la impotencia. ¿Cómo someterse á tan triste destino? ¡Imposible! Antes pasaria por todo, era capaz de cualquier cosa, estaba desesperada, medio loca.

Sin tino corrió á la ventura algunas calles seguida de la doncella, que soñolienta aun, deploraba el capricho de aquel paseo matutino que la habia privado de unas cuantas horas de descanso en su blando lecho.

Ángela iba en direccion á la casa de Aquiles; recordaba haber visto enfrente una iglesia y allí se propuso esperarle. Por el tiempo transcurrido comprendió que aun no debia haber salido de su casa, y en efecto, cuando llegó al dintel del templo, Aquiles bajaba de su casa vestido sencillamente, con un traje de campo que podia ser de viaje muy bien; así lo creyó Ángela, que no apartaba de su mente esta idea cruel.

Inmediatamente se vieron.

Ella, haciendo un poderoso esfuerzo para dominarse, no dió un paso hácia él; le saludó con la mano indicándole que iba á misa.

Siempre la idea de sostenerse con dignidad y de guardar su decoro ha resaltado en la mujer. Angela deseaba con toda su alma hablarle y para eso se habia dirigido allí; sin embargo, no queria dejárselo conocer y se encaminó á la iglesia.

Aquiles se adelantó indicándola con un ademán que esperase un momento.

La doncella, que iba delante para tomar el agua bendita, se quedó junto á la pila esperando largo rato, por lo que no pudo comprender ni una palabra de la conversacion que sostuvieron.

—¿Cómo tan temprano en la calle, señorita? dijo Aquiles.

—No tenia sueño, la mañana estaba hermosa y me han dado impulsos de venir á misa; pero ¿y V.? ¿va de camino? Ese traje manifiesta que nos abandona.

Aquiles, cuya penetracion era tan esquisita,

comprendió al punto lo que pasaba en el alma de la jóven. Leyó en su pensamiento como si todas sus ideas hubieran estado escritas en su frente.

—Marieta se empeña en marcharse á París y me arrastra consigo, dijo Aquiles con indiferencia.

—¿Y se marcha V.? ¡ingrato! ¡sin despedirse, sin decirnos una palabra! exclamó con viveza y en tono de reconvencion Angela.

—Ha sido un viaje resuelto repentinamente, y por otra parte yo no creia que pudiera interesar á V. nada....

—¿Cómo que no ha de interesarme? dijo Angela interrumpiéndole: ¿acaso no le hemos dado constantemente pruebas de nuestro aprecio?

—Es verdad; ¡pero son tan frias las pruebas de la amistad!....

Aquiles dirigió una dolorosa mirada á la jóven y dejó escapar un hondo suspiro.

—Nunca ha exigido V. otras.

—Ni podia exigir las; por eso me marchó.

—¿Pues no ama V. á Marieta?

No, señora; la sigo, por ahogar mis pesares, porque es la única mujer que puede mitigar mis penas.

—¡V. sufre!.... ¡V. tiene un corazon apasionado y ardiente, cuando yo le creí un sér incapaz de sentir las emociones del alma!....

—Es que V. embebida con el amor de su primo no se ha cuidado de adivinar mi tortura, no ha comprendido que amo sin esperanza, que ahogo el amor dentro de mi pecho, y que por último, huyo de este país para no volver jamás, ya que mi dicha es imposible.

Angela creia soñar.

—¿Y quién se opone á que V. sea dichoso? exclamó con apasionado acento.

—¡La fatalidad! quizá mi destino, que siempre ha sido tan negro.

El socarron de Aquiles se llevó la mano á los ojos como si alguna lágrima hubiera estado pronta á deslizarse de sus párpados; pretendió ahogar la emocion que sentia, y haciendo un esfuerzo como para dominarse, exclamó, ten-

diendo su mano á la jóven, que le miraba llorando verdaderamente:

—¡ En fin, adios, soy muy desgraciado, como ha de ser! he querido evitar el despedirme de V., y no sé si algun ángel la ha puesto en mi camino.

—¡ Mi querido maestro! exclamó Angela conmovida, reteniendo un momento entre las suyas la mano de Aquiles.

—V., jóven y bella, querida de su familia, adorada por un amante que pronto la hará su esposa, no necesita de mí, y acaso muy en breve ni aun recordará el santo de mi nombre.

—Y si yo le necesitase para mi felicidad, para mi gloria, ¿ se quedaria V.?

—¡ Ah! V. no exigirá nunca de mí ese sacrificio.

—¡ Sacrificio! ¿ y por qué? ¿ Luego el estar á mi lado seria para V. violento?

—Muchísimo; sépalo V. de una vez, ya que vamos á separarnos para siempre: yo amo á V. h ace largo tiempo; he querido ahogar mi pasión, porque he visto que su corazon no era

libre, y no pudiendo conseguirlo me marché á otro país para no ver á V. en brazos de otro hombre.

—Yo no me casaré nunca con mi primo, dijo Angela cediendo á un impulso irresistible que la puso en brazos de aquel hombre que tanto la codiciaba.

—¡Ah! ¿no se casará V. con él? ¿y por qué?

—Porque mi primo no puede hacer mi felicidad; soy artista de corazón, mi mundo es el teatro, yo no podré hallar dicha completa sin la gloria y sin el arte, y Augusto quiere que su mujer viva en la oscuridad y la ignorancia.

—¿Y es una resolución formal? preguntó Aquiles anhelante.

—Hija de la convicción mas profunda, contestó Angela con seriedad.

—Si yo pudiera abrigar una esperanza de conseguir el amor de V. no me marcharía.

—Quédese V., yo se lo suplico, dijo Angela con acento cariñoso.

—Yo no puedo vivir sin su cariño: ¡hace

tanto tiempo que la adoro en silencio!.... ¡ay!
¡tanto que devoro mis celos y mis amarguras en
la soledad!

— Yo haré que cesen sus dolores; quédese á
mi lado, ayúdeme con su talento á perfeccionar
mi carrera, y no dude que si de veras me ama
sabré premiar su generosidad y su cariño.

— ¡Ah! ¡esperanza divina!.... ¡bálsamo con-
solador que llena mi corazón de santo gozo!....
esclamó con trasporte el italiano estrechando
con delirio entre las suyas la mano que Angela
le tendia.

— ¿Se marchará V. ahora? le dijo ella con
encantadora sonrisa.

— ¡Nunca! ¿quién será capaz de arrancarme
de su lado?

— Marieta quizá, repuso Angela, siempre
sonriendo.

— ¡La habia olvidado!.... perdone V., voy á
despedirla, voy á decirla que un negocio ur-
gente me impide acompañarla á París, y volve-
ré á pasar cerca de V. toda mi vida.

— Adios, mi querido amigo, y cuidado con

dejarse fascinar por esa sirena, exclamó Angela amenazándole graciosamente con la mano.

—V. es la sirena que á mí me encanta y me cautiva.

Se saludaron mutuamente con la más cariñosa espresion.

Aquiles montó en su carruaje dirigiéndose hácia el Grao, y Angela entró en la iglesia donde ya su doncella se habia sentado, cansada de esperar tanto tiempo con los dedos mojados de agua bendita.

Cuando el italiano desapareció de su vista se quedó pensativa; mil encontrados pensamientos acudieron á su calenturienta imaginacion y tuvo miedo. Se dirigió á una capilla solitaria; allí, arrodillándose al pié del altar, dejó correr de sus ojos un raudal de lágrimas.

Pensaba en su primo; pensaba en que por su propia y espontánea voluntad acababa de romper los lazos que les unian. Ya estaba comprometida con un hombre que desde el altar la llevaria al teatro, móvil de todos sus afanes, de todos sus deseos, y la era imposible retroceder.

Al determinarse á tan grave resolucion sentia dolor en el alma, porque amaba de veras á su primo, y sentia al propio tiempo el pesar que iba á causar á sus queridos padres. Todas estas reflexiones redoblaban su congoja; se puso la mano en el corazon y exclamó entre sollozos:

—¡Muere, amor mio!.... mi pecho será tu tumba, y estas lágrimas que vierto serán el último adios que doy á las emociones queridas del alma; la gloria y el amor nunca van juntos: muera, pues, el amor y ¡vivirá mi gloria.

CAPITULO XV.

El temor de perder para siempre á Aquiles, decidiéron á nuestra jóven cantante á un paso imprudente que decidió del destino de toda su vida.

El resto del dia lo pasó triste y distraida; por la tarde se marcharon al Cabañal. Aquiles los acompañó, volviéndose por la noche á Valencia, bastante preocupado, en verdad, porque la tristeza de Angela le anunció que en su corazón existia una lucha cruel.

Efectivamente; Angela se encerró en sus

habitaciones del pabellón pretestando un fuerte dolor de cabeza, y no salió hasta el siguiente día por la tarde, á la hora de llegar Aquiles para la lección.

Doña Margarita, con ese buen instinto de las madres, adivinó que su hija sufría, no se atrevió á interrogarla porque estaba ofendida; la reserva de la jóven y su empeño en hacer aquello mismo que tanto la disgustaba la habian incomodado, de suerte que ni una palabra la dijo, á pesar de que vió en su rostro las huellas de una pena profunda. D. Angel atribuyó el desaliento que se observó en ella al cansancio natural que se siente despues de unos dias de fiestas y diversiones que alteran el método y las habituales costumbres de la vida.

Aquiles llegó por la tarde; por casualidad estuvieron solos, pudiendo sin reserva explicarse, concertando sus planes para lo futuro.

Como su solicitud por Angela era estremada, al momento notó la palidez de su rostro, advirtiéndole en sus ojos huellas de un llanto reciente.

—¿Qué tiene V.? exclamó con viveza apenas la vió, mirándola con infinita ternura.

—¡Oh! ¡nada!.... estoy algo enferma, contestó la jóven sentándose en un sofá cerca de la ventana y haciendo un ademán con la mano como indicando al italiano que se sentase á su lado.

Este, apresurándose á obedecer, exclamó:

—¡Por Dios!... ¡señorita! ¡esa tristeza casi me hace creer que está V. arrepentida de haberme hecho concebir una esperanza de felicidad!

No señor; arrepentida no; preocupada sí estoy, porque pienso en el disgusto que ocasionaré á mis padres cuando les diga que no me caso con Augusto.

—¿Y no piensa V. en la pena que recibirá también el mismo Augusto?

—Algo me hace sufrir esa idea, lo confieso; pero yo no puedo ser feliz con él, sus ideas están en completo desacuerdo con las mías y no puedo de modo alguno consentir en una union que nos ha de hacer luego desgraciados.

—Es verdad; en eso piensa V. con mucho talento.

—Completamente decidida á dedícarle al teatro, no puedo ya continuar alimentando en mi primo una idea que no ha de ver realizada. Necesito devólvérle hoy mismo este anillo que cambiamos en señal de eterna alianza y que hoy será la señal de nuestro rompimiento, la separación completa de nuestros corazones.

Angela, con la más dolorosa tristeza, había sacado de su dedo el anillo que le diera Augusto, y le contemplaba con espresion de indefinible amargura.

Su corazón latía aceleradamente como si hubiera querido salirse de la estrecha cárcel que le oprimía.

—¡Ay! ¡por qué mi primo no tiene las ideas de Aquiles!.... ¡Cuán feliz fuera yo con su amor!... exclamaba en su interior Angela, no cuidándose de disfrazar su sentimiento en presencia del italiano.

—Angela, dijo este con alguna gravedad: veo que V. sufre mucho, que quizás sea desgra-

ciada sin el amor de su primo, y yo no quiero en ningun tiempo tener ni el más leve remordimiento; no quiero que me acuse en lo más mínimo mi conciencia de haber sido la causa de su desgracia.

—¿Qué quiere V. decir con eso? murmuró la jóven.

—Que voy á dejar á V. completamente libre; deseo que la iniciativa en este asunto nazca por entero de V.

—¿Y tendria V. valor para abandonarme?...

—¡Abandonarla!... ¡jamás! Yo amo á V. como no puede amarla ningun hombre; hace tiempo que oculto en mi corazon este secreto, lo que quizás haya contribuido para avivar más y más el fuego de mi amor. Nunca me he permitido demostrárselo, ni con una palabra, ni con una mirada, ni con la más pequeña accion, V. lo sabe muy bien; comprendí que su corazon no era libre, y la respeté. Creció mi amor hasta el punto de no poder sofocarle, y busqué un alivio á mi tormento en los amores de una mujer artista como V., que al menos con la mágia de su

canto y de su voz me hiciese recordar á cada momento á la que era el ídolo de mi corazón. Dispuesto estaba á marcharme con ella, completamente resuelto á abandonar para siempre estas playas; V. con una palabra me ha detenido, y con otra que pronuncien sus labios puede hacer de mí el más feliz ó el más desgraciado de los hombres. Estoy á sus órdenes; pero deseo que su elección sea libre; consulte V. bien con su conciencia, reflexione lo que hace, y cuando se haya resuelto hágame el obsequio de participarme su decisión con entera libertad.

—Si estoy decidida ya.... exclamó Angela.

—En ese caso yo estoy pronto á ser su esposo; crea V. que la pasión que ha sabido inspirarme es tan profunda que durará tanto como mi vida; no es uno de esos cariños pasajeros que desaparecen como nubes de verano.

—Mi afecto hácia V. también será inalterable, porque le deberé más que la vida si colma el ardiente afán de mi alma poniéndome en camino para conseguir la gloria y el renombre que anhelo.

—Se lo prometo; pero nada podemos hacer sin que V. sea mi esposa; sus padres se opondrán á todo y es necesario ocultar en el silencio más profundo nuestro proyecto; que nada sepan hasta que todo esté dispuesto para dirigirnos al altar.

—¡Oh! y eso es imposible; yo necesito romper antes mis compromisos con Augusto; no puedo disponer de mí hasta que me devuelva el anillo y reciba el suyo que cambiamos en prenda de alianza.

—¿Pero V. será mi esposa cuando eso se verifique?

—Desde luego, contestó Angela distraidamente.

Ya no podia retroceder de la línea que se habia trazado; dolíala mucho, en verdad, romper con su amado primo, cuya finura y talento eran tan grandes, para unirse con un hombre de sentimientos enteramente opuestos; empero hablabá ya tan alto en su alma el afán que la devoraba por lanzarse al teatro, que cerró los ojos, no quiso pensar nada ni hacerse ninguna reflexion

que la hiciese vacilar en su proyecto, y se arrojó á terminar el enojoso asunto que la martirizaba demasiado.

Aquiles, que deseaba tanto realizar aquel casamiento, se apresuró por su parte á vencer todos los obstáculos para que la union se verificase en seguida, antes que cualquier incidente impensado ó la misma oposicion de los padres de Angela pudieran deshacerla.

—Y bien, la decia, por disipar algun tanto la tristeza que notaba en ella; cuando yo tenga la dicha de ser su esposo, lo primero de todo prepararemos conciertos en Valencia, donde V. escuche los aplausos y vea la admiracion que causa su talento. Luego nos marcharemos á Italia; bajo aquel hermoso cielo sentirá V. brotar la inspiracion en su alma, llegará al perfeccionamiento en su carrera y podrá lanzarse al teatro en alas de su divino génio. ¡Oh! génio sublime que yo la pronostico, ha de causar la admiracion del mundo. ¡Cuán feliz seré si logro verla en el apogeo de su gloria ciñendo la corona de la inmortalidad!

—¡Qué bello sueño, Aquiles!... exclamó Angela con entusiasmo; ese día será el más dichoso de mi vida y le deberé una eterna gratitud por haberme conducido hasta allí, si es que consigo escalar la cumbre de la fama; porque yo tengo mucha ambición, mucho deseo, más no sé si tendré la suficiente disposición para llegar á esa altura.

—Ni un momento debe V. dudarlo, contestó Aquiles continuando por aquel terreno, exaltando más y más la imaginación acalorada ya de nuestra joven cantante. La citó mil ejemplos de mujeres que se habían distinguido en el teatro; refirió sus triunfos, las grandes fortunas que habían hecho y la gloria de que se vieron rodeadas.

Con esta conversación consiguió Aquiles desvanecer la tristeza de Angela; la vió animarse sonriendo con infinita dulzura y anhelando el momento de ver realizada una unión que tan feliz había de hacerla.

Aquiles se hizo cargo del anillo, prometiendo mandarle á Madrid con una persona de su

confianza que se encargaría de traer el de Angela, conviniendo en verificar el matrimonio tan pronto como el anillo estuviera en su poder.

Embebidos en su conversacion no advirtieron una sombra, que atravesando el jardin, se deslizó pausadamente en la primera sala del pabellon. Allí se detuvo.

Angela y Aquiles, que estaban en el gabinete sentados en un sofá entre el piano y la ventana, no hicieron caso de este incidente y continuaron su conversacion.

De repente aparece delante de ellos doña Margarita con el rostro ceñudo y sombrío. La indignacion y una cólera mal comprimida se pintaba en sus facciones.

Angela la miró con asombro, Aquiles con sorpresa, si bien no perdió nada de su habitual serenidad.

Doña Margarita, con un tono severo y mirándolos de pié á cabeza, exclamó:

—¿Son estas las lecciones que V. dá á mi hija, señor de Florentini?

—No dábamos ninguna, señora, contestó

éste levantándose. Angela me ha confesado que se sentía algo enferma y hemos suspendido los estudios de hoy.

—Pues, señor mio, tengo el sentimiento de manifestar á V. que no solo se suspenden por hoy, sino por tiempo indefinido.

—¡Madre mia! ¿qué es esto? exclamó Angela con enojo viendo que su madre se dirigió al piano, le cerró y se guardó la llave.

—Esto significa que no volverás á abrir el piano en tu vida. La mujer delicada y de educación no debe nunca lanzarse á la vida errante y misteriosa del artista. Tú eres una niña, tienes muy acalorada la imaginación, y el señor Florentini se ha encargado, á lo que parece, de exaltarla más y más.

—¡Señora! vea V. lo que dice, exclamó Aquiles dominando la ira que empezaba á enrojecer su rostro.

—No me retracto jamás de mis palabras, caballero, dijo doña Margarita; por lo tanto, no solo me afirmo en lo dicho, sino que suplico á V. tenga la bondad de no volver á visitarnos;

siento muchísimo privarme de la amistad de V., pero siendo perjudicial en mi casa, me obliga mi deber de madre á conducirme de esta manera.

—¿Es decir, que me arroja V. ignominiosamente?... exclamó Aquiles con trémulo acento.

—Suplico á V. que no se ofenda, añadió doña Margarita, queriendo suavizar el tono de su voz; las ideas de V. no están acordes con las nuestras, y como sus consejos pudieran influir en el ánimo de Angela para que esta tome distinto rumbo del que nosotros lá hemos trazado, me veo en la sensible necesidad de evitar el trato y la conversacion de V.

—Comprendo perfectamente la idea suya y obedezco su indicacion con mucho gusto; pero la prevengo que ha emprendido V. muy mal camino para llegar á buen término.

—¿Qué quiere V. decirme con eso?

—Que Angela será una de las estrellas más brillantes del arte musical; ha nacido artista, y las contrariedades exaltan los grandes génius en igual de extinguirlos.

—Lo veremos, murmuró doña Margarita con acento de firmeza.

—Adios, señora: dijo Aquiles tomando su sombrero y dirigiéndose hácia la puerta.

Angela se habia sentado en una silla apoyando el codo en el piano durante la escena que acabamos de referir. Su carácter orgulloso y altivo se revelaba contra la tiranía; empero el deber de hija la obligaba á sufrir y tomó el partido de callar, dejando que la borrasca estallase en todos sus puntos.

Al salir Aquiles le dirigió una espresiva mirada; en ella iban envueltos todos los sentimientos de su alma. Era á la vez una súplica, una caricia, una orden: queria decirle la significativa espresion de sus magníficos y negros ojos, NO ME ABANDONES; TE AMO, RECOGE MI ANILLO Y SERÉ TUYA.

Aquiles, traduciendo el pensamiento de Angela en el fuego de aquella mirada, la correspondió sonriendo, y despidiéndose con un ademán espresivo que queria decir: NO TEMAS, VOLVERÉ.

Luego salió de la estancia haciendo un ceremonioso saludo á doña Margarita, que se le devolvió con frialdad y sin hablar una palabra.

Cuando quedaron solas hija y madre, se miraron fijamente.

Angela no se movió de donde estaba; doña Margarita, tomando una silla, fué á sentarse enfrente de ella.

—¡Hija mia! exclamó, queriendo dar á su acento una entonacion de dulzura que se avenia mal con la severidad de su rostro: siento que tú, á quien he consagrado desde mi juventud todas mis atenciones y la infinita ternura de mi corazon, me obligues á emplear un lenguaje al que no estoy acostumbrada y á tomar determinaciones tan graves como la que acabo de tomar, separando para siempre de nuestra casa á ese caballero.

Angela, poco dispuesta á entrar en contestaciones con su madre, se levantó sin decir una palabra, tomó un bordado que tenia sobre una mesa y sentándose en una silla baja cerca de la

ventana, se puso á bordar con una serenidad imperturbable.

Doña Margarita, irritada, se acercó á ella, y arrancándole el bordado de las manos, exclamó con ira:

—Quiero que me escuches y que me contestes.

Angela se cruzó de brazos, y apoyando la cabeza en el marco de la ventana cerró los ojos, y olvidándose por completo de que su madre estaba allí, delante de ella, amenazadora y rugiente, se quedó dormida, ó por lo menos lo fingió, pero con tanta perfección, que doña Margarita, encolerizada, abandonó el salon dirigiéndose en busca de su esposo, á las habitaciones interiores de la alquería.

CAPITULO XVI.

Algunos dias habian pasado desde la escena que hemos referido en el capítulo anterior; durante ellos Ángela no habia salido de sus habitaciones del pabellon, pretestando hallarse enferma, y realmente lo estaba, ni aun quiso presentarse á comer en la mesa de sus padres. Reusaba toda clase de alimentos porque no creyesen que los desdeñaba comiendo sola, tomando únicamente chocolate, algunas tazas de leche, café ó caldo; siempre cosas ligeras, y pasaba en la cama la mayor parte del dia.

Su situacion estaba despejada por completo; habia declarado á sus padres franca y termi-

nantemente su resolución de casarse con Aquiles, dedicándose al teatro. Quería ir á Italia á perfeccionarse en su carrera, lanzándose luego á la escena donde estaba ansiosa de recoger los laureles de la gloria.

Los señores de Salcedo, cuyas ideas eran tan opuestas á este género de vida, se asustaron* al escuchar el proyecto de su hija; llenos de terror emplearon para disuadirla cuantos medios les sugirió su ternura de padres y su experiencia del mundo.

En vano fué que empleasen los ruegos, las amenazas y el más escésivo rigor. Nada consiguieron; Ángela estaba decidida, y su resolución era inquebrantable.

En medio de esta amargura se dirigieron al mismo Aquiles; y este les contestó, que si conseguían de Ángela que desistiese, desistiría él también de sus pretensiones marchándose al extranjero; pero mientras ella alimentase las mismas ideas, no estaba dispuesto á ceder á otro la dicha de ser su esposo y la gloria de conducirla á la cumbre de la inmortalidad y de la fama.

Cansada por fin la jóven de tantos disgustos como la causaba tan obstinada oposicion , se resolvió á ño salir de su cuarto, y apenas de su lecho, durante las horas del dia en que se veia mortificada por sus padres, que ya con ruegos, con amenazas, con malos tratamientos, ó bien mandándola personas para que la hablasen, no la dejaban vivir ni descansar. Por último, se encerró en una absoluta reserva, y no quiso ver á nadie. Acostada de dia, se levantaba de noche, y se marchaba al extremo opuesto de la huerta donde habitaba el jardinero; le podia su guitarra, y allí, en el silencio de la noche, debajo de los árboles, entonaba sus canciones predilectas, acompañándose con la guitarra, ya que el piano le habia sido cerrado por su madre.

No habia nada más poético, más delicioso que oir á la encantadora jóven, dando al viento su dulcísima voz, interpretando magistralmente los bellísimos idilios de Bellini y Donizetti. A veces sus acentos parecian arrancar quejidos del alma, ayes desgarradores, ó ecos alegres de la más plácida armonía.

Aquellas nocturnas serenatas, eran un sueño ideal, una fantástica ilusión que la trasportaban á las regiones de las hadas, á los encantos de la mitología. Cualquiera al escuchar sus mágicos acentos, al verla vestida de blanco, con el cabello tendido, tañendo con primor el sonoro instrumento, y alumbrada por la fantástica luz de la luna que reflejaba sus plateados rayos en las cristalinas aguas de un estanque allí vecino, la hubiera creído una maga misteriosa, que abandonando las ondas de los mares, aparecía un momento en la tierra para recrear á los mortales con sus angélicas melodías.

Era un espíritu divino, una ilusión, una musa.

Así trascurrieron muchos días, completamente privada de toda comunicación exterior; no había sabido ni una sola palabra de Augusto ni de Aquiles; sin embargo, este último la daba de continuo pruebas de su constancia y su cariño, arrojando al anochecer de cada día por encima de las tapias de la huerta un ramillete de preciosas flores, encargadas de ser las men-

sageras de su amor y de sus recuerdos.

En uno de los últimos ramilletes encontró Ángela una cinta donde en letras que apenas se conocían, halló escritas estas palabras: «Todo va bien». «¿Me amas?» «¿Estás dispuesta?» «A las cuatro aguardo.» «Deshaz el ramillete.»

La joven comprendió perfectamente el significado de tan lacónica misiva; quería decirle Aquiles que todo estaba dispuesto para su casamiento esperando únicamente la resolución de ella. Deshizo el ramillete según se lo encargaba, y en el centro halló el anillo que algunos meses antes había entregado á su primo en prenda de eterna fé. Al devolversele era prueba que había recibido el suyo; ya sus lazos estaban rotos, eran libres para contraer por su parte cada cual otros nuevos que estuviesen más en armonía con sus inclinaciones y sus gustos.

Al recibir Ángela aquel anillo, sintió un profundo dolor en su alma: con mesurado paso se dirigió á su pabellon, encerrándose en su gabinete. Allí sola, aislada con sus recuerdos y sus pesares, se entregó á toda la violencia de su

amargura. Se dejó caer en un sofá, y lloró lágrimas del corazón que fueron secando uno por uno todos sus sentimientos de dicha y de amor.

Aquel silencio de Augusto tenía mucho de significativo; aquella misteriosa devolución de la alhaja que simbolizaba su cariño, era un reproche, una acusación viva y palpitante. Y sin embargo, ni una palabra, ni una reconvención, ni una queja.

Augusto cumplía su juramento; el día que se marchó la había dicho: «Si algún incidente imprevisto impidiese que unieras tu suerte á la mía, devuélveme ese anillo, yo te mandaré este que hoy colocas en mi mano con tanto orgullo como placer, y quedarán rotas nuestras promesas, nulos completamente nuestros juramentos.

»Cuando llegan estos casos, son ya motivados por causas decisivas, y son vanas las quejas y las recriminaciones: por lo tanto, sea quien quiera de los dos que reciba primero el anillo, no debemos permitirnos ni una sola palabra: dejaremos de ser amantes para ser amigos, para ser hermanos; pero que este santo afecto

de la familia no se borre jamás del corazón.»

Estas palabras de Augusto vinieron á demostrar su presentimiento de que nunca sería el esposo de Ángela, sin embargo de que nunca podría arrancar su imágen de su corazón.

Ángela se pasó llorando casi toda la noche: era la última que consagraba á su amor y á sus recuerdos. Leyó una y mil veces las cartas de Augusto; luego las cerró en un paquete que selló con lacre, no sin haberlas antes llevado á sus labios repetidas veces, humedeciéndolas con las ardientes lágrimas que brotaban de sus ojos. Abrió un cajón del secreter, y las guardó en él juntamente con el ramillete de jazmines, un rizo de cabellos, un retrato que Augusto le mandó apenas llegó á Madrid, y el anillo que de una manera tan misteriosa acababa de recibir dentro del ramillete.

Encima del secreter habia otro retrato de Augusto : era de cuerpo entero, y estaba colocado en un marco dorado magnífico.

Ángela cerró el secreter y las ventanas del gabinete; después se arrodilló delante de una

imágen de la Vírgen, y oró largo rato, siendo menos frecuentes sus sollozos y sus lágrimas, aunque abundantes, no tan amargas.

Por último, levantándose, arregló el gabinete para dejarle cerrado, y exclamó, dirigiendo una tristísima mirada al retrato de su primo:

—Adios: conozco que te amo con todas las fuerzas de mi alma; sé que destrozo mi corazón al separarme para siempre de tí; pero no puedo retroceder; una fuerza más poderosa que mi voluntad, más poderosa que mi amor, me impele por otro camino. ¡Adios, primo mio! ¡Quiera Dios que no nos encontremos nunca, ya que el destino nos separa! ¡Seamos felices cada cual por distinta via, y ojalá que la indiferencia y el olvido venga á reemplazar en nuestro corazón el amor que nos devora!

Ángela estaba pálida, trémula; por un esfuerzo heróico de su enérgica voluntad, se separó de allí, cerró la llave, y se instaló en la salita inmediata al gabinete. Había resuelto no volver á entrar en aquel aposento, donde dejaba encerrados su amor y su felicidad.

Cuando ya no tuvo á la vista la imágen de su primo, se sintió más tranquila, enjugó sus ojos, y fué á sentarse cerca de una ventana, que abrió de par en par, esperando que el aire saludable del mar calmase la fiebre y la ansiedad en que se abrasaba su alma.

Era completamente de día, y no se había acostado ni tenía sueño: hacía mucho tiempo que tan inapreciable bien huía de sus párpados.

Ángela hubiera concluido por volverse loca si tan angustiosa situación se prolongase algunos días más; por fortuna para ella el desenlace se acercaba.

Aquella misma mañana una de las criadas que la servían, la dijo:

—Señorita, ¿no sabe Vd. que se hacen en casa preparativos de viaje? Todos están en movimiento, y parece que los señores se trasladan á Madrid, y se la llevan á Vd.: según he oído, creo que allí piensan meterla en un convento.

—¿De veras? Hija mía, ¿y para cuándo está preparado este viaje? exclamó Ángela con an-

siedad, temblando si no tendria tiempo de avisar á Aquiles.

—Para mañana temprano; no ha sido posible marchar hoy, porque como la señora piensa no volver más á Valencia, ha tenido mucho que hacer en el arreglo de la casa.

Ángela se calló aparentando suma indiferencia; empero no pudo dominar su agitacion, su extrema inquietud, hasta que oyó dar en un reloj inmediato las cuatro de la tarde.

Era la hora en que Aquiles iba á pasearse por las orillas del mar, junto al cabo de Francia, y arrojaba el ramillete por las tapias de la huerta, y siempre por un mismo sitio, para demostrar á su amada que allí le tenia tan rendido y tan amante como el primer dia aguardando sus órdenes.

Ángela salió del pabellon, atravesó el jardin, y se dirigió á la huerta. Por un esceso de precaucion, doña Margarita tenia cerradas todas las puertas, siendo imposible salir de la alquería á no haber saltado las tapias, cosa muy difícil para una mujer.

Cuando la jóven llegó al sitio convenido, mira á su alrededor á ver si la veían; estaba completamente sola. Entonces sacó de su pecho un billetito que llevaba escrito, y lo leyó con atención como si ignorase su contenido.

Decía en él:

«Amigo mio: Ha llegado el momento; estoy á sus órdenes. Le prevengo que mañana temprano piensan llevarme á Madrid. aguardo contestacion: necesitaré una llave para salir.

ÁNGELA.»

Plegó la carta en muchos dobleces, hizo con algunas flores un pequeño ramo, y la metió dentro. Luego se acercó á la tapia y dió dos palmadas; desde fuera le contestaron con otras dos; entonces arrojó el ramo, y fué á sentarse debajo de un árbol esperando la contestacion.

No tardó mucho tiempo en oír otra vez las dos palmadas, á las que contestó, sintiendo inmediatamente caer sobre su falda el mismo ramillete, dentro del cual iba un papel donde, escritas con lápiz, se leían las siguientes palabras:

«Esta noche á las doce estaré al pié de esta tapia con el sacerdote que ha de unirnos en la iglesia próxima, los padrinos y los testigos. He ganado al jardinero que nos abrirá la puerta: fia en él, y ten confianza en el amor del que dentro de breves horas tendrá la dicha de llamarse tu esposo.

AQUILES.»

Angela sacó un librito de memorias, y escribió con un lápiz en una hoja: «Adios, estaré dispuesta.» La arrojó por la tapia y no tardó en sentir el ruido del carruaje de Aquiles que se alejaba á lo largo del camino.

Se volvió macilenta y triste á su pabellon, donde permaneció en silencio, sentada en el sofá, hasta despues de anochecer.

Una criada fué á decirla que los señores la rogaban los acompañase á cenar.

Era la última vez que iba á tener este placer, y á pesar de su estremada debilidad fué. Los encontró ya en la mesa. Estaban solos; apenas la vieron, el primer impulso de los infelices padres fué arrojarse á sus brazos. Se miraron

uno á otro y se detuvieron, ocultando las lágrimas que á su pesar brotaron de sus ojos. Su dignidad ofendida, su orgullo de padres, les hizo una vez más emplear la severidad con Ángela, cuyo carácter enérgico y altivo, solo se hubiera doblegado á la persuasión y á la dulzura.

Ángela estaba muy pálida, muy abatida; su arrogante cabeza se doblaba á impulsos del dolor, como una flor marchita que inclina su espléndida corola tronchada por el cierzo asolador.

Dió las buenas noches en voz baja, y fué á ocupar su sitio en la mesa, que por espacio de tantos dias habia abandonado.

—Ya es hora de que la hija rebelde venga á ocupar el sitio que nunca debió abandonar en la mesa de sus padres: dijo doña Margarita con severidad.

Los ojos de Ángela se llenaron de lágrimas, bajó la cabeza y no contestó.

Su pobre padre no podia hablar, porque la emoción ahogaba su voz.

El silencio más completo siguió á la impo-
nente recriminacion de doña Margarita. Los
platos se sucedian unos á otros sin que apenas
los tocasen ni los padres ni la hija. Terminó la
cena.

Ángela con humildad pidió permiso para re-
tirarse, porque se encontraba algo enferma.

—Anda con Dios, hija mia, y prepárate á
madrugar mañana, exclamó D. Ángel con dul-
zura y abriendo los brazos como con intencion
de estrecharla contra su pecho.

Doña Margarita le detuvo con un ademan
imperioso; Ángela vió aquel movimiento y en-
viando á su padre toda la espresion de su ter-
nura en una mirada dulcísima, se retiró salu-
dándolos con la mano, que se llevó despues al
corazon, porque no podia sufrir la fuerza de sus
latidos. El llanto corria de sus ojos en abun-
dancia.

Ninguno de los tres se atrevió á dar espan-
sion á su ternura; se mantuvieron en la reser-
va, en la severidad, en el silencio, y esto los
perdió.

La obra comenzada debia terminarse.

La altiva señora confiaba en salir al amanecer del dia inmediato con direccion á Madrid, y una vez allí, con la ayuda del amor de Augusto que tanta influencia ejercia sobre Ángela, convencerla completamente, apartándola de aquel funesto propósito.

Apresurarían el casamiento aun cuando Augusto no hubiese concluido la carrera, asegurando de este modo su victoria.

En esta confianza se acostaron muy tranquilos, dejando dadas sus órdenes para la marcha que debian emprender al dia siguiente.

No quisieron que Ángela se enterase de su proyecto por el temor de que le participase al italiano, esperando hacerla salir de la alquería con engaños, suponiendo un viaje de placer de algunos dias solamente.

Empero la suerte de Ángela estaba decretada, y se resolvió de otra manera.

Aquella misma noche á las doce estaba la jóven en la huerta aguardando con ansiedad la señal convenida.

Estaba palida, pero serena. Iba vestida de negro, y envuelta en un manto.

En sus ojos se habian borrado las señales de las lágrimas, quedando señalados sin embargo por un círculo morado que revelaba las noches de insomnios y de padecimientos que llevaba sufridas la pobre jóven.

Sin fuerzas para poderse sostener, cayó en un banco, abatida, cuando á lo lejos sintió el ruido de carruajes que se acercaban, se detuvieron á cierta distancia, y poco despues oyó detrás de la puerta que daba á la playa, un silbido y dos palabras; al primero apareció un hombre que salió de la casa del jardinero y fué á abrir. A las segundas Ángela contestó con otra, se levantó y fué á la puerta, encontrándose con Aquiles que la recibió en sus brazos.

—¿No iremos solos? fué la primera pregunta de Ángela.

—A pocos pasos de aquí nos aguardan en dos carruajes los padrinos y varios amigos; antes de una hora serás mi esposa.

Pero volveremos aquí; quiero al amanecer

arrojarme á los piés de mis padres, exclamó Ángela.

—Corriente, dijo Aquiles; Pedro nos aguardará.

Diez minutos despues, solo se oia el ruido de los coches que se dirigian á Valencia, atravesando el Cabañal por la calle de la Reina.

La oscuridad de la noche favorecia sus planes.

CAPITULO XVII.

¿Qué hacia doña Margarita en tanto que su hija corria á recibir la bendicion nupcial en una iglesia de Valencia? Vamos á verlo.

Despues de la cena, y cuando Ángela se retiró, quedaron silenciosos y sombríos los dos ancianos.

D. Ángel dejó escapar de su oprimido pecho un hondo suspiro, se levantó, y tomando una bujía, se fué con lento paso á su alcoba, y se acostó sin decir una palabra á su mujer, que, triste y silenciosa, se le acercó para ayudarle á desnudar.

Ambos tenian reconvenciones que hacerse, porque sufrían las consecuencias de su debili-

dad el uno, de su severidad la otra, y sin embargo callaban.

Cuando D. Ángel estuvo en la cama, salió doña Margarita, dió algunas órdenes para el viaje del dia siguiente, hizo varios preparativos indispensables, y se retiró á descansar despues de haber orado largo rato en el oratorio.

La habitacion de D. Ángel estaba inmediata á la de su mujer; de manera que en el silencio de la noche pudo esta oír los suspiros que de vez en cuando se escapaban del acongojado pecho del anciano.

Ella tampoco dormia, su inquietud era tanta que no pudo conciliar el sueño:

—¿No duermes? ¿Estás enfermo? se aventuró por fin á preguntar doña Margarita.

—No estoy tranquilo, contestó D. Ángel: tengo en el alma un peso que me agobia.

—Yo tambien estoy inquieta, amigo mio; sufro mucho, y deseo vivamente vernos en Madrid á ver si quiere Dios cambiar esta situacion tan horrorosa que atravesamos por otra más dulce y benigna.

—Hemos sido demasiado severos con esa pobre niña, y temo que nuestro rigor la precipite, exclamó D. Ángel.

—Tu debilidad es lo que nos ha perdido; tu demasiada complacencia; no ha debido nunca entrar en casa ese antipático italiano, que ha concluido por arrebatarnos la paz y la tranquilidad. Ella no debió nunca ir á Valencia, donde su genio se ha exaltado al ruido de los aplausos y al compás de las lisonjas y los plácemes de la sociedad.

—Los dos hemos tenido la culpa; yo por ser complaciente, tú por ser severa. Esta misma noche la he visto dispuesta á pedirnos perdón; las lágrimas que corrian de sus ojos demostraban un dolor profundo, un arrepentimiento sincero, y, con todo, nuestros brazos no se han abierto para recibirla, para perdonarla, para atraerla al buen camino, como era nuestro deber:

—¡Es necesario no perder nunca la dignidad! exclamó doña Margarita; si anoche estaba humilde, mañana estará completamente sumisa.

—¡Dios lo quiera! dijo suspirando D. Ángel. Nuestra hija, á pesar de sus pocos años, tiene una firmeza de carácter que me espanta. Creo que la persuasión y la dulzura hubieran sido los mejores medios para arrancar de su imaginación esa funesta idea que la vuelve loca.

—Esos caracteres de hierro se doblegan por la fuerza.

—O estallan antes de someterse, dijo el anciano.

Se callaron ambos; pasó más de una hora, y ni uno ni otro pudieron quedarse dormidos.

De repente doña Margarita oyó á lo lejos ruido de carruajes, y dando un grito espantoso, saltó de la cama.

—¡Dios mio! ¿Qué te sucede? preguntó D. Ángel, levantándose también.

—¡Oh! esos coches..... esos coches á estas horas.....

—Pero, ¿qué hay, mujer?.... ¿qué hay? decia el anciano con angustia, presintiendo algo terrible.

—¡Escucha! exclamó doña Margarita, arras-

trándole hácia la ventana, que abrió de par en par.

Prestaron atencion; á lo lejos se sentia ya muy confuso el ruido de dos carruajes que marchaban con extraordinaria rapidez.

—Y bien, ¿qué? preguntó con ansiedad.

—Esos carruajes, se llevan á nuestra hija, repitió doña Margarita con un temblor convulsivo, vistiéndose aceleradamente.

—¡Imposible! murmuró D. Ángel.

—Vamos á verlo, repuso doña Margarita, encendiendo una bujía en la lámpara de plata que tenia siempre ardiendo en el oratorio.

Se lanzó á escape al jardin; D. Ángel aterrado la seguia.

Llegaron al pabellon de Ángela; estaba vacío; sobre la mesa vieron estendido un papel blanco con algunas líneas escritas, al parecer con mano agitada y trémula.

Los dos se acercaron á cogerle impelidos por un mismo pensamiento. Doña Margarita llegó la primera, puso la mano encima, dejó la bujía sobre la mesa, y cayendo desfallecida en la mis-

ma silla que poco antes habia dejado Ángela, leyó lo siguiente:

«Padres míos: mi suerte está decidida; anoche, al despedirme de Vds. despues de la cena, vi la vacilacion en su rostro, comprendí que deseaban abrazarme; pero me rechazaban sin duda sus corazones cuando no lo hicieron. Quizás con su cariño y su dulzura me hubieran apartado de la senda que sigo impulsada por una fuerza estraña, más poderosa que yo, más grande que mi voluntad. Será la voz de mi destino, será la fatalidad que me arroje al precipicio, será la gloria que me lleva entre sus alas á regiones desconocidas.

»En fin, padres míos, el momento ha llegado; voy á partir, y salgo de mi casa para recibir la bendicion nupcial: desde la iglesia volveré con mi esposo á demandar su perdon, ó á morir de dolor á sus piés si se le niegan á su infeliz hija

ÁNGELA.»

D. Ángel, que leia por encima del hombro de doña Margarita, fué el primero que rompió

en sollozos desgarradores. Doña Margarita se habia quedado pálida, fria, é inmóvil como una estátua; pero al escuchar el llanto de su marido, sintió oprimírsele el corazon, se abrazó á él, y empezaron á llorar con hondo desconsuelo, confundiendo sus lágrimas, y esclamando con acento entrecortado:

—¡La hemos perdido!.... ¡La hemos perdido!....

Así permanecieron más de dos horas entregados á un dolor agudo, insoportable; un poco más tranquilos ya, se hicieron mil reflexiones, comentaron los hechos, las palabras de Ángela, su decision, y por último, su fuga del hogar paterno, donde ya no podia entrar de ningun modo sino casada con el hombre que la arrebatava, clavando un puñal en el pecho de los infelices padres.

Esta reflexion contuvo á doña Margarita, que á todo trance queria seguirla para impedir aquel casamiento.

—Necesitamos mucha prudencia para que no padezca el buen nombre de nuestra hija, la de-

cia D. Ángel con admirable mansedumbre.

—¡No merece nuestro perdón! exclamaba doña Margarita, sin poder contener su indignación y su despecho. ¡Hija ingrata!.... ¡desobediente!.... ¡qué poco ha mirado el dolor que iba á causarnos!....

—Estaria de Dios que sufriésemos este cáliz tan amargo. ¡Cómo ha de ser!.... Conformémonos con la voluntad divina. Por fortuna no ha ido á casarse con un hombre indigno; es un caballero muy rico, mucho más rico que Augusto, y que al parecer la quiere con delirio, y la hará feliz.

—¡Ese extranjero no puede hacer la felicidad de nadie! exclamó con desprecio doña Margarita. Ángela, con su natural inesperienza, no ha podido conocer que es un egoísta, un avaro, y con semejantes condiciones ningún marido puede ser bueno.

D. Ángel bajó la cabeza con abatimiento, y dijo á su mujer, cuyas determinaciones influían tan poderosamente en el carácter débil del anciano.

—¿Y qué haremos? Rechazarla cuando viene á nuestros piés, no es prudente.

—¡Abrirla nuestros brazos y nuestro corazon! exclamó doña Margarita. Ya no nos queda otro remedio; el mal ha sido para ella, que, corriendo tras de una ilusion engañosa, se ha labrado la desgracia de toda su vida. Hemos hecho lo posible para evitarlo, no hemos podido conseguirlo, cúmplase la voluntad de Dios.

Doña Margarita se arrodilló ante la imágen de la Vírgen, dirigiendo al cielo sus puras oraciones que demandaban del Ser Supremo la felicidad para aquella hija ingrata que desgarraba su corazon.

¡Oh santo y purísimo cariño de las madres!.... ¡Dulcísimo sentimiento que todo es abnegacion! ¡sacrificio, indulgencia y bondad inagotable!.... ¡bendito seas!

D. Angel tambien se arrodilló detrás de su mujer: no hay para qué decir que sus votos iban encaminados al mismo objeto.

El ruido de los carruajes volvió á sentirse á lo lejos; á medida que avanzaban se percibia más

claro; por último, se sintió junto á las tapias del jardín, adelantaron, y se detuvieron en la última puerta de la huerta.

Los dos ancianos escucharon todo esto, y no se movieron, ni dieron la menor señal de interrumpir sus oraciones.

En tanto, una mujer vestida de negro, apoyada en el brazo de un caballero alto, grueso, y cuidadosamente embozado en una capa, avanzaban por el jardín, y se detuvieron á la puerta del pabellon.

Eran los dos esposos, Ángela y Aquiles, que ya habian recibido la bendicion del sacerdote que santificaba su himeneo, y volvian á recibir la de sus padres.

Inmóviles, silenciosos, contemplaron por espacio de algunos instantes á los dos ancianos, que, vueltos de espaldas á la puerta, continuaban arrodillados elevando al cielo sus oraciones.

Doña Margarita, con esa perspicacia natural en las madres, presentia la proximidad de su hija; habia sentido el roce de su vestido de seda entre las ramas del jardín, y se imaginaba que

estaban allí inmóviles, conteniendo la respiración por no turbar su arrobamiento.

Se levantó al fin, rígida, altanera, con el orgullo de la dignidad ofendida, y se volvió de repente hácia ellos.

D. Ángel la imitó.

Entonces los dos esposos se precipitaron á sus piés.

—¡Perdon, madre mia! ¡Perdon, padre de mi alma! exclamaba Ángela con verdadero dolor de su corazón, y anegada en amarguísimo llanto.

D. Angel abrió los brazos el primero, y estrechó en ellos á su hija, confundiéndose sus lágrimas y sus besos.

—¡Perdon, señora!... decia en tanto Aquiles, que permanecía arrodillado estendiendo hácia ella sus manos unidas en actitud de súplica.

—¡Levántese Vd.! exclamó doña Margarita dándole la mano en señal de perdon, pero sin abrirle los brazos.

Aquiles besó aquella mano con respeto, y se levantó.

—¡Hija mia! dijo doña Margarita abrazándola tiernamente, has hecho tu gusto; te has casado sin respetar nuestra voluntad ni nuestros deseos; has hecho infeliz á un hombre que te adoraba, y has clavado un puñal en nuestro corazón. ¡Ay! ¡ojalá que Dios te perdone como te perdonamos nosotros!

—¡Madre mia, no he podido resistir los impulsos de mi alma! Perdóneme Vd., y no me niegue su cariño; no me obligue, por Dios, á marcharme de su lado: quiero vivir con ustedes en nuestra hermosa y solitaria alquería; no quiero abandonarles, y deseo, á fuerza de sumision y de amor, hacerles olvidar mi falta; Aquiles me ayudará á conquistarme su estimacion y su generoso perdon.

—Nuestro perdon ya le tienes, y no te será difícil recuperar nuestro afecto, porque el corazón de los padres no conoce jamás el rencor para sus hijos. En cuanto á vivir con nosotros, eres completamente libre, ó más bien debes someterte en un todo á la voluntad de tu marido.

—Como solo deseo la felicidad de Ángela, tendré un placer inmenso en aprobar cuanto haga y cuanto disponga, contestó Aquiles.

—Dios quiera que abrigue Vd. eternamente esas ideas, dijo doña Margarita.

—¿Acaso puede Vd. dudar de la rectitud de mis sentimientos y del profundo amor que profeso á su hija? preguntó el italiano.

—No dudo de nada; pero conozco el corazón humano; sé las ideas que Vd. abriga, y comprendo que no puede haberse casado con mi hija sino con el fin de esplotar su genio, rico filon desprendido de la garganta humana, que hoy produce mucho dinero.

—¡Señora! exclamó el italiano encendido por la cólera.

—¡Silencio! dijo doña Margarita con acento solemne y con un ademán lleno de majestad y de irresistible firmeza; al unirse á mi hija, se ha sometido Vd. á mi autoridad, y no le permito contestacion ninguna.

Vamos á descansar algunas horas.

—Estoy completamente á sus órdenes, dijo

Aquiles dominado por una mirada suplicante de Angela.

Salieron del pabellon, y se dirigieron los cuatro á las habitaciones interiores de la alquería.

Aun era de noche; las estrellas fulguraban débilmente en el firmamento, casi oscurecidas por los primeros albores de la mañana.

A lo lejos resonaba el mar, asemejando á quejidos lastimeros el ruido de las olas al estrellarse en las playas rompiéndose en blancas espumas.

CAPITULO XVIII.

Ángela habia cumplido por fin el ardiente deseo de su alma: era esposa de Aquiles; arrojó de sus hombros el yugo de la autoridad paterna, sustituyéndole con el de la coyunda matrimonial, figurándose que de esta manera tendria más independencia, más libertad para entregarse sin trabas á sus inspiraciones y á la realizacion de sus delirios.

Efectivamente la tuvo: desde el dia en que se casó fué libre para dedicarse á sus tareas; pero sacrificó su corazon, ahogó sus emociones, y se consagró por completo al arte divino, que

en poco tiempo debía elevarla á la cumbre de la fama.

Los dos esposos vivian alternativamente en Valencia, ó en el Cabañal, al lado de sus padres.

Doña Margarita les preparó habitaciones cerca de las suyas, quedando completamente cerrado el pabellon de Ángela.

Al año de su casamiento tuvieron una niña que se llamó Ermelinda, la que fué recibida por sus abuelos como una bendicion del cielo, como un ángel de amor que llegaba al mundo para consolar á los infelices ancianos de su desamparo, de su amargura y de sus tristezas.

Es verdad que Ángela fué siempre para ellos la hija sumisa, respetuosa y buena; pero, embargada su alma por el continuo estudio de la música y de los idiomas, no pudo consagrarles aquella ternura de las hijas sensibles, aquellos numerosos cuidados que tanto aprecian los padres en las hijas que por completo se dedican á sus caricias y á su amor.

Ángela, despues que nació Ermelinda, la

dejó en brazos de su buena madre, y volvió á entregarse de lleno á sus tareas y á sus estudios.

Mas de dos años pasó cerca de sus padres, tiempo que necesitó para perfeccionarse en el arte de Euterpe; cuando Aquiles vió completamente terminado su laborioso aprendizaje, la indicó que iban á marchar á Italia.

Por mucho que la jóven artista amase á sus padres y á su hija, no pudo menos de alegrarse por esta resolucion que realizaba el ardiente afan de toda su vida.

Inmediatamente hizo sus preparativos de viaje; de tal manera habia llegado á identificarse en su pensamiento aquel deseo, que se hubiera vuelto loca á no realizarle.

Doña Margarita y D. Ángel, convencidos de su delirio, le respetaron; y aunque no podian menos de manifestar su profundo sentimiento por aquella determinacion que les arrebatava su hija querida, se hicieron superiores á su pena, y callaron.

Les quedaba su nieta, porque Ángela resol-

vió dejársela, y esto mitigaba su honda pena; la preciosa niña iba á ocupar el puesto de su madre, en tanto que esta, no hallando la felicidad en ninguna parte, iba á buscarla en las quimeras de un sueño.

La víspera de marchar, y á fin de evitar á su esposa el sentimiento de una despedida, preparó Aquiles un concierto en el teatro de Valencia, cuyos productos cedió á los establecimientos de beneficencia.

Era el *debut* y la despedida de la jóven artista; y no hay para qué decir que el teatro estaba lleno de todo lo más distinguido que encerraba la capital.

El vapor en que debían hacer la travesía hasta Marsella marchaba á las dos de la mañana, y desde el teatro debían trasladarse á bordo.

Doña Margarita no quiso esta vez abandonar á su hija, y acompañada de D. Ángel y de Ermelinda, que iba en los brazos de su nodriza, se situaron desde primera hora en uno de los palcos más próximos al escenario.

Varias señoritas de la capital, y artistas no-

tables, acompañaron á Ángela en el concierto, tomando parte en diferentes piezas que se cantaron; pero los honores de la función fueron para la novel artista, que cantó árias de varias óperas, causando en todas ellas un entusiasmo que rayaba en locura. En la *casta diva* de la *Norma* arrebató al público de una manera indescriptible. La hicieron salir diez ó doce veces al palco escénico, atronando el teatro con los ardientes *bravos* y los frenéticos aplausos.

Sus padres, que la escuchaban, vertían lágrimas de admiración y de ternura; porque la voz purísima de su hija, asemejando con su cántico una melodía divina, había llegado á conmover poderosamente sus corazones, embargados por la emoción que les producía una escena tan nueva como inesperada para ellos.

Jamás habían escuchado cantar de aquella manera, con un timbre tan puro, tan arrebatador; jamás habían visto á su hija tan inspirada, tan bella, tan admirablemente encantadora.

La ciudad de Valencia vió en su hermosísima compatriota una gran artista, y la saludó

con amor, apresurándose á tender á su paso las primeras flores que habian de alfombrar su triunfal carrera.

Su patria la concedia los primeros laureles, los primeros triunfos en su divino arte, y su amada patria la pronosticaba una fama imperecedera. Ángela se sentia orgullosa con el amor de sus paisanos; por eso estuvo arrebatadora, sublime; su angélica voz era la de un querube; era el mágico trino del ruiseñor que entonaba en la espesura sus plácidas armonías.

Dos ó tres veces se cubrió el escenario de magníficos ramos, de vistosas tórtolas y palomas adornadas de flores y cintas, las que iban á demostrar á la jóven artista que no siempre es verdad el dicho popular de que *nadie es profeta en su patria*.

El verdadero mérito donde quiera que se halle, sea ó no su patria, siempre encuentra admiradores y ardientes apasionados.

Entre las flores cayeron á los piés de Ángela algunas coronas de laurel y oro, sincero homenaje de la amistad que la tributaban sus amigos.

En medio de aquella emocion, de aquel entusiasmo, ¿cómo era posible que Ángela sintiese abandonar sus padres y su hija? Esto era lo que se habia propuesto Aquiles; enloquecerla, embriagarla, embriagar asimismo á los nobles ancianos, que, absortos por un triunfo tan inusitado, comprendiesen la gloria y la felicidad que aguardaba á su hija.

Sin embargo, aunque doña Margarita lloraba de gozo, sentia oprimido el corazon; y como si hubiera tenido un oculto presentimiento, murmuraba entre lágrimas y sollozos:

—¡Oh! mi hija será feliz unos cuantos años, mientras se vea fascinada por el incienso de la gloria; pero llegará un dia en que examine su corazon y le encuentre vacío, en que busque los tranquilos goces del amor y del hogar doméstico, y no los halle; quizás entonces, como hoy anhela la luz de la publicidad y de la gloria, deseará tan ardientemente la dichosa paz de su alquería, y la ignorada y oscura existencia que abandona, seducida por el falso brillo de estos efimeros aplausos; aplausos que satisfacen la

vanidad, el amor propio, el espíritu, pero que no pueden llenar el corazón.

Doña Margarita, al espresarse así, demostraba su profundo conocimiento de la vida y del corazón humano, á pesar de que vivía retirada del mundo, y con muy poca sociedad.

Era una señora de muchísimo talento y de una vastísima instrucción; poseyendo un carácter muy observador y una penetración admirable.

—Dejémosla gozar la vida en esos triunfos, si ella la comprende así, dijo D. Ángel con resignada tristeza, respondiendo á las palabras de su esposa. Cuando eche de menos las dulzuras de la paz doméstica, vendrá á buscarnos, y encontrará en nuestros brazos y los de su tierna hija la felicidad que no podrá encontrar en su artística peregrinación.

—Y hasta entonces, ¿tendremos que conformarnos con su ausencia, con su olvido?.... exclamó doña Margarita con doloroso sentimiento.

—¿Y qué hemos de hacer?.... ¡Sea ella feliz,

ocultémosla nuestra pena! Para consolarnos nos queda su hija, que será nuestro tesoro, nuestra vida; nos queda su recuerdo, y la esperanza de disfrutar algún día por completo sus caricias y su amor.

Los dos ancianos derramaron lágrimas bien amargas, disponiéndose á ocultarlas para que su amada hija no llevase al separarse de ellos ningún recuerdo pensador.

Cuando terminó la función, el público entero, que había asistido á su triunfo, la siguió en masa á la playa; la música del teatro iba detrás tocando aires nacionales que aumentaban el entusiasmo de la multitud, que aun se imaginaba estar escuchando las sublimes armonías con que Ángela había sabido arrebatárselas durante algunas horas; placer infinito que les proporcionara en señal de despedida.

Los amigos más íntimos la rodeaban, sus padres y la niña iban en aquel grupo, y todos á porfía la manifestaban el sentimiento de aquella partida.

—¡Oh! ¡volveré, volveré!... exclamaba Ánge-

la conmovida por aquellas muestras de afecto. Antes de dos años estoy aquí, ¡y cómo no he de apresurarme á volver, si me dejo en estas playas queridas todas mis afecciones!....

Amigos míos, mis queridos amigos: tiene mi alma una ardiente sed de esos laureles que esta noche habeis ofrecido á mis piés como una delicada muestra de galantería y cariño, dulce testimonio de mis paisanos, de mis queridos amigos que nunca olvidaré, os lo juro; el recuerdo de esta noche no se borrará jamás de mi corazón.

Angela no mentía al espresarse así; los primeros laureles, así como las primeras emociones de amor que embargan nuestro pecho, no se olvidan nunca, son recuerdos imperecederos que se graban en el alma, primeras flores de la hermosa juventud cuyo mágico perfume, adherido á la esencia de nuestra vida, no puede extinguirse, porque constituye el ideal de nuestros ensueños de la infancia, la realización de nuestros delirios en la adolescencia, y la pérdida de las ilusiones en la edad en que declinan

las pasiones agostadas por el cierzo devastador del desengaño.

Ángela tenía apenas diez y nueve años; y aunque herida ya en el corazón, se sentía feliz, con esa dicha ficticia que nos hace ver el mundo de color de rosa. Ella veía ante sí una perspectiva risueña, un porvenir de inefables delicias, con el que estaba acostumbrada á soñar desde su niñez, y estas ideas no la dejaban comprender la amargura con que sus tristes padres la seguían al muelle, amargura tanto más dolorosa, cuanto que procuraban ocultarla á los ojos de su hija para que no sufriese.

Santa abnegación de los padres que no sabemos comprender los hijos, ni conocemos toda su grandeza hasta que nos hallamos en el mismo caso, hasta que una situación idéntica llega á desplegar á nuestros ojos toda la sublimidad de tan magnánimos sentimientos.

Aquiles estaba loco de alegría, veíase halagado en su amor propio, satisfecha su vanidad, y no podía menos de ser feliz, colmados sus más ardientes deseos de verse dueño de aquella mu

jer que prometia ser un génio musical; solo le faltaba llevar á debido término su empresa, lo que iba á ver conseguido muy en breve.

Todo les auguraba un plácido porvenir: las músicas que ensordecian los aires, sus padres, al parecer satisfechos y contentos, su hija hermosísima, llena de robustez y de salud, que los despedia sonriendo, señalándoles á la luna, cuyo magnífico fulgor llamaba mucho su atencion. Ángela miró al hermoso astro de la noche que la inocente criatura señalaba gozosa con su pequeña manecita, y exclamó conmovida:

—¡Hija de mi alma!.... parece que en su inocente afan mira la luna para decirme: «esa hermosa luz alumbrá en todas partes: donde quiera que vayas, mírala; tambien nosotros la miraremos pensando en ti, y esto nos consolará de tu ausencia.»

Doña Margarita, comprendiendo el delicado pensamiento de Ángela, tomó la niña de manos de la nodriza, y la estrechó contra su corazon.

—Yo la enseñaré á bendecirte y amarte; exclamó llorando la pobre señora.

—¡Madre mia!.... dijo Angela confundiéndose sus abrazos y sus lágrimas.

D. Angel formó parte del interesante grupo, y todos lloraron; aquel dolor, largo tiempo comprimido, se desbordó á la proximidad de la marcha.

—¡A qué afligirse!....decia Aquiles; vamos: eso son niñadas; antes de dos años estamos aquí; bastarán para que Angela quede satisfecha, y viviremos luego muy felices en nuestra alquería, y en medio de nuestros amados paisanos, cuyo dulce recuerdo nos seguirá siempre á todas partes.

Ángela y Aquiles tuvieron frases benévolas para todas las personas que les habian acompañado, y se trasladaron al fin á la lancha que debia conducirles al vapor que solo á ellos aguardaba para marchar.

¡Tristes momentos los de una despedida para los corazones amantes!

La noche estaba deliciosa, y tan clara, que aun pudieron percibir desde el muelle el lienzo blanco que Ángela y Aquiles agitaban en señal

de despedida, á bordo ya del vapor que debia conducirlos á Marsella.

Doña Margarita se despidió precipitadamente de sus amigos, y corrió á su alquería: una idea la animaba, que realizó inmediatamente. Acompañada de D. Angel subió á la azotea, desde donde se descubria todo el mar. Se arrodilló, sin perder de vista el vapor que se alejaba con rapidez.

Sin decir una palabra, estuvo más de dos horas con los ojos fijos y destrozado el corazón. D. Ángel vertia abundantes lágrimas; allí, sin más testigo que la luna, pudieron desahogar su inmenso dolor, pues no se les ocultaba que su hija querida tardaria más de dos años en regresar al hogar paterno.

